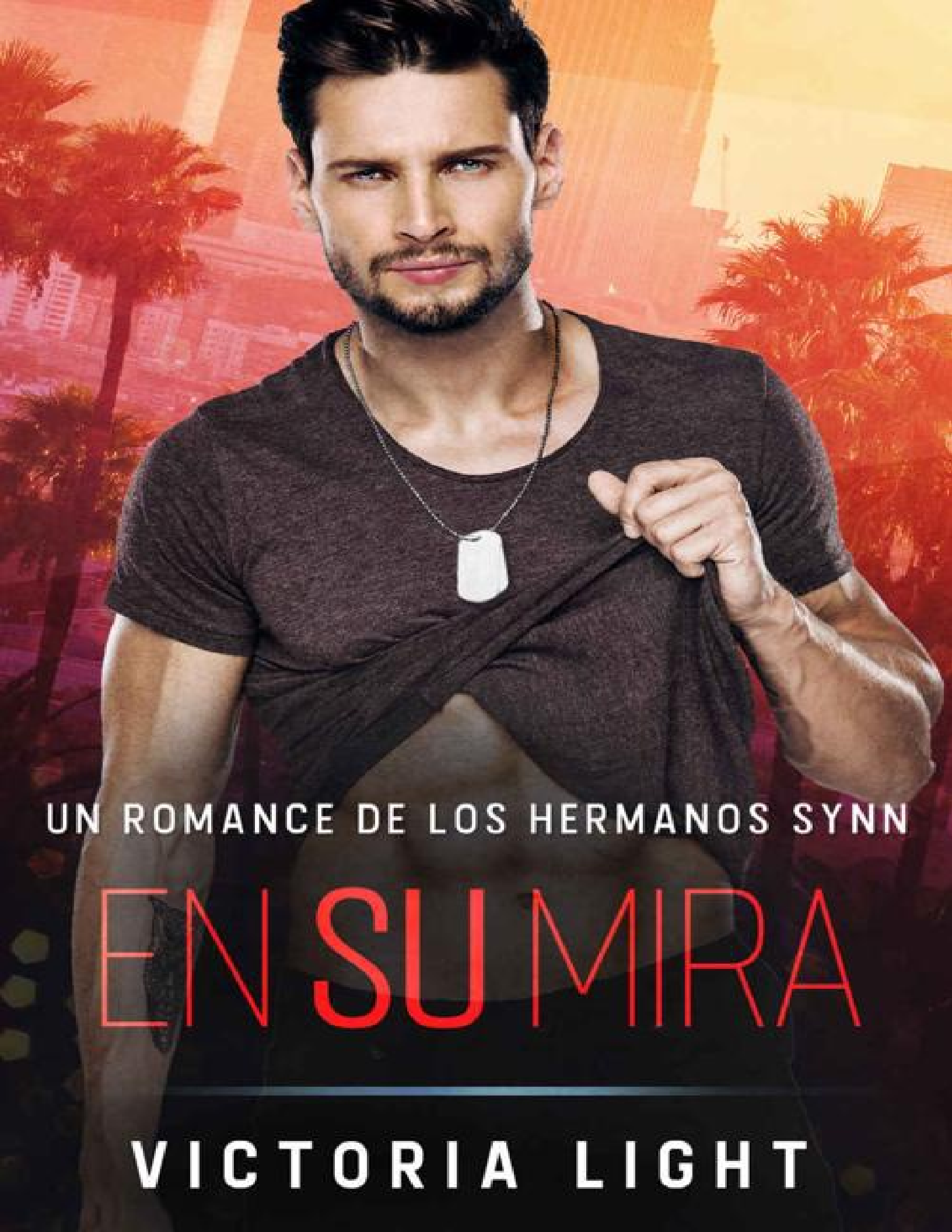

UN ROMANCE DE LOS HERMANOS SYNN
EN SU MIRA
VICTORIA LIGHT

EN SU MIRA

UNA NOVELA DE LOS HERMANOS SYNN

VICTORIA LIGHT

Derechos de autor © 2024 por Victoria Light

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

ÍNDICE

Introducción

1. Chris
2. Sylus
3. Chris
4. Sylus
5. Chris
6. Sylus
7. Chris
8. Sylus
9. Chris
10. Sylus
11. Chris
12. Sylus
13. Chris
14. Sylus
15. Chris
16. Sylus

Epílogo

Postfacio
¡Lee la historia de Virgil!
Serie Hermanos Synn
Capítulo extra especial

INTRODUCCIÓN

Chris

Gracias a la pelea, mi cara está otra vez en todas las portadas de las revistas sensacionalistas de América. No iba a permitir que ese tipo me llamara gay. Ahora mi equipo de gestión me ha impuesto un guardaespaldas las 24 horas del día, los 7 días de la semana para vigilarme hasta que salga mi nuevo álbum. Justo lo que necesitaba, una tentación en forma de Sylus Synn, un ex marine de cuerpo duro y atractivo como el infierno viviendo ahora bajo mi techo.

Cuando me entero de que Sylus es gay, siento que estoy cayendo. Quiero que conozca mi secreto, que finalmente pueda disfrutar de los placeres que me he estado negando. Pero, ¿cómo demonios puedo romper con toda una vida de miedo y culpa?

Sylus

Cuidar de una celebridad problemática no debería ser nada comparado con lo que he hecho como francotirador de operaciones especiales, pero Chris tiene una manera de hacer que todo sea difícil. No puedo evitar sentir que disfruta cuando lo someto.

Mi intuición me dice que Chris quizás no sea tan heterosexual como quiere que todos crean. No es mi trabajo sacar a Chris del armario. Pero cuando viene a mí con una petición muy inusual, es condenadamente difícil mantenerme profesional. ¿Cómo puedo rechazar una oferta para enseñarle a un chico "heterosexual" algunos trucos gay?

Si quieres ser el primero en saber cuándo tengo nuevos lanzamientos, puedes suscribirte a mi lista de correo.

CHRIS

Era difícil tomar decisiones racionales cuando habías bebido tantos whiskies. Pero que le den a ese cabrón, se merecía lo que le iba a pasar.

Me levanté del reservado VIP y agarré la botella de Jack de la mesa, tambaleándome sobre un pie antes de sujetarme a la barandilla. Las voces de mi séquito sonaban como si estuvieran bajo el agua; me llamaban, pero no tenía ni idea de lo que decían. Me importaba un carajo. Mi cabeza solo estaba en un sitio: darle una lección a ese bocazas de mierda.

Denny me va a matar por esto. Todas las cámaras del local van a estar sobre mí.

Incluso en mi nebulosa alcohólica, la voz en mi cabeza aún me reprendía, haciendo todo lo posible por mantenerme fuera de problemas. Mi manager me mataría por esto. Pero en ese momento, nada podría haberme detenido. Me pavoneé por el estruendoso club nocturno de Las Vegas, con el whisky en la mano. La gente gritaba mi nombre. Empujé a una chica que sostenía su teléfono intentando hacerse un selfie conmigo, con la mirada fija en la mesa al otro lado de la sala.

—¡Chris! ¡Chris Stevens! ¡Tu espectáculo estuvo increíble esta noche!

—Está buenísimo.

—Parece muy borracho...

Ignoré las voces aleatorias que flotaban hacia mí como espectros en la niebla, los rostros que seguían cada uno de mis movimientos y las manos que buscaban chocar los cinco y fotografías. Le di un trago a la botella y el whisky me quemó en el estómago, tan ardiente como mi temperamento.

Lo vi. Hijo de puta feo. Bronceado artificial, pelo rubio decolorado peinado hacia atrás, cuello de la camisa levantado. Uno de esos cabrones tipo Jersey Shore. Me acerqué a la mesa y me planté frente a él. El resto de su grupo se quedó en silencio; todos sabían a qué había venido.

—Oye —dije—. ¿Qué dijiste sobre mí hace un rato?

Se giró y me miró, sonriendo con suficiencia. —Eh, tío. Ni te preocupes por eso.

—Dijiste que parezco maricón. Eh. —Chasqueé los dedos—. Mírame a la puta cara cuando te hablo.

Entrecerró los ojos. —¿Y qué? Eres una jodida celebridad, tío. Puedo decir lo que me dé la gana. Es mi opinión. No es mi culpa que no te guste.

Las llamas rugieron con más fuerza. Estaba que echaba hostias, y lo loco era que dudaba que pudiera explicar exactamente por qué. Nunca podía explicarme en estas situaciones. Me enfurecía que la gente insinuara que era gay, incluso en broma.

¿Era porque temía que supieran la verdad? ¿O porque me despreciaba a mí mismo por las cosas que había mantenido encerradas en mi interior? No era la primera vez que me metía en problemas por esto. Me pasaba incluso antes de hacerme famoso, pero mentiría si dijera que la fama no había empeorado las cosas. Esa presión tenía una forma de afectarte, especialmente cuando tenías tanto que esconder.

Mi mano se movió por sí sola, levantando la botella en el aire sobre la cabeza del tipo, inclinando lentamente el cuello para que el contenido se agitara de un extremo a otro. Glú, glú, glú. Se sobresaltó cuando el whisky se derramó sobre su pelo engominado y le salpicó la cara. Alguien jadeó. Los teléfonos móviles estaban saliendo y yo lo sabía, pero ya había ido demasiado lejos.

El de Jersey Shore se puso de pie de un salto, con su camisa blanca empapada del líquido marrón. Tiré la botella a un lado, haciéndola resonar por el suelo. La música seguía retumbando, las luces del club parpadeaban sobre la cara del tipo. Quería golpearlo con todas mis fuerzas, y quería que él me golpeara. Sí, soy basura. Enséñame una puta lección. Vamos.

—¿Qué? —grité—. ¡Vamos! ¡Vamos, joder!

¡PAM! Su puño conectó de lleno en mi mandíbula y me tambaleé hacia atrás. Normalmente, me habría recuperado, pero mis piernas de whisky hicieron que simplemente siguiera cayendo. Me desplomé sobre una mesa, tirando vasos y un cubo de hielo por todas partes. Mis botas de vaquero chirriaron en el suelo mientras intentaba levantarme. El mundo giraba de verdad ahora. Se lanzó sobre mí, logrando golpearme de nuevo en un lado de la cabeza. Estaba sangrando; el cabrón llevaba un anillo.

Le sonreí. —¿Eso es todo lo que tienes? —Levanté la rodilla hacia su estómago, y sus ojos se abrieron de par en par mientras jadeaba como un globo desinflándose. Me puse de pie de un salto y me tambaleé mientras todo a mi alrededor se retorcía como si estuviera en una atracción de feria fuera de control, y entonces, ¡BAM!, estaba de nuevo en el suelo. Sentí algo dolorosamente frío contra mi palma, como hielo, y me di cuenta de que había caído sobre cristales rotos.

—Vamos, pedazo de mierda, terminemos...

Mis palabras fueron interrumpidas cuando alguien me levantó del suelo por el cuello y me hizo girar. Era la seguridad del club, seguida por mi guardaespaldas, Big Mike. Mike me miró como si hubiera visto un fantasma. Otro guardia de seguridad pasó empujando y detuvo al de Jersey Shore justo cuando intentaba saltar sobre mí de nuevo.

—¿Qué coño, Chris? —dijo Mike, levantando las manos al aire. Big Mike, metro ochenta de altura y ciento treinta y cinco kilos de pura grasa sin adulterar. Un gran tipo, pero no muy buen guardaespaldas. Estaba bien. A propósito lo había desviado hacia los tubos de striptease y le había llenado los bolsillos de fajos de billetes para poder meterme en problemas.

—Lo siento, amigo —dije, encogiéndome de hombros—. Me llamó maricón.

El guardia de seguridad del club me empujó contra el pecho acolchado de Mike, gruñendo: —Sácalo de aquí cagando leches. —Hice mi salida, acunando mi mano mientras la sangre seguía goteando por mi cara, y me aseguré de esbozar una sonrisa para la oleada de paparazzi con cámaras que esperaban fuera. Si iba a pasar otra mañana plasmado en todas las revistas del corazón del mundo, al menos podría tener una sonrisa en la cara.

El puño carnoso y lleno de anillos de Denny golpeó la parte superior de su escritorio de roble pulido con tanta fuerza que hizo temblar los Grammy en su estante.

—Eres un idiota, Chris. No eres invencible, ¿sabes?

Era por la tarde. Estaba sentado en la oficina de mi manager en el piso 30 con vistas al centro de Los Ángeles, mi cabeza palpitaba por el whisky y los golpes que había recibido anoche. Cerré los ojos y me froté las sienes, rogando que no hiciera mucho ruido. Su voz ya era suficiente para despertar a los muertos.

—Qué amable de tu parte preocuparte tanto por mi bienestar físico. Ese tipo no podría lanzar un puñetazo ni aunque su vida dependiera de ello. Todo esto es por su anillo.

—¡No estoy hablando de tu bienestar físico! ¡Estoy hablando de tu maldita carrera! Estás caminando por una línea muy fina, Chris. No hace falta mucho para que te caigas al abismo de la oscuridad. La gente te ama ahora, pero también aman odiar.

Denny arrojó una pila de revistas sensacionalistas sobre la mesa, y se desplegaron para revelar una serie de titulares coloridos en letras grandes sobre una foto de mi cara manchada de sangre.

¡CHRIS BARKER STEVENS SE VUELVE LOCO!

CHRIS BORRACHO HUMILLADO DE NUEVO

¿CHRIS STEVENS EL HOMÓFOBO?

Gemí y aparté los periódicos. —No deberías leer esas cosas. Son malas para tu salud. No soy un puto homófobo.

Denny recogió el periódico y me lo agitó en la cara. —Hay videos del incidente por todo internet. Seguro que parece que tienes un problema con los gays.

—No lo tengo —refunfuñé. Solo quería que Denny lo dejara. Él sabía exactamente cómo me sentía al respecto, porque ya habíamos pasado por esta situación antes. Pero Denny no conocía las razones detrás de mi ira, así que era una suposición justa para él, o para cualquiera, hacer. Simplemente no podía soportar esa mierda, que alguien me llamara gay. Me enfurecía.

Me presioné la palma sobre los ojos. Maldita sea, sentía como si fueran a salirse de sus órbitas.

—Toma.

Denny me tendió una botella de agua fría. La tomé y me la puse en la cabeza.

—Bébela. Rehidrátate, borracho de mierda. —Me observó mientras abría la botella y la bebía de un trago—. Escucha. Tu próximo álbum está en el horizonte. No puedes tener este tipo de mierda

apareciendo. ¡Arruinará tu lanzamiento! Vas a tener que componerte. No más peleas. No más cagadas.

Me levanté de la silla, descolgué una de las guitarras acústicas de su pared y me dejé caer en el sofá.

—Sí, claro. —Rasguée una melodía—. Por supuesto.

—Eso es lo que dijiste la última vez. Así que, esto es lo que vamos a hacer: voy a contratarte un guardaespaldas.

—Ya tengo un guardaespaldas —dije—. Big Mike.

—Ya no —dijo Denny.

—¿Qué coño quieres decir con "ya no"?

—Despedí a Big Mike. Necesitas un guardaespaldas que no se vaya a que le hagan una mamada mientras el tipo cuyo cuerpo se supone que debe proteger está siendo golpeado.

Oh, mierda. Big Mike no debería haber quedado atrapado en el fuego cruzado así, pero supongo que debería haber sabido que pasaría. La cagué a lo grande. —¿Dónde está? —pregunté.

—Y yo qué sé. Afuera en alguna parte. Ya debería haber recibido la noticia.

Saqué mi móvil para enviarle un mensaje a Big Mike.

YO: No te vayas a ninguna parte, tío. Salgo enseguida.

—Voy a llamar a un especialista —dijo Denny—. Alguien que se asegurará de que tengas tu mierda en orden, al menos hasta el show de lanzamiento del álbum. Este tipo se va a pegar a ti mañana, tarde y noche. Si vas a mear, él estará allí. Si te la estás cascando, él estará allí. Este tío no te va a quitar los ojos de encima, ¿entiendes?

—No puedes hablar en serio —gruñí, usando mi enojo para ocultar el hecho de que la idea de un hombre observándome mientras me masturbaba realmente me excitaba—. Así que estás contratando a una niñera. Esto es ridículo, Denny. No necesito a alguien cubriéndome el culo las 24 horas del día, los 7 días de la semana. No necesito...

—¡Eso es exactamente lo que necesitas —rugió Denny, golpeando las palmas sobre el escritorio —, hasta que demuestres lo contrario! —Me apuntó con dos dedos—. Joder, Chris. Lárgate de mi vista. Ve a casa y mantente fuera de problemas hasta que llegue el nuevo tipo. Tienes suerte de que me hagas ganar tanto dinero.

Colgué la guitarra de vuelta en la pared. Sabía cuándo era el momento de dejar de provocar a Denny.

En el ascensor, me puse un par de gafas de sol, sabiendo perfectamente que no hacían mucho para ocultar los moretones en mi cara, y mucho menos los vendajes que cubrían mis puntos. Podía sentir los ojos de todos sobre mí mientras caminaba por el vestíbulo, pero en lugar de los saludos habituales había silencio.

Por supuesto, todos en Goldstate Records ya habían visto el video de su artista número uno. No me molestaba, para nada. ¿Por qué debería? Me había metido en esa pelea porque sabía que la gente lo vería. Quería ser castigado, ser visto como la basura que era. No, no odiaba a los gays. ¿Cómo podría? Era a mí mismo a quien odiaba.

Big Mike estaba sentado en uno de los sofás en el área de recepción, ocupando casi todo el asiento. Se levantó cuando me vio, sosteniendo su gorra de los Dodgers en las manos. Parecía que había estado llorando.

—Lo siento mucho, Chris —dijo, sorbiendo por la nariz—. La cagué de verdad.

—No, tío. La he cagado. Por mi culpa perdiste tu trabajo. Venga, vámonos.

Salimos a la calle. Incluso con las gafas puestas, la luz del sol hacía que me latiera la cabeza.

—Me lo pasé genial siendo tu guardaespaldas —dijo—. Eres un tío estupendo. Supongo que no hice muy bien mi trabajo. Nunca parecía estar cerca cuando te metías en peleas.

Sonreí con aire de disculpa. Eso era porque siempre me aseguraba de que estuviera en otro lugar cuando quería meterme en líos. —Escucha —dije—. Esto es culpa mía. No voy a dejar que te quedes sin trabajo. Te seguiré pagando la misma cantidad que te daban ellos. Puedes ser mi... asistente, o algo así. Alguien que haga mis compras y esas cosas.

—Siempre dijiste que nunca querías tener un asistente —dijo Mike—. Decías que nunca querías dejar que la vida de celebridad interfiriera con...

—Sí, ya lo sé —dije. Pobre Mike. Un tío genial, pero no el más rápido en captar las cosas—. Dije esas cosas. Pero he cambiado de opinión.

—¿Vas a pagarme tú? Eso es mucho dinero, Chris.

Le di una palmada en la espalda gigantesca a Big Mike. Mi Camaro estaba aparcado en el sitio VIP frente al edificio, y desbloqueé la puerta con el mando a distancia. —No es gran cosa, colega. Soy una estrella del rock multimillonaria, ¿recuerdas? —Le sonreí. Me dolió la cara al

hacerlo.

—Entonces, ¿a quién van a conseguir para ser tu nuevo guardaespaldas? —Abrió la puerta del conductor para mí y apoyó el brazo en el techo del coche para hablarme cuando me senté dentro.

—Ni idea —dije.

No necesitaba un puto perro guardián. Quienquiera que fuese, ya sabía que no nos íbamos a llevar bien.

SYLUS

Winchester Magnum 300, mi rifle de francotirador preferido. Quizás sea exagerado para el trabajo, pero tenerlo conmigo es un absoluto consuelo. Su peso familiar contra mi espalda era casi tan bueno como la presión del cuerpo de un hombre. Casi.

Me arrastré como soldado entre la maleza, cuidando de no hacer un movimiento que delatara nuestra posición. Llegamos al escondite que habíamos creado con redes de camuflaje y ramas caídas, y nos instalamos.

Virgil y yo habíamos hecho esto juntos tantas veces que era como un reloj. Él era mi hermano, así que siempre habíamos tenido una sincronía natural que la mayoría de los equipos de francotiradores soñaban. Yo solo tenía un ojo bueno, el otro cubierto por un parche, pero uno era todo lo que necesitaba para mirar a través de la mira y leer las expresiones de mi hermano. Y ahora mismo, ya sabía que había avistado un objetivo.

—Sylus —susurró—. Ahí está. El árbol alto con las ramas que parecen los pelos púbicos de Bau. Tres dedos a la derecha.

Resoplé suavemente. Bautista, nuestro hermano mayor y mi jefe, tenía la peor costumbre de andar desnudo. Cada vez que iba a la casa, prácticamente tenía que suplicarle al tipo que se pusiera unos malditos pantalones. Saqué el rifle de mi espalda, bajé el bípode y destapé la mira. —Idiota —susurré en respuesta—. ¿Podrías ceñirte a los nombres de los sectores?

Sonrió detrás de los prismáticos. —Entendido. Sector 2, bravo. Diez metros al este. Oh. Está

caminando.

Coloqué mi ojo derecho frente a la mira, ajustando lentamente el giro de mi rifle. —Lo veo —dije—. Dame una lectura del viento.

—No hay brisa cruzada —respondió Virgil—. Está en calma. Empuja a la izquierda, punto tres.

Ajusté el dial de compensación de viento en mi mira según sus instrucciones, manteniendo el objetivo estable en mi punto de mira. Levanté el cerrojo de mi rifle, lo tiré hacia atrás y luego lo deslicé hacia adelante. Bala en recámara. Seguro quitado. El objetivo comenzó a trotar por el bosque, bloqueado por el entrecruzamiento de ramas. —Mierda.

—Solo está mirando alrededor —dijo Virgil—. Ten paciencia.

—Entendido —respondí, y después de un breve silencio añadí—: Bau me consiguió un cliente.

—¿En serio?

—Sí —dije, sin apartar el ojo de la mira.

—Felicidades, hermano. Tu primer trabajo como civil. ¿De qué se trata?

—Ni idea. Dijo que me informaría cuando volviéramos. Dijo que no quería arruinar mi concentración. No sé cómo tomármelo.

—¿De alto perfil, tal vez?

—No lo sé. ¿Bau maneja contratos de alto perfil?

—Claro que sí, tío. Todo tipo de clientes adinerados que necesitan a un hombre grande, fuerte y fuertemente armado para que les tome de la mano y los mantenga a salvo. Es perfecto para ti.

—Entonces, ¿por qué no trabajas para él también?

—Simplemente no es lo mío, hermano. Después de MARSOC, estoy bien con no responder ante otras personas. Todo lo que quiero es... Oh, espera, espera.

El objetivo se había detenido y estaba olfateando la hierba. El tiro estaba limpio. —Hazlo, hermano —susurró Virgil con calma.

El momento antes de disparar siempre era una extraña mezcla de adrenalina y calma. Estaba la emoción de utilizar todas las habilidades que había perfeccionado a lo largo de los años y reunirlas en ese preciso momento, pero también la calma meditativa y de claridad mental en la que me había entrenado. Mi pulso apenas subió un latido. Estaba tan firme como un predicador. Nadie en la Tierra podría romper mi concentración.

—Enviando —dije, y apreté el gatillo.

Mi WinMag resonó como un rayo del mismo Zeus, descargando una ráfaga de humo a ambos lados del cañón que levantó un aleteo de hojas. Los pájaros gritaron sorprendidos y se dispersaron con el viento. El bosque quedó en silencio.

En mi mira vi a nuestro objetivo, un joven ciervo mulo, tambalearse y caer al suelo donde estaba. Exhalé, puse el seguro y abrí la recámara. El casquillo caliente saltó y aterrizó en el antebrazo de Virgil, y él lo apartó de un manotazo. A medida que los sonidos normales del bosque regresaban, también lo hacía mi estado mental habitual.

—Buen tiro, Sylus. —Virgil extendió su puño.

Lo choqué con el mío, sonriéndole. Las capas de emociones que venían con disparar junto a mi hermano a veces podían sentirse un poco surrealistas. Estábamos cazando ciervos hoy igual que lo habíamos hecho cuando éramos pequeños, y la emoción de hacer el tiro traía recuerdos de la infancia. Pero hace un año, nosotros dos estábamos lado a lado en el extranjero haciendo un trabajo mucho más serio. También nos emocionábamos entonces, y a menudo teníamos que recordarnos no dejarnos llevar celebrando nuestros éxitos porque eran vidas de hombres las que estábamos silenciando.

Empacamos nuestro equipo y nos dirigimos a recoger el ciervo. Tenía unos cinco años, un gran tamaño con una hermosa cornamenta. Perfecto: habría suficiente carne para alimentarnos a mí y a mis hermanos durante un par de semanas. La comida siempre era el objetivo de nuestras cacerías. Había algo gratificante en matar tu propia comida, en saber de dónde venía. Quitar la vida a una criatura era un asunto difícil, y sentía que proporcionaba un nivel de respeto por lo que estaba comiendo. Simplemente recoger un paquete de partes de animales aleatorias del supermercado no me sentaba demasiado bien, especialmente después de convertirme en un segador para MARSOC, las fuerzas especiales del Cuerpo de Marines.

Después de cargar el animal en la parte trasera de mi camioneta, Virgil y yo condujimos hasta la casa del rancho familiar, que actualmente estaba ocupada por Bautista y se usaba como base de operaciones para su empresa de seguridad privada, Synn Services. Éramos los hermanos Synn: Sylus, Virgil y Bautista. Tres hermanos gays, padres fallecidos, sin hijos de los que hablar y crónicamente solteros. Nuestra tía Mercy había comenzado a llamarlo la Maldición Synn. Éramos los últimos tres chicos Synn, y Dios o quien fuera aparentemente quería asegurarse de que siguiera siendo así.

Virgil bajó la ventanilla y se pasó la mano por el pelo. —¿Cómo te fue en la cita anoche? —preguntó.

Me reí, recordando aquella ridiculez. Era mi hermano, un Synn maldito como yo; ya debería saber la respuesta a esa pregunta. —Para empezar, no se parecía en nada a su foto —dije—. Lo cual estaba bien, podía pasarlo por alto. Era mono. Pero luego resulta que el tipo es un completo

cazaetiquetas. Empieza a hablar de todos los ex militares con los que ha salido.

Virgil echó la cabeza hacia atrás y se rió. —Oh, hermano. Eso es jodidamente duro.

—Lo sé. Uno pensaría que sería fácil conocer chicos con Grindr y esas cosas, pero no he tenido nada de suerte. Estoy a punto de rendirme. Todos los hombres que hay por ahí están más jodidos que yo.

—Es mejor ni pensar en ello —dijo Virgil, mirando por la ventana.

Intentaba no hacerlo, pero el hecho era que ninguna cantidad de sexo casual, por bueno que fuera, podía compensar el enorme vacío que sentía en mi corazón. Una cosa que había aprendido de mi tiempo en el ejército era que todos los hombres, por duros que parecieran, por muchas murallas que hubieran levantado, querían amar y ser amados a cambio. No tener eso solo podía hacer las murallas más altas, el vacío más grande, la coraza más gruesa.

Hacía siglos que no tenía un novio estable, no desde que me había alistado, y él me había engañado cuando estaba en una misión. La Maldición Synn era fuerte. Pero tampoco iba a perder el tiempo con cualquier cabrón con polla, por bueno que estuviera. Si tenía que morir solo, que así fuera. Tenía a mis hermanos. Sería genial, todos podríamos morir solos, juntos.

El rancho Synn, o como mamá y papá solían llamarlo, la Casa Synn, era una vieja casa de tres habitaciones construida en los años 40, situada en cuatro hectáreas de tierra a una hora al norte de Los Ángeles. El lugar había pasado por varias remodelaciones a lo largo de las décadas, la mayoría de las cuales ocurrieron después de que Bau se hiciera cargo cuando nuestros padres fallecieron. Construyó una gran ampliación del garaje para las operaciones de Synn Services, e incluso una casa de huéspedes para esas largas noches cuando el equipo necesitaba quedarse. Por supuesto, Virgil y yo nos encontrábamos quedándonos en la casa con bastante frecuencia, aunque teníamos nuestros propios lugares. Era cómodo allí.

Bau estaba afuera trabajando en su coche proyecto cuando llegamos a la casa. Levantó la vista

del motor y nos saludó con una mano manchada de aceite. A los treinta y cinco años, le llevaba cuatro años a Virgil y cinco a mí. El hombre no solo era el mayor, sino el más grande, el más fuerte y probablemente el más blando de los tres. El tipo tenía bíceps que podrían asfixiar a un caballo, pero podía ser dulce como un osito de peluche.

—Es uno bonito —dijo, limpiándose las manos con un trapo mientras Virgil y yo sacábamos el ciervo de la parte trasera—. Una belleza.

—Yo me encargaré de prepararlo —dijo Virgil—. Vosotros id a ocuparos de vuestro trabajo.

—Gracias, Virgil —dije.

—Espero ver unos filetes de venado para la cena esta noche, Virg —dijo Bau, señalándolo.

—¿Ah, sí? ¿Tú cocinas? —gritó Virgil mientras se echaba el ciervo al hombro, estilo bombero.

—Puedo hacerlo.

Virgil soltó un grito. —¡Eso es una puta promesa, Bau! ¡Te la voy a cobrar!

Seguí a Bau hasta la oficina del garaje. Era una estructura de dos pisos, con un desván arriba, una cocina abajo y un gran espacio abierto con suelos de hormigón sellado que albergaba una flota de tres vehículos todo terreno, dos Jeeps, una camioneta Dodge RAM 1500 y un Cadillac Escalade negro. En el lado opuesto del edificio, desde los vehículos, estaba la zona de oficinas propiamente dicha; un grupo de escritorios con ordenadores, un sofá de cuero junto a una pizarra y una pantalla de proyector, y una mesa de operaciones de estilo militar en el centro. Bau dirigía un barco tan impresionante que la fuerza policial de uno de los pequeños pueblos incorporados vecinos a veces recurría a él en busca de ayuda.

—¿Café? —preguntó Bau.

—Por favor —dije—. Necesito urgentemente una dosis de cafeína.

Llenó dos tazas de café y me dio una. —¿Bourbon?

—No.

—Cierto. Dejaste de beber.

Negué con la cabeza y di un sorbo a mi café. —Solo no tanto como antes. Tenía demasiados malos hábitos.

Bau echó un chorrito de whisky en su taza y me miró fijamente mientras bebía.

—¿Qué? —pregunté.

—Solo es bueno tener a mi hermanito en casa.

Me reí. —Bau, ya llevo casi tres meses fuera.

—Lo sé. Todavía me estoy acostumbrando. Entonces, ¿cómo te fue en esa cita, eh? ¿Conseguiste algo de acción?

—No.

Bau se rio y dio una palmadita en el respaldo del sofá. Me senté y él encendió el proyector. —La maldición sigue viva, ¿eh?

—La maldición sigue viva —asentí—. Bueno. —Me froté las manos con entusiasmo, ansioso por cambiar de tema—. Mi primer trabajo de adulto. ¿Qué tienes para mí, jefe?

—Algo que no confiaría a nadie más que a mi hermano pequeño. El contrato más grande que hemos tenido en mucho tiempo. ¿Crees que podrás manejarlo?

Sonreí. —¿Por qué me miras así? ¿Qué? ¿Está bueno? —La expresión de Bau decía que estaba ansioso por ver mi reacción.

Se encogió de hombros. —No es mi tipo. De todos modos, no es de buena forma acostarse con un cliente.

—¿Estás diciendo que nunca te has acostado con un cliente? —pregunté.

—No, no estoy diciendo eso. Solo que no es de buena forma.

Mostró un perfil en la pantalla. La fotografía adjunta era una mala foto del DMV de un hombre con cabello oscuro y ojos a juego. Me resultaba familiar. Entrecerré los ojos. Era una foto de mierda y no podía determinar bien su atractivo. Las fotos del DMV siempre tenían una forma de hacer que la gente se viera como mierda.

Vamos, Sylus. ¿Estaba tan depravado que realmente estaba tratando de ver qué tan atractivo era el cliente? Esto era un trabajo, no jodido Grindr.

—¿Conozco a este tipo? —pregunté, señalando.

—Es posible —dijo Bau, cambiando la diapositiva. Esta vez era una foto de calle que parecía haber sido tomada por un paparazzi. Era fuera de algún tipo de discoteca, y estaban empujando al tipo a una limusina, con la cara cubierta de sangre—. Su nombre es Chris Barker Stevens. Esto fue tomado hace dos noches en Las Vegas. El tipo se emborrachó, se peleó con algún imbécil al azar en el club y le dieron una paliza. Aparentemente no es la primera vez.

—Espera —gemí. Sí sabía quién era. La música country pop de mierda de este cabrón me había atormentado durante todo mi tiempo en el extranjero. Alguien siempre parecía estar poniendo su mierda. En contra de mi voluntad, probablemente me sabía de memoria la mitad de sus canciones—. ¿Chris Barker Stevens es mi cliente? ¿En serio?

—¿Qué, te gusta?

Solté una risa ahogada. —¿Gustar? Cuando me hirió la metralla en el ojo y estaba sentado en el hospital de campaña, algún tipo estaba reproduciendo a Chris Barker Stevens en bucle. Estaba confinado a mi cama, no podía moverme. No podía apagarlo.

Bau sonrió. —Bueno, ahora es tu oportunidad de decirle cuánto impacto ha tenido en tu vida. Tu trabajo es asegurarte de que este tipo no se meta en más problemas. Vas a estar con él en todo momento. Tendrás un lugar en su mansión, lo acompañarás a todas partes y definitivamente te asegurarás de que nadie se le acerque demasiado.

Me desplomé en el sofá. Debería haber sabido que Bau me daría el trabajo más duro que pudiera encontrar para iniciarme. —Jesús —murmuré—. Está bien. ¿Cuánto dura el trabajo?

Sacó una pila de papeles, se lamió el dedo y los hojeó. —El contrato es por al menos dos semanas. Su equipo de gestión quiere mantenerlo fuera de problemas hasta el gran show de lanzamiento de su álbum. Están pagando muy bien por esto.

Suspiré. Dos semanas de infierno. —¿Cuándo empiezo?

Bau arrojó la pila de papeles en mi regazo. —Mejor haz las maletas. Y tal vez Virgil tenga que empacarte un par de esos filetes de venado para llevar.

El sol poniente arrojaba cubos de luz dorada sobre las áridas colinas del sur de California que bordeaban la autopista hacia el sur en dirección a Los Ángeles. Había cambiado mi destartalada camioneta por el Escalade de la compañía, y tenía una bolsa de lona en el asiento y una hielera en el suelo llena de unos cuantos filetes frescos cortados de la presa de hoy. Pensé en compartirlos con mi nuevo jefe. Extender algún tipo de rama de olivo para comenzar nuestra relación con el pie derecho. Iba a vivir con el tipo por un tiempo.

Desarraigarme de un momento a otro para una misión se había convertido en algo natural para mí. Cuando estaba en Afganistán, mi escuadrón y yo nos subíamos al helicóptero para una operación, pasábamos unos días en el campo y luego nos íbamos en helicóptero, solo para repetir el proceso de nuevo, a veces solo unas horas después. El poco sueño que conseguíamos lo pasábamos en suelos de tierra o en el suelo desnudo con solo un agujero para cagar y sin una ducha a la vista. Tener una pijamada para cuidar a una celebridad traviesa sería un paseo por el parque.

Las colinas amarillas pronto dieron paso a la expansión urbana al entrar en la ciudad. El maldito lugar realmente podía ser bonito por la noche. Al menos no se podía ver el smog. Pronto, estaba estacionado frente a la reja que rodeaba una enorme mansión de Beverly Hills. Verifiqué dos veces la dirección para asegurarme de que estaba en el lugar correcto y luego acerqué el auto al intercomunicador situado en la entrada. Sonó sin parar.

Frunciendo el ceño, miré mi reloj. ¿No debería el tipo haberme estado esperando? Llamé de nuevo, pero seguía sin respuesta. Saqué el paquete de papeles que Bau me había dado y encontré el número de celular de Chris. Tampoco respondió allí.

Salí del auto y revisé mi teléfono celular en busca de llamadas perdidas. Nada. Ya estaba en el reloj, y mi misión era mantener al cliente fuera de problemas. No iba a llamar a Bau ni a nadie más para pedir más instrucciones. Me habían dado permiso para operar a mi discreción. El equipo de gestión del cliente quería asegurarse de que se mantuviera fuera de problemas, por

cualquier medio necesario. Tomé una decisión: entraría y localizaría a Chris Stevens.

Por cualquier medio necesario.

CHRIS

—Dios mío, Chris. Tienes un aspecto horrible.

Estaba tumbado en el sofá, conversando por videollamada con Audrey Apple, la única persona en este mundo que conocía mi secreto. Era casi diez años menor que yo, nueva en el mundo del espectáculo pero ya una estrella mucho más grande que yo. Tenía un enorme seguimiento en YouTube, pero había logrado su éxito en el mundo mainstream al ganar el American Music Challenge, que fue como la conocí.

Debido a nuestra estrecha relación, los rumores volaban como fuegos artificiales. Audrey no hacía nada para disipar los chismes de que estábamos durmiendo juntos; pensaba que eso ayudaría a disolver su imagen inocente como joven estrella de YouTube. A mí no me importaba mucho porque significaba que la gente no haría preguntas sobre mi sexualidad, sin mencionar que solo fortalecía mi imagen de chico malo del rock country.

—Vi los videos —dijo con aire decepcionado mientras recogía a Lady, su gata, y la acariciaba suavemente en su regazo—. ¿Por qué tienes que actuar así, Chris? Tu reputación se está viendo afectada, ¿sabes? Sé que ese no eres tú.

—No necesito otro sermón, Audrey —dije—. Me importa un bledo mi reputación.

—Obviamente sí te importa. De lo contrario, saldrías del armario.

Sentí una punzada de molestia.

—No digas eso.

—¿Que no diga qué? Estás en el armario, Chris.

—No estoy en el puto armario. Solo... odio esa frase. —Odiaba la idea de que estuviera ocultándome de algo, aunque eso era exactamente lo que estaba haciendo. Audrey me lanzó una mirada de "¿por qué intentas engañarme?".

—Eres completamente ridículo, ¿lo sabías? —dijo—. Me das lástima.

—No lo hagas. Es mi problema, me lo hice yo mismo.

—Puedes elegir no hacerte esto a ti mismo, ¿sabes? Acéptate. Los demás lo harán. Yo lo hago. Puedes ser un hombre gay...

—Audrey, no quiero oír nada de esa mierda "despierta" ahora, ¿vale? —Apreté los dientes, odiándome por haber soltado eso.

Ella parpadeó, con los ojos muy abiertos y ofendidos.

—Está bien. Me voy. Qué vergüenza por intentar ayudar a un amigo.

—Maldita sea, Audrey, yo solo...

—Voy a pasar un tiempo con gente que no tenga miedo de ser auténtica. Puedes ir a chupar una

polla. De hecho, creo que realmente deberías hacerlo.

—Audrey...

Mi teléfono se quedó en negro. Llamada desconectada. Gruñí y le envié un mensaje de disculpa antes de lanzar mi teléfono a un lado. Repiqueteó por el suelo, desapareciendo en algún lugar bajo los muebles. Me senté y miré alrededor de mi cavernosa sala de estar, demasiado grande para la cantidad de decoración que tenía. Demasiado grande para un solo hombre. La mayoría de las habitaciones de mi casa estaban completamente vacías. Mi propio dormitorio era solo una cama king-size y un par de guitarras. Necesitaba un maldito decorador de interiores, pero honestamente, ¿cuál era el punto? De todos modos, estaba solo.

Era mi propia maldita culpa. No merecía una amiga como Audrey. No merecía a nadie. Incluso si un hombre cayera directamente en mi regazo, ¿de qué me serviría?

Bueno, por un lado, significaría que podría acostarme con alguien.

Cerré los ojos, y sentí como si el sofá me estuviera tragando como arenas movedizas.

Eso era algo jodidamente importante. Yo era el tipo de hombre que otros querían ser y las chicas querían estar con él. Ese era mi rollo, y había llenado estadios con miles de fans y mi cuenta bancaria con millones de dólares. Era un símbolo sexual americano que nunca había tenido sexo. En realidad, había estado viviendo mi vida como un maldito monje. Había llevado groupies a mi habitación de hotel y fingido estar demasiado borracho para acostarme con ellas. Había evitado relaciones y nadie realmente lo cuestionaba porque yo era Chris Barker Stevens. No necesitaba estar en una relación: tenía todas las mujeres que pudiera desear.

Qué broma.

Me bajé del sofá y arrastré mi trasero hasta la sala de estudio, que era la única habitación de mi

casa que estaba completamente decorada y equipada. Tenía un estudio de grabación completo allí, con una cabina de sonido y una estación de monitoreo para que no tuviera que salir de casa si quería armar una pista. La mayoría de mis guitarras también estaban allí. Era mi santuario, insonorizado y tranquilo.

Tomé una de mis guitarras favoritas, una Gibson Les Paul Deluxe de 1972, y la llevé junto con un amplificador de 500 vatios a mi sala de estar. No quería algo insonorizado y tranquilo ahora. No quería un santuario, necesitaba terapia. Quería hacer volar mis ventanas.

El amplificador zumbó cuando conecté la guitarra. Envolví mis dedos alrededor de su mástil, sintiendo el acabado sedoso de la madera, pulido por años de uso. Mi cuerpo se tensó en anticipación, de la misma manera que lo hacía cuando estaba a punto de lanzar un puñetazo. Levanté mi brazo, púa en mano, y la bajé con fuerza sobre las cuerdas. Esto no era el twang country-pop que tocaba para la radio. Esto era mierda pesada. Mierda áspera. Mierda que corta el alma. Con el corte en la palma de mi mano derecha, tocar dolía como el infierno, pero eso estaba bien. El dolor físico, podía soportarlo.

Me subí de un salto al sofá y sacudí la cabeza al ritmo, disparando una ráfaga de acordes potentes antes de lanzarme a un solo penetrante. Sentía la mano caliente y estaba casi seguro de que me estaba sangrando, pero maldita sea, qué bien se sentía tocar. A lo largo de mi vida, la música había sido el único lugar al que siempre podía escapar. Cuando papá falleció, mi guitarra estuvo ahí para mí. Estuvo ahí cuando me di cuenta de que me gustaba más mirar a los chicos de la escuela que a las chicas. Estuvo ahí cuando mamá me pilló de la mano con el chico de la calle de al lado. La música nunca me hizo querer esconderme. Tocar era lo más cerca que podía estar de sentirme verdaderamente yo mismo.

Por el rabillo del ojo, de repente me di cuenta de que ya no estaba solo en la habitación. Me di la vuelta bruscamente, y el cable de la guitarra se enredó en mis piernas haciéndome caer al suelo. Logré mantener la guitarra en alto y fuera de peligro mientras caía.

Me puse de pie tambaleándome. El hombre estaba en la puerta, vestido con una camisa y pantalones de vestir, con un parche cubriendo su ojo izquierdo, una bolsa de lona en una mano y una nevera portátil en la otra. Mi mente corría. Un ladrón no vestiría de manera semiformal,

¿verdad? ¿Qué demonios hacía con la nevera? ¿Iba a robarme los riñones?

Su ropa estaba bien ajustada a su figura, y era obvio que estaba lleno de músculos bajo la tela. ¿Era algún tipo de sicario de la mafia? Mi mente volvió a Jersey Shore. Mierda. ¿Me habría metido con el imbécil equivocado?

No iba a esperar para averiguarlo. Para que hubiera pasado mi sistema de seguridad y entrado en mi casa, obviamente iba en serio. Me di cuenta de que sostenía mi preciosa guitarra como un bate de béisbol y la dejé en el sofá antes de cometer algún error del que me arrepintiera. Mi corazón latía con fuerza, pero se sentía bien. A la mierda, si iba a morir peleando contra un tipo malo, estaba bien con eso. Al menos sería una muerte interesante.

Me lancé contra él, gritando a todo pulmón. Ni siquiera se inmutó.

Eso no es bueno.

Lancé un golpe.

Aire. Era como si hubiera desaparecido de delante de mí. Se había movido a mi derecha. Lancé otro golpe. También lo esquivó. Luego, en un movimiento repentino, su brazo atrapó el mío. Yo no era para nada un hombre pequeño, pero me balanceó como a un muñeco de trapo y me tiró al suelo. Su rodilla se clavó en mi espalda, mis brazos firmemente inmovilizados detrás de mí. Se inclinó hacia adelante, poniendo más peso sobre mí y presionando mi mejilla contra el suelo de madera. Podía sentir su aliento en mi oreja.

—Cálmate —dijo.

—¿Quién coño eres? —gruñí—. ¿Qué quieres?

—Me llamo Sylus Synn. Soy de Synn Services. Soy tu nuevo guardaespaldas.

Mientras las cosas empezaban a encajar en mi confundido cerebro, me relajé.

—¿Sylus Synn...?

—Así es. ¿Estás tranquilo?

—¿Qué clase de nombre es Sylus Synn? No sabía que iba a tener una estrella porno. ¡Ay! Ay, ay, ay...

Su rodilla presionó con más fuerza mi espalda por un segundo antes de levantarme de un tirón.

—Lo siento por eso. Espero no haberte lastimado —dijo, con una ligera sonrisa burlona.

Sylus Synn era... Estaba jodidamente bueno.

Su único ojo era de un azul penetrante, y la forma en que me miraba me hacía sentir como si pudiera penetrar en mi mente y leer mis pensamientos. Su expresión tenía la seriedad sin tonterías de un ex militar, y tenía el cuerpo para demostrarlo. Ya sabía de primera mano que podía inmovilizarme y tomarme como quisiera. Mis ojos lo escanearon, pasando por el bulto no tan sutil de su paquete. Maldita sea. El tipo tenía que estar bien dotado.

Jesús.

¿Qué demonios estaba pensando? Mi polla estaba peligrosamente cerca de ponerse dura, y de alguna manera me había perdido en una fantasía. La ira burbujeo dentro de mí, ira hacia mí mismo. ¿Cómo podía perder el control así?

—Estoy bien —dije, tratando de calmar mi corazón acelerado—. Al menos sé que eres capaz. —Y no un blando como Big Mike, bendito sea su enorme corazón—. Pero ¿no podrías haber usado el timbre como una persona normal?

—Lo hice. No respondiste. Estuve un buen rato en la puerta principal. Incluso llamé a tu celular.

Me puse a gatas para localizar mi celular debajo de la silla. Efectivamente, había varias llamadas perdidas y un mensaje de Audrey. Lo abrí y una foto de ella haciéndome una peineta llenó la pantalla.

—Así que... forzaste la entrada de seguridad —dije.

—No fue muy difícil. Llamaré a alguien para que la mejore.

—Y... entraste a la fuerza en la casa.

—Eso tampoco fue difícil. Dejaste la puerta principal sin llave.

Me estremecí. —Oh. Joder —Fingí un bostezo—. Um. Vale. Bueno, ha sido, eh, genial conocerte, Sylus. Gracias por la inolvidable presentación y nos vemos luego, supongo. Ya conoces la salida —Cogí una botella de Macallan de la mesa de café. Cuando la descorché, me di cuenta de que el vendaje de mi mano estaba empapado de sangre—. Mierda —murmuré.

—Estás sangrando.

—Sí, no me digas.

Di un trago de la botella y me limpié la boca con el dorso de la mano. Sylus se acercó a la bolsa de lona que estaba en el suelo y sacó un paquete de lona verde. —Siéntate —dijo—. Por favor — Abrió la cremallera del paquete: era un botiquín de primeros auxilios.

—Estoy bien —dije—. Solo lárgate, ¿vale? Ya nos hemos conocido, gracias, todo está genial. Te veré mañana.

—Siéntate —repitió, girando la cabeza para mirarme. Su ojo me atravesó como un maldito láser de cobalto, y me sentí obedeciendo silenciosamente su orden sin siquiera darme cuenta. Me desplomé en el sofá y di otro trago de whisky. Me di cuenta de que mis manos temblaban.

Sylus se arrodilló frente a mí y colocó el botiquín en el suelo. Percibí el aroma de su loción para después del afeitado y sentí una oleada de deseo hambriento que recorrió todo mi cuerpo. Joder. Levanté la botella hacia mis labios, solo para sentir que me la quitaban de la mano.

—Ya basta de eso —dijo.

—¿Qué demonios, tío?

—No lo necesitas. Relájate —Me agarró la muñeca y tiró de mi mano hacia abajo. Se puso un par de guantes de goma y me quitó el vendaje ensangrentado.

—Jesús. Es solo un maldito vendaje. Podría hacerlo yo mismo.

Limpió la herida suturada con una toallita antiséptica y luego volvió a vendarme la mano. Mi corazón seguía latiendo con fuerza contra mi voluntad.

—Estoy aquí porque tu equipo de gestión quiere que me asegure de que estés bien atendido. Así que eso es lo que voy a hacer. Mi trabajo —Me miró a los ojos, y mi corazón realmente se saltó

un latido. Me maldije por tener tal reacción. Me había vuelto bueno controlando mis impulsos, así que ¿por qué demonios estaba teniendo tantos problemas ahora?

—No me voy a ir a ninguna parte, lo siento —continuó Sylus—. Mis instrucciones son que me aloje aquí. Entonces, ¿dónde quieres que duerma?

Maldita sea, no pensé que Denny realmente me conseguiría una niñera a tiempo completo. —¿Crees que me importa? No te quiero aquí. No te necesito.

—De acuerdo. Dormiré en tu cama entonces —Cerró el botiquín y se puso de pie.

—Oye, que te jodan —gruñí. Sentí que mi temperamento se elevaba, esa misma maldita ira alimentada por la vergüenza y la humillación de mi excitación.

Me lanzó una sonrisa burlona que me hizo querer golpearlo justo en su hermoso ojo azul. Por supuesto, probablemente solo lo esquivaría y me inmovilizaría de nuevo.

—Me instalaré aquí. ¿Dónde está la cocina?

—Por allí, al final del pasillo —gruñí.

Lo observé mientras recogía su nevera portátil y salía de la habitación como si fuera el dueño del lugar.

—¿Te gusta la carne de venado? —gritó, y escuché que se abría la nevera. Siéntete como en casa, amigo—. Cacé un ciervo hoy, traje algo de filete. Considéralo una ofrenda de paz.

—Vegetariano —dije—. ¿No deberías haberlo sabido? —Agarré la botella de whisky y me

escabullí a mi habitación como un animal herido.

Joder. Esto era lo último que necesitaba. Un guardaespaldas que me ponía caliente, y que iba a vivir aquí. Ese maldito cuerpo suyo seguía apareciendo en mi mente. La forma en que se movía bajo su ropa. Sus gruesas muñecas y antebrazos venosos asomando por debajo de sus puños. Una deliciosa clavícula detrás de una camisa abierta.

La rabia del deseo ardía más que nunca. Era terrible. Se sentía como si fuera un hombre hambriento al que se le estuviera provocando con un trozo de comida que nunca podría alcanzar. Mi cuerpo anhelaba el contacto. Necesitaba liberarme con tanta desesperación. Masturbarme simplemente no era suficiente. Ni siquiera podía obligarme a mirar porno sin odiarme por ello. Mi cuerpo podía tener reacciones adversas viscerales cuando me enfrentaba a mis deseos. Estallidos de ira, principalmente. Ira y vergüenza. Simplemente no podía aceptar esta parte de mí. Nunca se me había permitido hacerlo.

Tragué un bocado de whisky y sentí el cálido consuelo de la intoxicación arrastrándose por mi cuerpo.

Tener a este tipo alrededor iba a hacer mi vida un infierno. Así que no tenía ningún problema en causarle algunos problemas a cambio.

SYLUS

En ese momento, mientras me estiraba en el suelo de la enorme y vacía sala de estar de Chris Barker Stevens, tuve la clara sensación de que esta misión iba a ser mucho más difícil de lo que había anticipado.

Acomodé mi bolsa de lona lo mejor que pude, la empujé contra la pared para usarla como almohada y puse mis manos detrás de la cabeza. Golpes sordos resonaban a través del techo mientras Chris pisoteaba arriba. Sin duda, un maldito trabajo de niñera.

Tenía que admitirlo: el hombre era mucho más atractivo de lo que esperaba, incluso con la cara toda golpeada. Era alto, fornido y musculoso, pero no de manera exagerada. Lo que realmente llamó mi atención fueron sus ojos. Detrás de todo ese fuego y severidad, había algo que me atrapó. Mi primera suposición, basada en la descripción de mi misión, era que el tipo era solo otra de esas personas famosas que creaban drama simplemente para mantener los reflectores sobre ellos. Pero pude ver que había algo más. Estaba sufriendo.

No es tu trabajo, Sylus, pensé.

Era cierto. El tipo era un cliente. Estaba aquí por un propósito específico, que definitivamente no era involucrarme en los problemas personales de este tipo, sin importar lo difícil que fuera ignorar mi instinto de resolver problemas y proteger a quienes más lo necesitaban. O lo difícil que era ignorar la maldita erección que tenía.

Físicamente hablando, era 100% mi tipo. Lo cual podría haber sido una mala noticia para mí

considerando que ahora vivía con el tipo, solo que no estaba interesado en tener simplemente un cuerpo duro y firme junto al mío por una noche o dos. Quería algo más.

Además, estaba bastante seguro de que el tipo era heterosexual. Una distinción bastante importante.

La casa era enorme y podría haber albergado a mis hermanos, a todo mi escuadrón y a mí con mucho espacio para actividades. Era una de esas monstruosidades modernas, una mezcla de hormigón visto y suelos de madera dura, el tipo de mierda minimalista futurista que imaginarías que tendría Tony Stark. Era bonita, solo que no era realmente mi estilo.

Yo era un hombre simple con gustos simples. Una camioneta, un saco de dormir y las estrellas sobre mí era todo lo que realmente necesitaba. Tal vez añadir un perro o dos. Por eso me gustaba ir a casa al rancho tan a menudo. Me hubiera gustado vivir en casa con Bau, si no fuera porque tendíamos a ponernos de los nervios después de estar juntos demasiado tiempo. ¿Virgil y yo? Podíamos pasar meses juntos en un agujero infernal del desierto y no discutir ni una vez. Bau y yo probablemente nos mataríamos el uno al otro después de un tiempo.

La sala de estar de Chris era enorme y vacía. Había una televisión de pantalla plana, algunos muebles de cuero de aspecto caro, algunas estanterías y un gran sistema de sonido, pero todas esas cosas estaban justo en el centro de la habitación, como una pequeña isla en medio del océano. Todo lo demás estaba desnudo. La cocina era igualmente escasa. La nevera estaba llena principalmente de cerveza y botellas de agua Fiji. Supuse que probablemente tenía a alguien que limpiaba el lugar y le conseguía comida.

Ignoré los golpes que continuaban arriba y caminé alrededor para familiarizarme con el diseño de la casa, esbozando el plano y tomando notas en una libreta de bolsillo. Puntos de acceso, debilidades de seguridad obvias y cualquier otra cosa que pudiera ayudarme a hacer mi trabajo.

Rápidamente me di cuenta de que no eran solo la cocina y la sala de estar. Cada habitación que miraba estaba vacía o parecía no ser utilizada. Era como si acabara de comprar el lugar, y me hizo preguntarme cómo alguien podía vivir así.

Yo no tenía muchas cosas en mi propio apartamento porque estaba tan acostumbrado a moverme, pero al menos tenía recuerdos. Fotos de mis hermanos y mis padres. Algunos libros viejos que se habían movido conmigo a lo largo de todos mis viajes. Un búho de juguete hecho a mano que me regaló una niña en Irak. Tal vez Chris simplemente no era una persona sentimental. Fuera lo que fuera, quería saber más.

Su guitarra yacía en el sofá donde la había dejado. La recogí con cuidado y sentí su peso en mis manos. Había estado tocando cuando entré, y tenía que admitir que estaba impresionado. Había estado de pie en la puerta durante unos buenos cinco minutos antes de que me notara, admirando sus habilidades. No sonaba nada como su música que había escuchado una y otra vez en la radio, esa que me hacía querer saltar de un C-130 sin paracaídas.

Yo no era músico, así que esta era una de las pocas veces que había sostenido una guitarra en mis manos. Aun así, podía decir que esta era especial; no porque fuera algún tipo particular de guitarra, sino porque tenía ese tipo de aura que tienen los objetos bien usados y bien amados. Había desgaste en la pieza de plástico debajo de las cuerdas donde su palma se deslizaba, y muescas, golpes y rasguños a lo largo de todo el cuerpo. La parte superior de la guitarra donde agarraba con su mano izquierda estaba suavizada y pulida por el uso, como una piedra en el lecho de un río. La guitarra me recordaba a mi WinMag 300, un rifle que, a través de todas nuestras experiencias juntos, se había convertido en más que solo un objeto inanimado para mí.

Di vuelta al instrumento para mirar la parte trasera y noté algo rayado en la madera.

25 de julio de 2004.

El día y el mes me resultaban familiares. El cumpleaños de Chris. Lo recordaba del informe de información. ¿Qué pasó en su cumpleaños en 2004?

Un fuerte estrépito y un golpe pesado llamaron mi atención. Me molestó que aparentemente estuviera haciendo un berrinche, pero después de escuchar por un momento, sonó como algo un poco más serio. Dejé la guitarra de vuelta en el sofá y subí las escaleras, siguiendo el ruido. Una

franja de luz brillaba por debajo de una puerta cerrada, y golpeé con fuerza.

—¿Qué demonios estás haciendo ahí dentro? —pregunté, y después de no recibir respuesta, intenté girar el pomo.

A diferencia del resto de la casa, la habitación de Chris estaba realmente decorada. Había un teclado electrónico conectado a una computadora portátil junto a otra guitarra eléctrica. En las paredes colgaban discos de oro y platino enmarcados, junto con algunas fotografías y portadas de álbumes de vinilo firmadas por varios músicos. Las estanterías albergaban algunas estatuillas de premios y una enorme colección de CDs y vinilos. Una botella había sido estrellada contra una de las paredes, empapándola de licor. Chris se tambaleaba en medio de la habitación, sin camisa. Se dio la vuelta y me miró con furia.

—Oh, genial. Sigues aquí.

—No me digas —respondí.

Chris se dio la vuelta y se dirigió al baño, aparentemente olvidando que estaba descalzo y que había fragmentos de una botella rota justo en su camino. Me lancé hacia adelante y le agarré del brazo, tirando de él hacia atrás. Tropezó con sus piernas intoxicadas y cayó, y lo agarré y lo atraje hacia mí.

—Tranquilo —dije—. Hay cristales por todo el suelo.

Forcejeó, pero lo sujeté con fuerza. Era fuerte, pero yo lo era más. Sus ojos color avellana brillaban de ira. Parecía muy borracho.

—Suéltame, joder —sacudió su cuerpo y luego intentó darme una rodillada entre las piernas. Lo bloqueé y lo tiré al suelo.

—Te pedí amablemente que te calmaras —dije, sujetándole los brazos detrás de la espalda—. Joder, ¿te gusta que te den una paliza? —Me quité el cinturón y se lo até alrededor de las muñecas mientras se retorcía. Presioné mis rodillas contra la parte posterior de sus pantorrillas, inmovilizándolas—. ¿Quieres que también te ate las piernas? Porque puedo atarte las piernas también. Puedo atarte como a un cerdo y dejarte que se te pase la borrachera, si eso es lo que te gusta.

—¿Qué clase de guardaespaldas eres? —exigió—. Maldita sea, esto es ridículo.

—Estás borracho.

—¿Sí? ¿Cómo lo has averiguado? Estoy borracho. Sí, estoy borracho.

Lo levanté y lo arrojé sobre la cama. —Quédate ahí —dije, señalándolo con el dedo. Rodeé la botella de whisky rota y agarré una toalla del baño para limpiar el desastre. Chris se revolvía en la cama, tratando de sentarse, pero estaba teniendo verdaderas dificultades.

—Oh, mierda —dijo—. Voy a vomitar.

—¿En serio?

Agarré rápidamente un cubo de basura y lo deslicé hacia la cama justo a tiempo para que inclinara la cabeza sobre él y vomitara. Se quedó allí con la cabeza colgando por el borde de la cama, como si su alma estuviera a punto de escapar de su cuerpo. Terminé rápidamente de recoger todos los cristales rotos y los envolví en la toalla. Luego, me arrodillé junto a Chris para examinarlo. Murmuró algo, pero básicamente estaba fuera de sí. Necesitaba que se le pasara la borrachera.

Bajé corriendo las escaleras y abrí mi bolsa de lona. Dentro tenía todos los elementos esenciales que necesitaba para un trabajo de seguridad. Rápidamente encontré lo que necesitaba: un paquete

de bridas de plástico. Cuando no tenías esposas, eran una forma rápida y fácil de someter a alguien. Chris parecía estar en un nivel en el que no opondría mucha resistencia, pero por si acaso, era más fácil para la seguridad de ambos.

Le até las muñecas con una de las bridas y recuperé mi cinturón. Volvió a la consciencia y se agitó en la cama, tratando de liberarse. Parecía un pez fuera del agua.

—Eres un cabrón —murmuró.

—Bueno, vas a adorarme después de esto —lo levanté, lo arrastré al baño y lo tiré en la bañera. Luego separé la manguera de la ducha y abrí el agua, 100% fría, y lo rocié como a un perro sucio.

Los ojos de Chris se abrieron de golpe. —¡Joder! ¡Qué coño! ¡Qué coño!

Tenía que admitir que quizás sentí algo de placer al hacerle esto, tal vez solo un poquito.

—¡Para! —gritó, y le rocié directamente en la cara. Balbuceó, y bajé la boquilla hacia su pecho, empapándolo por completo—. ¡Eres un psicópata! ¡Estás acabado después de esto! Voy a despedirte.

No dije nada y volví a dirigir el agua a su cara. Tal vez estaba siendo un cabrón, pero tal vez se lo merecía.

—No más alcohol después de hoy —dije—. Órdenes del médico.

—Eso no es decisión tuya.

—Claro que sí. Me contrataron para mantenerte fuera de problemas, y obviamente eso es lo que te los está causando. ¿Entendido?

—Esto es ridículo.

—Confírmalo —dije—. No más alcohol.

—¡De acuerdo! Mierda. ¡Para ya con el agua! Has dejado claro tu punto.

—¿Prometes portarte bien? —pregunté.

—Realmente eres un maldito cabrón —dijo antes de recibir otro chorro de agua en la cara.

Sí, lo era.

Cuando aceptó calmarse, cerré el agua y lo envolví en una toalla antes de cortar la brida de sus muñecas. Me lanzó una mirada asesina y se apretó la toalla, tiritando. Era algo adorable.

Agarré la toalla con los cristales rotos y la llevé abajo para deshacerme de ella. En la cocina, busqué en los armarios hasta que encontré los vasos, y llené uno con agua. Abrí mi botiquín de primeros auxilios y vertí un sobre de polvo de electrolitos en el agua, y luego llevé el vaso a la habitación de Chris.

Había dejado sus pantalones y ropa interior en medio del suelo, empapados. Estaba acurrucado bajo las mantas de su cama, ya inconsciente. Recogí la ropa, la arrojé a la bañera y coloqué el vaso de agua en la mesita de noche.

Ver el contorno de su cuerpo bajo las sábanas y saber que estaba desnudo me provocó una

pequeña oleada de curiosidad excitada y culpable. Culpable porque no debería estar sintiendo eso por un cliente. En realidad, no debería sentirme tan atraído por él como lo estaba. El hombre era un desastre. Era un maldito problema andante, y yo apenas acababa de llegar.

Mientras salía de su habitación, noté una foto en una de sus estanterías. Era Chris con el brazo alrededor de una chica preciosa, ambos sosteniendo trofeos. Él llevaba un esmoquin —el hombre realmente se arreglaba bien. La chica le estaba besando en la mejilla.

Era heterosexual.

Una razón más para no dejarme distraer por él. De todos modos, no era normal que me sintiera tan atraído por un hombre tan fácilmente. No sabía qué era lo que tenía.

Chris empezó a roncar. Cambié la bolsa de basura del cubo y bajé las escaleras. Debía estar loco, enloquecido por la Maldición Synn. No había manera de que me gustara este tipo.

Absolutamente ninguna manera.

CHRIS

Desperté con un dolor de cabeza palpitante y la necesidad de beber el equivalente a una bañera llena de agua. Al abrir los ojos, vi el vaso de agua junto a mi cama como un oasis en el desierto.

Bañera.

Mientras alcanzaba el agua, tuve una visión borrosa de estar atado y arrojado bajo una ducha fría. Hijo de puta. Eso realmente sucedió.

Bebí el agua de un trago y me recosté en las almohadas, gimiendo. Más recuerdos de la noche anterior aparecían en mi cabeza, como la razón por la que me había emborrachado en primer lugar: mi nuevo guardaespaldas que vivía conmigo era pecaminosamente atractivo. De manera exasperante. Había trabajado jodidamente duro para controlar estos sentimientos no deseados, así que tener a un hombre que entrara en mi casa y lo echara todo por tierra en un instante era... Bueno, era más que suficiente para desquiciarme.

Recordé que me había derribado, aunque la razón era confusa. Lo que sí recordaba claramente era tener una maldita erección cuando me ató con su cinturón. El alcohol siempre había sido un asesino de erecciones para mí, pero de alguna manera, Sylus Synn había derribado esa barrera. Jesús, espero que no lo notara.

Mi cabeza seguía palpitando. Ahora mi cara estaba magullada, golpeada, y tenía resaca. Necesitaba un Tylenol, pero no quería levantarme para bajar a buscarlo. Él estaba allí. No podía creer que Denny realmente me hubiera contratado un guardaespaldas que viviera conmigo.

Joder. La forma en que sujetó mis brazos detrás de mi espalda, cómo una sola mano era lo suficientemente fuerte y grande para agarrar mis muñecas juntas. La manera en que me manejó bruscamente hacia la cama. Ese crudo sentimiento de deseo que tuve en ese momento, por un hombre que ni siquiera conocía. Eso estaba cristalino en mi mente.

Solo pensar en ello era suficiente para ponerme duro. Lo sentí hincharse y empujar contra las sábanas, y me di cuenta de que estaba desnudo. Mierda santa. Frenéticamente, hice lo posible por ordenar el resto de los eventos de la noche. Sylus me había arrojado a la ducha, lo que afortunadamente había extinguido mi excitación, y después de eso... No podía recordar. Esperaba a Dios haberme desvestido yo mismo.

Tiré las sábanas y me levanté de la cama para darme una ducha, caliente esta vez. Encontré mis pantalones colgados al lado de la bañera, aún mojados, y mi ropa interior junto a ellos. Los miré fijamente, con el corazón acelerado y mi memoria aún sin ser de ayuda en absoluto.

Después de mi ducha bajé y me sorprendió encontrar el lugar vacío. Sin bolsa de lona, el sofá intacto, absolutamente ninguna señal de que él hubiera estado aquí. Sabía que no lo había soñado. Después de todo, había llegado antes de que yo me fuera a la botella. Había vuelto a vendarme la mano.

Fui a la cocina y abrí el refrigerador. Tampoco había señales de los filetes de venado de los que había hablado.

De repente, una posibilidad muy real cruzó por mi mente.

¿Lo despedí?

Una abrumadora mezcla de alivio y decepción me invadió. Tal vez se había ido. Puf, dentro y fuera de mi vida así sin más. No había de qué preocuparse.

Abrí el mini refrigerador bajo el gabinete donde guardaba mi licor y miré fijamente un estante vacío.

—¿Qué demonios? —pregunté en voz alta. Miré en el bote de basura, los gabinetes, el congelador, la despensa, en todos los lugares donde no guardaba mi alcohol, y no encontré nada —. El cabrón se robó mi alcohol. —Me reí—. Ese imbécil realmente se robó mi alcohol.

Volví a la sala donde tenía un baúl de "lo bueno", las cosas que guardaba para ocasiones especiales. ¿Era esta una ocasión especial? Había estado tan cerca de tener a un hombre bajo mi techo que, por más que me matara admitirlo, habría destruido completamente toda esperanza de resistir las vergonzosas tentaciones que tenía.

Nunca antes me había encontrado con un hombre así, alguien que pudiera excitarme tanto solo con mirarlo. Era una locura, y lo odiaba. Había escrito canciones sobre el amor a primera vista, pero nunca había creído realmente en él. No es que esto fuera amor, diablos no, pero definitivamente era un nivel de algo al que no estaba acostumbrado.

Había una botella de Krug que iba a beber después del lanzamiento de mi álbum, pero tal vez podría comenzar las celebraciones temprano. Tiré de la puerta del gabinete y sentí un escalofrío recorrer todo mi cuerpo mientras mi cerebro intentaba procesar lo que estaba viendo.

Nada.

No había nada adentro.

Me dejé caer de rodillas y miré hacia el fondo del gabinete, y vi que estaba tan vacío como toda esta maldita casa. Entonces, me di cuenta de que Sylus no había robado nada.

¡Ese hijo de puta! ¡Lo había tirado todo!

Corrí afuera para rescatar mi alcohol de una cita con el basurero, y abrí de golpe las tapas de los contenedores que estaban a un lado de mi casa.

—No encontrarás lo que buscas —llamó una voz.

En mi incredulidad ciega, había logrado pasar por alto el Escalade negro estacionado en la rotonda de mi patio, junto a la fuente que nunca me había molestado en encender desde que compré el lugar. Sylus estaba sentado en un taburete plegable de lona frente a una mesa de cartas portátil con una parrilla de gas de un solo quemador. Un filete se freía en una sartén. Estaba tan desconcertado por lo que veía que momentáneamente me olvidé del alcohol.

—¿Estás acampando en mi entrada? —exigí saber.

Sylus bebió de una taza de hojalata.

—No. Solo estoy cocinando el desayuno. Te ofrecería filete de venado, pero no comes carne. Lo siento, debí haber pasado por alto ese detalle en el informe.

—¿Por qué coño estás cocinando filete de venado en mi entrada?

Ladeó la cabeza, con la más leve de las sonrisas cruzando sus labios.

—No quería que tu casa oliera si eres vegetariano.

No tenía idea si solo me estaba jodiendo o si estaba siendo sincero. Entonces, recordé por qué estaba aquí afuera.

—Hijo de...

Pisoteé hacia él, las llamas de la ira encendiéndose dentro de mí. Iba a pagar por ser un imbécil.

—¿Quieres café? Es mucho mejor que el whisky —ofreció, levantando su taza. Lancé mi puño y golpeé el aire—. Ups —dijo—. Tal vez no.

—¡Mierda! —grité.

Dejó la taza y me miró seriamente. Ese maldito ojo suyo, su mirada era penetrante. Me hacía sentir desnudo, y lo odiaba.

—¿Realmente vamos a hacer esto de nuevo? —preguntó.

—¿Qué coño hiciste con todas mis cosas?

—Se han ido, Chris. Ni siquiera te molestes.

Lo embestí como un defensa. Si no podía golpearlo, podía placarlo. O eso pensé.

Lo atrapé por la cintura, estrellando mi hombro contra él. Mis pies se arrastraron por el suelo mientras intentaba empujarlo hacia atrás, pero lo único que parecía moverse era yo. Bramé de frustración, lanzando todo mi peso hacia adelante. ¿Cómo coño podía aguantar eso? Era como si estuviera hecho de piedra. No era mucho más grande que yo, pero no podía hacer nada.

Entonces, de repente, Sylus se había dado la vuelta, su enorme antebrazo anclado alrededor de mi cuello. Su pierna se trabó alrededor de mi frente y se dejó caer al suelo, tirándome encima de él en una llave de estrangulamiento trasera. Podía sentir su paquete presionando contra mi trasero.

Tiré de su brazo, tratando de liberarme, pero me tenía atrapado. Tan enojado como estaba, también sentía esa misma excitación de anoche. Sentir su cuerpo contra mí así, tirando de mí tan fuerte... No sabía si podría detener la reacción que estaba a punto de tener.

—Mira —gruñó en mi oído—. No me gusta esta mierda más que a ti. No sé cuál es tu problema, pero estoy aquí para mantener tu mierda junta. Una vez que mi contrato termine, puedes beber hasta morir por lo que me importa. Pero por ahora, ¿por qué no haces las cosas fáciles para ambos y te calmas de una puta vez? —Apretó su brazo con más fuerza—. ¿Eh?

Tal vez fue el hecho de que esto me estaba poniendo caliente como la mierda, pero sentí que la ira se desvanecía de repente. Asentí y golpeé el suelo.

—Está bien, sí —dije—. Sí.

Me empujó y caí rodando al pavimento, tosiendo.

—Vamos —dijo, suavizando su voz. De pie sobre mí, extendió su mano—. ¿Qué tal el desayuno? No soy vegetariano, pero me han dicho que puedo hacer una tortilla de vegetales increíble.

Tomé su mano y me puse de pie. Se ajustó el parche en el ojo y me miró fijamente. Le devolví la mirada, mi corazón latiendo pesadamente en mi pecho.

—En serio se ha ido todo —dije, más una declaración perpleja que una pregunta. Me quedé en silencio, observando mientras él volvía a la pequeña estufa y continuaba cocinando su filete. Yo estaba aquí apenas recuperando el aliento y él parecía completamente imperturbable.

—Cuando estaba en los Marines, había un dicho que decía que el dolor es solo la debilidad abandonando el cuerpo. Puedes huir del dolor o puedes abrazarlo.

—Maldita sea —dije—. Un guardaespaldas y un terapeuta. Qué gran oferta.

Normalmente, esta clase de mierda me habría cabreado, especialmente viniendo de alguien que apenas conocía, pero la verdad es que sus palabras me llegaron. Era la primera persona que reconocía que estaba sufriendo. Ni siquiera Audrey se había dado cuenta de la tormenta de mierda que estaba atravesando hasta que le conté mi secreto. Sylus lo había identificado después de conocerme por apenas nada de tiempo.

Sacó el filete de la parrilla y abrió una nevera portátil que estaba en el maletero del Escalade. Me sorprendió ver que tenía todo un surtido de alimentos frescos dentro.

—¿Trajiste todo eso contigo? —pregunté.

—Mi familia tiene un rancho —dijo, sacando una caja de huevos—. Ahora es de mi hermano. Tiene gallinas y un huerto impresionante. No sabía cuál sería la situación aquí, así que vine preparado.

—Ya lo creo —respondí—. Cocina eso dentro. El sol no está ayudando nada a mi dolor de cabeza.

—¿No te importa si traigo un poco de carne adentro?

—Sylus, me importa un carajo. Solo no intentes hacerme comerla.

No mentía. Podía hacer una tortilla vegetal increíble. Nos sentamos uno frente al otro en la mesa del comedor, yo con mi tortilla y él con su filete de venado. Comía rápidamente como si fuera su última comida, cortando toda la carne de una vez y luego metiéndosela en la boca.

—Para alguien que no quiere nada, seguro que miras mucho —dijo.

Sentí que mi cara se acaloraba y rápidamente desvié la mirada. No era la comida lo que estaba mirando. —Entonces, ¿esa es tu cosa? ¿Ir por ahí disparando a los animales?

—Es una de mis cosas —dijo, metiéndose un trozo de carne en la boca.

—¿Disfrutas matando?

Me miró. Estaba tratando de provocarlo sin otra razón que querer ver qué tipo de reacción me daría. Si estaba enojado, su rostro no lo mostraba, pero su mirada seguía siendo tan intensa como siempre.

—Disfruto viviendo. —Pinchó el último trozo de carne en su plato y se lo tragó. Se limpió la boca con la servilleta y luego la apretó en una bola—. Tengo que comer para vivir. No tengo ningún problema en matar mi comida. Mejor con mis propias manos que algún extraño haciéndolo.

—¿Estuviste en los Marines?

—Así es.

—¿También mataste mucho allí?

Parpadeó, pero por lo demás no reaccionó a mi pregunta. Estaba siendo un completo idiota, y lo sabía.

—Fui francotirador para las Fuerzas Especiales de los Marines. Así que, sí. Era parte de la

descripción del trabajo.

—MARSOC —dije.

Su ceja se alzó con sorpresa. Había logrado obtener una reacción, pero no de la manera que pensé que lo haría. —Sí, eso es. Me sorprende que conozcas el nombre. No muchos civiles lo saben.

—Mi padre era Marine —dije—. Aunque no de fuerzas especiales.

—¿A qué se dedica ahora? —preguntó Sylus.

—No mucho —dije—. Murió cuando yo tenía doce años.

—Lo siento —dijo—. Mis padres también se han ido.

—Todavía tengo a mi madre. —Me levanté y llevé ambos platos para ponerlos en el lavavajillas —. Bueno, está viva, al menos. —De repente, un torrente de recuerdos y todos los sentimientos terribles que los acompañaban volvieron a mí completamente inesperados. Me quedé de pie junto al fregadero, tratando de calmarme, pero mis manos temblaban.

Sentí un toque en mi brazo, e inhalé bruscamente y me giré para ver a Sylus parado junto a mí. —¿Estás bien? —preguntó.

Mi corazón latía aceleradamente, todo mi cuerpo al borde de ese impulso insano de pelear o buscar una botella. Me di cuenta de que estaba respirando con dificultad. —Sí —dije, haciendo un terrible trabajo ocultándolo—. Por supuesto.

—Los padres son un tema difícil. Lo entiendo completamente —dijo—. Dejémoslo.

Lentamente, sentí que las brasas comenzaban a enfriarse. Mi pulso aún latía con fuerza, pero por una razón diferente. ¿Quién demonios era este tipo? ¿Cómo era capaz de verme tan claramente?

—Entonces, ¿por qué decidiste hacerte vegetariano? —preguntó—. Debe haber una historia ahí, ¿no?

Era gracioso cómo había sido yo quien se molestó, cuando era yo quien intentaba provocarlo. Y ahora él estaba cambiando el tema, tratando de sacarme de mi cabeza y hacerme sentir cómodo. ¿Era realmente tan frágil?

Enjuagué los platos y los deslicé en la rejilla del lavavajillas. —Ya tengo suficiente mal karma. No necesito más.

—Justo —respondió Sylus.

¿Cómo era posible que alguien pudiera hacerme sentir tan atormentado, tan desenfrenado, y al mismo tiempo tener la capacidad de tranquilizarme?

—¿Dónde dormiste anoche? —pregunté.

—En la sala de estar.

—Oh. Tengo una habitación de invitados amueblada arriba. Puedes instalarte allí. Es decir, si quieres.

Sylus me sonrió con suficiencia y enganchó sus pulgares en las presillas de su cinturón. —Pensé

que estaba despedido.

—¿Qué quieres decir?

—Anoche. Dijiste que ibas a despedirme.

Así que había sucedido. No era una gran sorpresa.

—Sí, bueno... Estaba borracho.

—Iré a buscar mis cosas, entonces.

Cuando se fue, sentí que el aire abandonaba mis pulmones como si hubiera estado conteniendo la respiración. Así que eso era todo. Sylus Synn se mudaba.

SYLUS

Sylus, ni se te ocurra pensarlo.

Pero ya era tarde. Por supuesto que lo había pensado. Era lo único en lo que podía pensar. Lo cual era una estupidez, considerando los factores. El tipo era heterosexual. Era un maldito mocoso. Era un desastre.

Mierda, claro que me iba a gustar. La maldición de los Synn en acción de nuevo.

Volví arrastrando los pies al coche, pasando por la fuente donde había escondido todo el licor de Chris. Había encontrado un compartimento en la base donde estaba toda la maquinaria de la bomba y metí todas las botellas dentro. No tenía ninguna intención de contárselo nunca, pero no podía simplemente tirarlo. No tenía el corazón para desperdiciar un buen licor. Y tenía cosas buenas. Toda la colección probablemente costaba más que mi coche. Para Chris, probablemente era calderilla.

Sonó mi teléfono: era Bau. Me deslicé en el asiento del conductor para atender la llamada.

—¿Sí? —contesté.

—Solo estoy comprobando cómo va todo —dijo, gritando sobre un fuerte rugido de fondo, como un motor—. ¿Cómo fue tu primera noche con el señor estrella del rock?

—Maravillosa —dije—. Tuve que someter a mi propio cliente. Eso tiene que ser una primera vez.

—Pasa —gritó—. ¿Es un salvaje?

—Tiene su carácter —dije—. Es... —El rugido fue reemplazado por el chirrido de neumáticos y un fuerte traqueteo que conocía demasiado bien—. Espera, ¿estás en medio de un tiroteo ahora mismo?

—Tengo un contrato para transportar a unos VIP a través de la frontera desde Juárez.

Se oyeron más disparos y algunos gritos.

—Eh, ¿no deberías estar concentrándote en eso? —pregunté.

—No, está bien. No soy yo el que está disparando. Los federales tienen una ametralladora en la parte trasera del camión y están haciendo el trabajo ahora mismo. Solo quería asegurarme de que mi hermanito estaba bien.

—Estoy bien —dije—. Chris es... bueno, es difícil de manejar.

—Hum. ¿Es afecto lo que oigo en tu voz?

—No, no lo es —dije, y luego cedí con un suspiro mientras algo explotaba de fondo—. Vale, sí. Supongo que lo es. Pero de todos modos, es hetero. Por no mencionar que es inestable como la mierda.

—Suena como tu tipo —dijo, antes de gritar algo lejos del teléfono en español, seguido de una

ráfaga de fuego automático—. Lo siento. Pero tengo que advertirte. Nunca es buena idea enamorarse de un cliente.

—¿Pero tú te has acostado con un cliente antes?

—Oh, definitivamente. Pero eso es seguro que es diferente a enamorarse de ellos.

—No me estoy enamorando de nadie —dije—. Además, es hetero. E inestable como la mierda.

—Sí, ya lo has dicho. Nunca se sabe. Los chicos heteros a veces resultan no ser tan heteros como crees. Sé que lo sabes, estuviste en los Marines.

Resoplé. —No sé qué tipo de experiencia tuviste tú, Bau. El ejército debe ser diferente.

—Siempre te han gustado los hombres que necesitan un poco de arreglo. ¿Estás seguro de que puedes manejar este trabajo? Puedo reasignarte...

—No —dije, quizás demasiado rápido—. Estoy bien. Siempre listo para un desafío.

Pude oír el cierre de puertas de coches y el crujido de botas en el suelo. —Parece que va a funcionar —dijo—. Bueno. Tengo que irme. Mantenme informado. Mantén la cabeza fría, hermano.

La línea se cortó.

Me sentí un poco melancólico al oír toda esa acción de fondo. Pero esa ya no era mi vida, por mucho que pudiera sentir su constante atracción. Había estado fuera durante demasiado tiempo, perdido del mundo. Virgil había completado su servicio varios meses antes que yo y había

decidido no hacer otro.

Yo estaba siguiendo ese camino también, pensando que necesitaba volver al mundo civil. Había participado en suficientes guerras, visto suficiente mierda para toda una vida. Entonces, ¿por qué seguía sintiendo que me atraía de vuelta? Tres meses en casa y me sentía perdido. Gracias a Dios por mis hermanos, porque sin ellos definitivamente lo estaría.

Me eché la mochila al hombro y volví adentro. Chris estaba en el sofá con una guitarra acústica, con los pies subidos en una silla. —Arriba, tercera habitación a la derecha —dijo, sin molestarse en mirarme.

La habitación era más grande que todo mi apartamento de estudio, con su propio baño adjunto y un balcón que daba a la parte delantera de la casa. Incluso había una escalera que subía al tejado. El mobiliario era escaso, solo una cama king-size enorme y un sillón en la esquina.

Abrí la puerta del armario y me sorprendió encontrar que era casi tan grande como una habitación entera. Desempaqué mis cosas y colgué el único traje que había traído, junto con un par de camisas de vestir. El resto era mi habitual camiseta y vaqueros, y los guardé en un cajón. Del fondo de mi bolsa saqué una caja de seguridad cerrada y la deslicé en la esquina del estante superior.

Llevar un arma era un hábito difícil de romper. Simplemente no me sentía seguro sin ella. A veces, me preguntaba si no pertenecía aquí, si ser soldado era todo para lo que estaba destinado.

El sonido de la guitarra de Chris flotaba por la casa, haciendo eco en el espacio vacío y cavernoso.

—En realidad eres bastante bueno con esa guitarra —dije, bajando las escaleras—. No lo habría pensado por la mierda que he escuchado en la radio.

—Oh, vaya. Gracias. Me alegro tanto de tener tu aprobación.

—Había un tipo en mi unidad que estaba jodidamente obsesionado con Chris Barker Stevens. Tenía tu música sonando todo el día, todos los días. ¿Entrenando? Chris Barker Stevens. ¿Tiempo libre? Chris Barker Stevens. Lo peor de todo era lo condenadamente pegajosa que es tu mierda. Todos estábamos cantando "Pickup Kind of Girl", quisieramos o no.

Chris se rió. —Oh, ¿te refieres a esta canción? —Tocó los acordes de "Pickup Kind of Girl" y comenzó a cantar.

—Oh, no —gemí, poniéndome de pie—. Por favor, para.

—Será mejor que te acostumbres —dijo—. Vas a escuchar mucho de mi música.

Realmente odiaba esa canción, pero era una especie de amor-odio. Síndrome de Estocolmo, tal vez, por todas las horas que me obligaron a escucharla. Nunca pensé que podría llegar a disfrutarla, pero eso era lo que estaba sucediendo ahora.

Yo no era del tipo que se impresionaba con las celebridades. La fama, la riqueza, toda esa mierda nunca había estado en mi radar. Era un mundo muy alejado del mío. La música y las películas eran solo ruido para llenar el espacio cuando no estaba en alguna azotea con una mira en el ojo y las espaldas de mis compañeros para proteger.

Pero ahora mismo, escuchando a Chris tocar esa maldita canción... Bueno, sonaba bastante bien saliendo directamente de su boca. Se veía diferente. Mientras tocaba su música, Chris resplandecía. Estaba fascinado. No importaba si era "Pickup Kind of Girl"; en ese momento probablemente podría haberlo escuchado tocar durante horas.

Cerró los ojos mientras cantaba, balanceándose suavemente, sus dedos bailando arriba y abajo de las cuerdas. Me recordaba a cómo era yo con mi rifle. Conocía cada pieza de esa arma de

principio a fin. Si alguien lanzaba una pelota de ping pong al aire y decía "dispara", podía clavarla en un abrir y cerrar de ojos. Era obvio que la guitarra de Chris también era una extensión de sí mismo.

Maldición. Ya pensaba que el hombre era atractivo, ¿pero realmente estaba ganando algo de respeto por él también?

—Ahh. —Chris se rió, deteniéndose a mitad de la canción—. Es bastante terrible.

Seguro que lo era, pero probablemente podría haberlo escuchado cantarla una docena de veces. No iba a decírselo.

—¿Cómo está tu mano? —pregunté, señalando con la cabeza hacia sus vendajes.

—Está bien —dijo.

—¿Y tu cara? Parece que te dieron una buena paliza.

—¿Esto? —Se tocó la mejilla hinchada y amoratada—. Nah. El tipo tenía un puñetazo débil. Esto no fue nada.

—Eres un glotón del castigo —dije.

Desvió sus ojos para mirarme. —No. Solo sé cómo recibirlo.

Sentí un ligero salto en mi corazón. Dios, debía estar jodidamente caliente. Estaba asignando significado a cosas que no lo tenían.

Sonó el timbre. Chris se puso de pie y yo me volví, alarmado.

—¿Alguien tiene acceso a tu portón?

—Claro —dijo.

No había estado en mis materiales de información. —¿Quién?

—No recuerdo. No necesito que respondas a mi puerta.

—Soy tu guardaespaldas —respondí, empujándolo de vuelta al sofá por el hombro—. Es mi trabajo.

—Bien, de acuerdo. —Levantó las manos. Luego tomó la guitarra y la rasgueó mientras yo iba a ver quién era.

Probablemente estaba más nervioso de lo necesario, pero no me gustaba este agujero inesperado en la seguridad que no tenía forma de explicar. Mientras caminaba, mi mano rozó el área de mi cintura donde normalmente estaría mi arma, y mi mente se desvió hacia arriba, al armario donde la tenía guardada. Eres solo un guardaespaldas de celebridades, me recordé a mí mismo, todavía alterado por la llamada de Bau.

Toqué la pantalla junto a la puerta y apareció una vista de ojo de pez del porche delantero. Había una chica parada afuera, una joven con cabello rubio recogido en una larga cola de caballo, con los brazos cruzados impacientemente sobre su pecho. Volvió a tocar el timbre.

—¡Chris! ¡Soy Audrey! ¡Abre!

Abrí la puerta y sus ojos se agrandaron mientras recorrían mi cuerpo de arriba a abajo. Al mirarla cara a cara, de repente me di cuenta de quién era. Audrey Apple. Al igual que con Chris, la única razón por la que sabía de ella era por los chicos de mi unidad. El año pasado, un montón de sus fotos empezaron a aparecer en nuestra tienda después de que alguien se hiciera fan. Siempre me había parecido raro, ella solo tenía unos diecinueve años, pero bueno, a los treinta yo era el viejo del grupo rodeado de un montón de chicos que estaban en sus veintitantos.

Algo más encajó: la foto que había visto en la habitación de Chris. Audrey Apple era la chica de la foto. ¿No es como diez años menor que él?

—Eh, hola —dijo ella—. ¿Quién eres? —Inclinó la cabeza, tratando de mirar más allá de mí.

Chris apareció detrás de mí. —¡Audrey! Está bien, Sylus. Esta es mi amiga, Audrey Apple. No es una amenaza. Este es mi nuevo guardaespaldas.

Los ojos de Audrey brillaron. Me hice a un lado para dejarla entrar. —Oh, un nuevo guardaespaldas. Hola, encantada de conocerte —dijo dulcemente, extendiendo su mano—. Soy Audrey.

—Sylus —dije, y ella me lanzó una sonrisa centelleante que rápidamente se convirtió en una mirada asesina cuando se volvió para mirar a Chris.

Pasó junto a él empujándolo con el hombro y se dirigió a pisotones hacia la cocina, sus tacones resonando fuertemente en el suelo de piedra. —No soy una amenaza, ¿eh? —dijo. Chris se apresuró tras ella, y yo los seguí.

—Oye, Audrey —dijo él—. Lo siento por lo que dije. Yo...

—Sabes, por un momento pensé que él podría ser algo más —dijo, haciendo un gesto hacia mí.

—No tengo idea de lo que estás hablando —dijo Chris, luciendo molesto. Yo tampoco, y me di cuenta de que probablemente esta era una conversación de la que no necesitaba ser parte. Obviamente, tenían algunas cosas que resolver.

—Oye, ¿a dónde vas? —gritó Audrey mientras intentaba salir de la habitación—. Soy la mejor amiga de Chris. Será mejor que nos conozcamos si vas a estar guardando el cuerpo de este idiota.

—De acuerdo —dije.

Chris parecía incómodo. Si estaban juntos, era obvio que a ella le encantaba fastidiarlo. Por mi primera impresión de ella, me cayó bien. Me recordaba a mi tía, el tipo de persona que estaba en todas partes y en los asuntos de todos a la vez.

Sacó un vaso del armario y abrió el gabinete de licores. —Vaya. ¿Ya no hay más, eh?

—Eh... No. Sylus lo tiró todo. —Me lanzó una mirada fulminante.

Ella llenó el vaso con agua del refrigerador. —Quizás ya no seas tan imbécil. —Se acercó a Chris y le tocó la mejilla magullada—. Vaya, tu cara se ve aún peor de cerca. En realidad, es una mejora. —Sonrió y bebió su agua.

—Está bien —murmuró Chris—. Desquítate. Me lo merezco.

Ella le dio un codazo. —Sabes que te quiero. Entonces, ¿ya no más Big Mike? Apuesto a que se puso triste. ¿Lloró? Parece del tipo que lloraría.

—Ah...

—¡Lo sabía! Pobre tipo. Era un amor.

—Todavía trabaja para mí —dijo Chris—. Solo que haciendo otras cosas.

—Tú pareces mucho más capaz —me dijo Audrey—. Big Mike era grande, pero eso era todo.

—Aparentemente —dije—. Dejó que te dieran una paliza.

—Eso no fue su culpa —dijo Chris—. Me aseguré de que no estuviera.

Audrey levantó la mano. —Un momento. ¿Estabas tratando de que te dieran una paliza?

—No. Estaba enojado y borracho y quería darle una lección a ese tipo.

—¿Porque te llamó gay?

Chris suspiró y se rascó la barbilla.

¿Qué? ¿Esa fue la razón de la pelea? ¿Porque algún tipo lo llamó gay?

Sentí que se me abría un abismo en el estómago. ¿Era ese el tipo de persona que era Chris?

—¿No te gustan los gays? —pregunté secamente.

—No, no es eso —gruñó—. Fue estúpido. No debería haber pasado. Solo me pongo sensible cuando la gente dice ciertas cosas.

—Bueno, probablemente deberías saber que no soy heterosexual —dije. Si iba a tener un problema conmigo, quería ser franco al respecto. No tenía problema en perder el trabajo por eso, pero no iba a ocultarlo.

Tanto Chris como Audrey se quedaron boquiabiertos.

—Oh, ¿en serio? —preguntó ella, mirando a Chris, quien no le devolvió la mirada.

—Eso... Eso no es un problema —me dijo.

Audrey parecía complacida. Me hizo pensar que él solo estaba actuando tranquilo al respecto porque ella estaba enojada con él por el incidente, y estaba tratando de volver a caer en su gracia. No me hacía feliz ser usado así, pero estaba dispuesto a tolerarlo. O tal vez ya estaba acostumbrado.

—De acuerdo —dije.

Después de un momento, se volvió hacia mí y preguntó:

—¿De verdad eres gay? —Parecía que su mundo se había puesto patas arriba—. No... pareces gay.

Lo único que pude hacer fue reír.

Audrey puso los ojos en blanco.

—Ay, por Dios...

—Hablemos de otra cosa —dijo él, con la cara roja como un tomate.

—Por mí está bien —respondí.

No podía distinguir si la expresión en su rostro era de verdadero arrepentimiento o si simplemente se sentía incómodo conmigo.

—Vale —Audrey también parecía ansiosa por cambiar de tema—. Una de mis amigas tiene una película que se estrena este fin de semana y está organizando una gran fiesta en el Club Insomnia esta noche. Va a ser una pasada de VIP.

—¿De verdad me querrá allí? —Señaló su cara—. Con lo de ayer, probablemente soy el enemigo público número uno, en lo que respecta a la prensa.

—Ni te preocupes. No va a haber prensa. Es un evento totalmente privado. Insomnia es de fiar en estas cosas, lo tendrán todo controlado. Además, eres tú. Por supuesto que va a querer a Chris Stevens en su fiesta. Yo te quiero allí. Y puedes traer a tu sexy nuevo guardaespaldas.

La cara de Chris se puso aún más roja.

—Sí, vale —dijo, evitando todavía mirarme. Ver cómo se retorcía era divertidísimo y me encantaba que Audrey se estuviera metiendo con él.

Dejé a los dos solos y salí para reconfigurar el código de acceso en la puerta de seguridad exterior. Si los dos iban a follar, no quería estar cerca para oírlo.

Estaba sentado en una silla plegable fuera junto a mi coche, mirando pájaros a través de unos

prismáticos, tomando notas mentales sobre la distancia y la velocidad del viento e intentando anticipar sus movimientos. Una forma negra llenó mi campo de visión, y bajé los prismáticos para ver a Audrey de pie frente a mí.

Sonrió y miró por encima de su hombro.

—¿Qué estabas mirando?

—Pájaros —respondí.

Se agachó a mi lado, entornando los ojos hacia los árboles que bordeaban la valla de seguridad de la mansión.

—¿Puedo ver?

Le tendí los prismáticos y ella miró a través de ellos.

—Chris no tiene ningún problema contigo —dijo—. Quería asegurarme de que lo supieras.

—No importa de todas formas —dije.

—No tiene ningún problema con los gays. Solo... tiene cosas que tiene que resolver. Asuntos personales, ¿sabes? —Me devolvió los prismáticos—. Es por eso que se mete en tantos problemas. No puede aceptarse a sí mismo.

La miré fijamente, sin estar seguro de a dónde quería llegar.

—No sé por qué te estoy contando esto —dijo, suspirando—. Es un buen tipo. —Se puso de pie.

—Solo soy su guardaespaldas —dije—. Solo estoy aquí para asegurarme de que no se meta en problemas.

—Conocer la historia completa podría ayudarte —dijo.

—¿La historia completa?

Se mordió el labio.

—Tal vez lo descubras.

Vi cómo Audrey se subía a su Mercedes plateado y se alejaba, tocando el claxon y saludándome con la mano. Le devolví el saludo, sintiéndome ligeramente perplejo.

CHRIS

El coche se detuvo en la entrada trasera del Club Insomnia, detrás de una fila de limusinas con cristales tintados y relucientes superdeportivos. La gente entraba al club, todos vestidos con sus mejores galas. El hecho de que fuera una fiesta privada sin prensa no significaba que hubiera menos ostentación. La competencia nunca cesaba en el mundo del espectáculo, y yo era tan culpable como el resto. Llevaba puestas mis botas de vaquero rojo sangre favoritas y un traje que había encargado diseñar a medida al mismísimo Karl Lagerfeld.

Estaba distraído. Me encantaban estas fiestas porque podía colocarme sin tener que preocuparme por las cámaras o lo que aparecería en internet al día siguiente, pero en ese momento, solo podía pensar en una cosa:

Sylus era gay.

¿Acaso el universo me estaba gastando una broma?

Me sentía como un idiota por la forma en que había reaccionado, pero la verdad era que, en mi retorcida perspectiva de las cosas, nunca podría haber imaginado que un hombre como Sylus fuera gay. Simplemente no tenía sentido. Él era todo lo que mi madre me había hecho creer que un hombre gay no podía ser. Era como papá. Un marine. Un maldito tipo duro sin tonterías. Entonces, si él podía ser gay...

¿Estaba bien que yo también lo fuera?

El pensamiento me hizo dar vueltas la cabeza. Ya no sabía qué creer, ni siquiera qué sabía sobre mí mismo. Sentía como si me estuvieran tirando en cien direcciones diferentes, a punto de desgarrarme.

La puerta se abrió y Sylus estaba allí, sosteniéndola para mí. Salí del coche, todavía incapaz de mirarlo directamente a la cara. En parte era porque estaba avergonzado de mí mismo, pero sobre todo porque no sabía si podría controlar lo que estaba sintiendo. Era como si hubieran derribado un muro, exponiéndome al doloroso deseo que sentía por este hombre. ¿Cómo podía luchar contra ello?

¿Acaso quería luchar contra ello?

Sylus caminaba detrás de mí mientras entraba en el club. Llevaba un traje oscuro y discreto, de esos que están diseñados tanto para acentuar su imponente físico como para permitirle desaparecer en el fondo. No hacía nada para volverlo más discreto ante mí. Aunque era excelente manteniéndose invisible, podía sentir su presencia y su mirada.

Me uní a Audrey y sus amigos, y me encontré distraído por el pensamiento de él. Eché un vistazo rápido alrededor y lo vi de pie a unos metros de distancia, donde varios otros guardaespaldas vigilaban a sus clientes. Audrey me arrastró para sentarme con ella en uno de los reservados semicirculares, la mesa del centro cargada con un cubo de cristal lleno de hielo y botellas de licor.

—Está bueno —me gritó Audrey al oído por encima de la estruendosa música de baile.

—¿Qué?

—Sylus. Está bueno.

—No sabía que era tu tipo —dije. Audrey se cruzó de brazos y me miró fijamente, pero seguí

haciéndome el tonto—. ¿Por qué me miras así?

—Está bueno. ¿No crees?

—No es relevante —respondí, mi pulso acelerado traicionando mis verdaderos sentimientos.

—Cállate la boca. Sé que lo piensas. ¿Recuerdas lo que me dijiste en tu fiesta de cumpleaños el año pasado?

Esta vez no necesitaba fingir. —Apenas puedo recordar esa fiesta.

Ella se rio. —Dijiste: "Si un tío gay bueno cayera en mi regazo, podría tomarlo como una señal de Dios". Bueno, Chris... La señal ha sido dada y está en forma de ese delicioso pedazo de hombre de allí —asintió en su dirección.

Maldición. Los recuerdos volvían a mí. Un fin de semana en Nashville. Strippers. Yo bailando en uno de los tubos. Diciéndole a Audrey exactamente las palabras que acababa de repetirme.

Miré hacia Sylus de nuevo y sentí que mi corazón saltaba como un motor fallando. Nunca había estado cerca de un hombre que pudiera provocarme de una manera tan inmediata y visceral. Solo con mirarlo sentía esta atracción increíblemente poderosa, como un hombre siendo arrastrado por un lazo alrededor de la cintura... o alrededor de algo más.

Tal vez era la forma explosiva en que había llegado a mi vida. Mi mente no dejaba de volver a lo que había sucedido la noche anterior, repasando cada detalle que podía recordar de los recuerdos borrosos por el alcohol, repitiendo cada momento que me hacía latir el corazón. Ningún hombre había sido capaz de ejercer tanto poder sobre mí, físico o de otro tipo.

—Maldita sea —murmuré—. Pero el hecho de que sea gay no significa que esté interesado en

mí.

Audrey sonrió como si acabara de ganar el oro en las Olimpiadas. Acababa de admitir que ella tenía razón. Puede que no lo hubiera dicho en voz alta, pero esto era suficiente para que ella declarara su triunfo.

—Por supuesto que no —dijo—. Pero puedes hacer que eso suceda.

—No exactamente empecé con buen pie con él —dije.

Ella tomó mis manos y las sacudió, emocionada. —No lo sabes. Apenas se acaban de conocer.

—De todos modos, es mi maldito guardaespaldas.

Ella gruñó. —Dios mío. ¿Por qué es como sacarte una muela? Es simple, Chris. ¿Quieres al tipo o no?

Me retorcí y miré alrededor. La música retumbaba, las bebidas fluían y todos estaban ocupados en sus propios asuntos. Nadie podía oírnos. —Sí —dije—. Joder. Sí, supongo que sí.

Esas palabras saliendo de mi boca fueron como una luz verde para mi corazón. No más fallos, solo a toda velocidad. Mi corazón no fue lo único que se disparó. Sentí mi excitación creciendo rápidamente entre mis piernas, amenazando con hacer una tienda de campaña con la suave tela de mis pantalones.

—¡Sí! —exclamó ella, aplaudiendo—. ¡Un aplauso para Chris, todos!

—Cállate —dije. Entonces, me di cuenta de algo: no tenía ni idea de cómo conseguir a un chico.

Todo mi romance era teórico, solo mierda que había escrito para canciones. El arte del coqueteo en la vida real no era precisamente mi habilidad más practicada—. Ah, mierda. ¿Qué hago con esto?

—Te ayudaré en todo lo que pueda. Quiero decir, ayuda que Sylus esté viviendo contigo.

—Sí. O esto podría ser el mayor desastre esperando a suceder.

El DJ cortó la música y la amiga de Audrey, una actriz en ciernes llamada Sylvia Klein, se subió a la mesa, tambaleándose borracha sobre sus tacones. —¡Muchas gracias a todos por estar aquí! —dijo, hablando por el micrófono—. No tienen idea de lo orgullosa que estoy de esta película. No quiero alardear, pero en serio creo que algunos premios están en nuestro futuro. —Alzó el micrófono en el aire y aulló mientras todos en el club vitoreaban y silbaban—. Creo que es hora de que comience esta fiesta. ¡Traigan los shots! —Alargó la última palabra y subió la música de nuevo. Personas sosteniendo bandejas apiladas con shots dobles de whisky comenzaron a salir a la pista del club, repartiéndolos mientras Sylvia gritaba—: ¡Vamos a emborracharnos todos! —por el micrófono.

Un vaso de shot apareció en mi mano. Agité su contenido, liberando su rico aroma.

—Vamos a divertirnos —dijo Audrey, levantando su vaso.

Choqué el mío con el suyo y estaba a punto de beber cuando Sylus saltó por encima del reservado y aterrizó en el asiento a mi lado. Casi dejé caer el vaso en mi regazo.

—Relájate —dije—. No voy a volverme loco. —Me bebí el shot de un trago y le sonreí. Sabía que no me beneficiaría en nada joderlo así, pero simplemente no pude evitarlo. Inmediatamente agarré otro shot y me lo tomé.

De repente, mi cabeza quedó atrapada en la presa del enorme bíceps de Sylus. Mi mejilla se

presionó contra los duros músculos de su abdomen, rodeándome con el calor de su cuerpo y el aroma profundo y picante que era su esencia. Me envolvió, llenando mis sentidos con una intoxicación como nada que hubiera sentido antes. Era como respirar aire fresco por primera vez. Cada bocanada era mejor que la anterior.

Me arrastró hasta ponerme de pie y me llevó a través del club hacia la salida del patio, y aunque fingí oponer resistencia, luchando y protestando, no tenía prisa por liberarme de la llave de cabeza.

Me arrojó afuera. El patio de la azotea del club tenía una vista abierta del edificio de al lado, que estaba cubierto con una enorme valla publicitaria iluminada con mi cara.

Chris Barker Stevens, decía. Nuevo álbum, 'Camino Abierto al Amor' próximamente.

—Eres un maldito imbécil —dije, arreglándome el traje—. ¿Qué? ¿Te gusta maltratarme, o algo así? ¿Te excita?

—Y tú eres un dolor en el culo —gruñó—. Si no te gusta el hecho de que soy gay, entonces dilo. Me iré mañana.

—No me importa —dije—. Me da igual.

—No me vengas con tonterías, Chris —dijo Sylus, cruzando los brazos sobre su pecho. Mis ojos se vieron atraídos por la forma en que su traje se estiraba y tiraba, tensado por los músculos debajo—. Siendo Marine durante tanto tiempo, no tardé mucho en desarrollar un sentido para cuando alguien actúa diferente a mi alrededor debido a quién me atrae. No es que seas demasiado sutil, de todos modos. Si tienes un problema, simplemente admítelo. Hará las cosas mucho más fáciles para ambos.

Todo lo que se necesitaba eran unas pocas palabras para cortar esto de raíz. Sí, tengo un

problema. Eso era todo lo que necesitaba decir y podría salirme de toda esta situación. Descarrilar el tren.

—No —dije—. Te lo dije, no hay ningún problema.

—Así que supongo que no debería esperar ninguna cooperación de tu parte. ¿Estás seguro de que no eres tú el que le gusta que lo maltraten?

—Oye. Que te jodan.

Los viejos hábitos son difíciles de matar. Sentí que mis defensas se alzaban.

Los brazos de Sylus cayeron, sus manos deslizándose en sus bolsillos. Me estudió, la más leve sonrisa cruzando sus labios. De nuevo, esa sensación de que me estaba leyendo como un libro abierto. Tal vez lo estaba. Tal vez por eso era capaz de ponerme tan acalorado.

—Es extraño. —Se tocó el parche del ojo—. Dios puede haberme quitado el ojo, pero en su lugar, me dejó el poder de ver a las personas. Dices que no hay problema. Que no tienes ningún problema con ello. Pero puedo ver que te incomoda. No te gusta, pero tampoco quieres deshacerte de mí. Estoy tratando de entender el significado detrás de eso.

Mi corazón pulsaba en mi pecho, empujando la sangre más y más rápido por mis venas. Los dos shots dobles de whisky estaban haciendo efecto ahora, haciéndome sentir suelto, propenso a malas decisiones. Podía sentirlo pasando las páginas de mi libro, acercándose cada vez más a descubrir el secreto que había enterrado profundamente entre las líneas.

Caminó hacia mí, y me encontré retrocediendo hacia la barandilla del patio.

—Estás buscando demasiado —dije, con voz baja.

—No creo que lo esté haciendo —respondió.

Ahora estaba contra la barandilla. Sylus estaba tan cerca que podía saborear rastros de su aroma en el aire. Sentía como si se cerniera sobre mí, con las manos aún metidas despreocupadamente en los bolsillos. Por muy calmado que pareciera, yo me sentía tan tenso como una cuerda de guitarra.

—¿Entonces qué? —dije. Sentía como si mi voz fuera apenas un susurro. Podía sentir la excitación corriendo hacia mi entrepierna. La excitación de ser visto. La intimidad de su mirada penetrante—. Dímelo. —Expónme. Hazlo. No estaba luchando contra ello.

—¿Eres tú...?

La puerta del patio se abrió de golpe y Sylvia Klein salió tambaleándose, riendo mientras arrastraba a un tipo para darle un beso. Se giró y nos vio allí de pie y se cubrió la boca sorprendida.

—Oh, Dios mío —dijo—. Chris, soy una gran fan de tu música. No tienes idea de cuántas veces reproduje "Pickup Kind of Girl" mientras estaba en el set.

—¿Llevó a alguien al asesinato? —preguntó Sylus en voz baja.

—Estoy súper contenta de que hayas podido venir. Estaba tan emocionada cuando Audrey dijo que te traería. Ustedes dos se ven tan lindos juntos.

Me sorprendí a mí mismo echando un vistazo a Sylus para ver su reacción.

—Gracias —le dije a Sylvia—. Pero ella y yo solo somos amigos.

—Oh, está bien. Claro. —Sonrió y me guiñó un ojo. El tipo con el que estaba le tiró de la mano, atrayéndola de nuevo para besarla—. Para —se rio, empujando una mano contra su pecho.

La puerta se abrió de nuevo, y esta vez era Audrey, con una botella de vodka agarrada en su puño.

—¡Chupitos! —gritó—. ¡Chupitos, chupitos, chupitos, chupitos, chupitos, chupitos! Sylvia, zorra. Ven a tomar un chupito conmigo.

—¡Síiii! —gritó Sylvia, empujando al pobre tipo de nuevo.

Audrey sonrió con picardía. Envolvió su mano alrededor de mi nuca y me atrajo para susurrarme al oído—. Ustedes dos harían una pareja tan linda.

Todos desaparecieron de vuelta en el club, dejándonos a Sylus y a mí solos de nuevo. Los sonidos de la ciudad flotaban en el aire, acentuando nuestro silencio compartido. "¿Eres tú...?" Las palabras aún flotaban en el aire.

—¿Soy qué? —pregunté. Además de un glotón por el castigo.

Sylus se pasó los dedos por el pelo, echándoselo hacia atrás. Golpeó el suelo con el pie.

—Olvídalo —dijo—. Me equivoqué. —Se movió para volver adentro.

Las palabras salieron de mi boca sin pensar. Tal vez fue porque habían estado arañando para salir durante tanto tiempo que simplemente no podían soportar permanecer encerradas por más tiempo. Tal vez solo estaba borracho. Fuera cual fuera la razón, quería que lo supiera.

—No, no te equivocas.

—¿Sobre qué no me equivoco? —preguntó, volviéndose lentamente para mirarme.

Fruncí el ceño.

—No te burles de mí. Lo sabes. —Podía sentir el calor arrastrándose por todo mi cuerpo. Mi cara se sentía como si estuviera en llamas.

—No, no lo sé. —Sus manos estaban de vuelta en sus bolsillos. Tranquilo y relajado—. Tengo una fuerte corazonada, pero no es verdad hasta que salga de tu propia boca. Entonces, ¿qué es?

Lo miré fijamente.

—Sí. —Entonces, las palabras simplemente explotaron—. Sí, soy jodidamente gay, ¿de acuerdo? Soy jodidamente gay.

Las palabras fueron seguidas por un eco de silencio, como si toda la ciudad se hubiera quedado en silencio. Sentí un tirón desgarrador en el pecho. No era un hombre que llorara, pero las lágrimas brotaron de mis ojos y corrieron por mi cara. No podía detenerlo. Ni siquiera podía recordar la última vez que había llorado de esa manera. Lo había reprimido todo hace mucho tiempo.

Se sentía completamente diferente a cuando le había contado mi secreto a Audrey. De alguna manera, decir las palabras a otro hombre —a él— había desencadenado algo profundo dentro de mí.

—Oh Dios —sollocé—. Joder. ¡Maldita sea! ¿Por qué tengo que sentirme así? Por qué...

Entonces, Sylus me estaba abrazando. Me sostuvo con fuerza, apretando mi cuerpo tembloroso contra el suyo. Todo lo que pude hacer fue aferrarme a él con mis puños mientras todo se derramaba de mí, exprimido como una esponja. En ese momento, mientras lloraba en el hombro de un hombre que apenas conocía, me di cuenta de lo solo que había estado.

SYLUS

Decir que la noche había tomado un giro inesperado probablemente era el eufemismo del puto año.

Sí, había tenido una corazonada. Pensé que Chris podría haber sido bicurioso. Estaba tan seguro de que él y Audrey estaban realmente juntos, oficial o no. Ver cómo interactuaban entre ellos en el club, la intimidad que compartían, parecía obvio.

Mi conclusión era que me mantenía cerca porque tenía curiosidad. Con la incomodidad que parecía expresar cuando se enteró de que yo era gay y los otros incidentes homofóbicos reaccionarios como la pelea, no era descabellado. Lo había experimentado numerosas veces en el ejército cuando los chicos se enteraban de mi orientación. A veces, los que más odio escupían terminaban siendo los que venían intentando chuparme la polla cuando se emborrachaban demasiado durante el descanso y recuperación.

No esperaba que a Chris solo le gustaran los tíos. Que todo lo de Audrey fuera una artimaña que mantenían, que ella fuera la única persona además de mí que lo sabía. No era consciente de esas cosas cuando Chris lloraba en mis brazos, pero conocía el dolor que sentía. El miedo. La incertidumbre. Yo había estado allí antes. Tuve la suerte de contar con el apoyo de mi familia. Había estado fuera del armario casi desde que supe lo que era la atracción. Chris... Él no tenía eso.

Nos fuimos temprano de la fiesta. Me senté con Chris en la parte trasera del coche en lugar de donde normalmente se sienta un guardaespaldas en el frente. Quería asegurarme de que estuviera bien. No era saludable para un hombre guardarse todo. Yo lo sabía demasiado bien.

—Esto no es asunto de nadie más que mío —dijo, después de un largo silencio—. No pienso contárselo a nadie más. Nunca lo he hecho.

—Me lo contaste a mí.

—Lo averiguaste tú solo.

—Lo que sientes es parte de ti —dije—. Seguir ocultándolo no te hará ningún favor. Créeme.

—No pienso contárselo a nadie más —repitió, hablando lentamente y mirándome directamente a los ojos—. Solo te lo conté a ti porque... no sé por qué.

—No hay nada malo en quién eres —dije—. Es tu asunto, es tu elección. Pero si sigues tomando decisiones porque te avergüenzas de ti mismo, solo encontrarás arrepentimiento al final de ese camino.

No dijo nada y se volvió para mirar por la ventana.

—Tienes miedo —dije.

Vi que reaccionaba, solo un sutil apretón en su mandíbula. Lo observé, tratando de descifrarlo. Obviamente había alguna mierda profundamente arraigada, mierda que realmente no era mi trabajo indagar o descifrar. Después de todo, solo era su guardaespaldas. Ni siquiera era su amigo. Estaba en una nómina.

Entonces, ¿por qué me sentía tan cautivado por él? No era un sentimiento de obligación o deber. La atracción que había sentido por él rápida e inesperadamente se había convertido en algo más. No tenía sentido que me sintiera así y, sin embargo, aquí estaba, enfrentado a la realidad de que

realmente tenía algún tipo de sentimientos por él.

Era completamente diferente a mí. Por mis años en MARSOC, me había vuelto bastante bueno aislando mis emociones. Era una habilidad necesaria para hacer un trabajo tan preciso y peligroso. ¿Cómo había logrado él colarse más allá de mis defensas? Podría haber apagado esos sentimientos con un chasquido de dedos. Eliminados. Listo. Pero la verdad era que estaba disfrutando de la forma en que me sentía. Era algo que no había experimentado en mucho, mucho tiempo.

Pero por supuesto, tenía que ir y sentirme así por un hombre como Chris. Al final del día, todo volvía a la realidad de que lo vigilaría, lo protegería, me aseguraría de que se mantuviera a salvo, siempre desde la distancia. Solo era su guardaespaldas. Él era mi cliente. La maldición de los Synn continuaba trabajando en mi vida.

Los siguientes días pasaron sin incidentes, casi como si nada hubiera sucedido en absoluto. Chris desapareció en su estudio de grabación y yo traté de encontrar mierda para mantenerme ocupado. Era bastante loco cuánto dinero estaba pagando la dirección de Chris para tenerme aquí las 24 horas del día, los 7 días de la semana. Estábamos cobrando por un servicio ejecutivo normalmente utilizado por políticos u otros VIP con constantes amenazas de alto nivel a su seguridad personal, no por celebridades con hábitos destructivos. Sin duda era una revelación sobre los ingresos disponibles para los tipos del entretenimiento, si la gigantesca mansión vacía no hubiera sido ya suficiente.

La casa era tan grande que parecía que apenas veía a Chris. Su antiguo guardaespaldas, Big Mike, aparecía con entregas de comida para llevar que Chris se llevaba rápidamente a su estudio. Era imposible para mí no estar un poco preocupado por él, y hacía mis controles de rutina para asegurarme de que se mantuviera fuera de problemas, pero sabía que necesitaba darle espacio.

Si el refugio de Chris era su estudio de grabación, entonces el mío era el gimnasio totalmente equipado de la mansión. Cuando digo totalmente equipado, me refiero a totalmente equipado. Había la variedad habitual de pesas libres y máquinas, pero también una piscina de vuelta, cancha de baloncesto y muro de escalada. Parecía que la mitad de la mierda nunca se había usado, así que me propuse como objetivo dejar mis huellas en todo lo que había allí.

Cuando entré en el gimnasio esa mañana, me sorprendió encontrar a Chris ocupándolo. Estaba luchando por completar un press de banca, sus brazos temblando con el peso. Me apresuré y lo aseguré. La barra cayó en el rack con un estruendo.

—Gracias —dijo Chris, secándose el sudor de la cara con una toalla.

—¿Te importa si me uno? —pregunté.

—Adelante.

Añadí peso a la barra e intercambié lugares con él, posicionándome en el banco. ¿Estaba tratando de impresionarlo? Tal vez un poco.

Él estaba de pie sobre mí, su camisa oscurecida por el sudor. Yo miraba fijamente al techo, incapaz de evitar mirarlo. Sus partes estaban justo encima de mi cabeza, y apenas podía distinguir la forma bajo sus pantalones cortos de gimnasio. Deja de mirar, deja de mirar. No podía evitarlo. Estaba justo a la altura perfecta. Todo lo que tenía que hacer era bajarse esos pantalones cortos y yo podría tragármelo directamente hasta la garganta...

Deja de pensar, deja de pensar.

Alcé los brazos y agarré la barra, gruñendo mientras activaba todos mis músculos para levantarla del soporte. Lentamente, bajé el peso hasta mi pecho y exhalé mientras empujaba la carga de vuelta hacia arriba. Una.

—¿Has estado bien? —pregunté, bombeando la barra de nuevo. Dos.

—Absolutamente —dijo Chris.

Me esforcé con el peso y Chris extendió la mano para ayudarme. —No, no —dije—. Yo puedo. —Me tensé y seguí adelante. Tres.

Abajo. Y...

El sudor corría por mi frente.

—¿Cuándo saliste del armario? —preguntó Chris. Miró hacia la pared, como si fuera demasiado tímido para mirarme a los ojos. Mis brazos temblaron y rápidamente me estabilicé, empujando el peso de vuelta hacia arriba. No esperaba esa pregunta. Cuatro.

—Nunca estuve dentro para empezar —dije entre dientes apretados—. Siempre he sido abierto y franco al respecto. Desde que era joven.

—Ni siquiera puedo imaginar eso. He pasado toda mi vida haciendo todo lo posible para no pensar en ello.

Cinco.

Bajé la barra para una última repetición. Seis...

—Necesito que alguien me enseñe —dijo Chris, todavía mirando a otro lado, sin hacer contacto visual. Yo estaba esforzándome por volver a subir el peso.

—¿Qué?

—¿Podrías enseñarme a ser gay?

Me atraganté. Podía sentir los músculos de mis brazos apagándose. Podía quedarme inmóvil en un tejado durante horas bajo fuego y todo tipo de infierno sin siquiera parpadear, y esa simple declaración logró derribarme. La barra vaciló en el aire, y Chris la atrapó antes de que pudiera destrozarme la cara. La guió de vuelta al soporte.

—¿Qué? —repetí, incorporándome. Me reí, pensando que tenía que estar bromeando conmigo, pero su expresión era completamente seria.

—Maldita sea, no lo sé —dijo. Cambiamos de lugares. Me moví para quitar el peso de la barra y devolverla a su peso original, pero él me detuvo—. No, déjalos puestos.

Chris levantó la barra y bombeó el hierro. Sus brazos se hincharon con venas, y los músculos marcados de su pecho se tensaron contra su camiseta ajustada de entrenamiento. Mis ojos seguían vagando. No podía evitarlo, el tipo era hermoso. Ahora su cabeza estaba en la posición perfecta, justo debajo de mi polla. ¿Cómo se verían esos labios suyos envueltos alrededor de mi...

Mierda, mierda. Estaba al borde de una erección, y su jodida pregunta no me había ayudado en absoluto. ¿Qué demonios me estaba pidiendo Chris?

Él completó sus repeticiones, con los ojos fijos en el techo. Metí la cabeza sobre él para mirarlo a los ojos. —¿Exactamente qué esperas que te enseñe?

Completó su última repetición con fuerza y devolvió la barra al soporte. —No lo sé —dijo, secándose.

—¿Qué, crees que hay algún tipo de saludo secreto gay? —Me recosté en el banco—. Solo vive tu vida. Eso es todo lo que tienes que hacer. A menos que estés buscando instrucciones sobre

cómo chupar una polla.

—¡Diablos, no! —Su cara estaba completamente roja—. ¿Estás loco?

—Tal vez un poco —dije, gruñendo mientras comenzaba mi siguiente serie de repeticiones—. Solo estoy jodiendo contigo.

Se cruzó de brazos sobre el pecho, luciendo avergonzado y completamente adorable. No dijo nada, y durante unos minutos el único sonido en el gimnasio fue el de mis propias respiraciones forzadas.

—Está bien —dijo Chris—. Sí. ¿Y si estuviera buscando aprender a hacer ese tipo de cosas?

Volví a colocar la barra en el soporte, reuniendo toda la habilidad que tenía para mantener mi expresión serena. Me senté y me envolví la toalla alrededor del cuello. —Eres una celebridad. Estoy seguro de que podrías contratar a alguien calificado para hacer eso por ti. —Fui hacia las pesas libres y tomé dos mancuernas para levantarlas frente al espejo de pared. Tenía que estar jodiéndome.

—Esa es exactamente la razón por la que no puedo hacer eso —dijo—. No voy a tener a un escort chantajeándome.

Me reí. Jesús. Seguro que sonaba serio.

—¿Así que le estás preguntando a tu guardaespaldas?

—Te... te pagaré.

—Vete a la mierda —dije, resoplando mientras hacía curl con las pesas—. Eso no es parte de mi descripción de trabajo. ¿Qué te hace pensar que yo no te expondría, de todos modos?

En el espejo, Chris me miró directamente a los ojos. —No creo que seas el tipo de hombre que haría eso.

—Ni siquiera me conoces. —¿En serio estábamos hablando de esto? ¿Realmente estaba esto sobre la mesa?— Estás asumiendo demasiado sobre mí. El hecho de que sea gay no significa que esté desesperado por que cualquiera me toque la polla.

Eso no era cierto. Me habría encantado tener a Chris en mi polla.

—Sí —dijo Chris—. Tienes razón. Lo siento.

Dejé de levantar pesas, sorprendido. Era la primera disculpa que Chris había hecho en todo el tiempo que llevaba bajo su techo, después de toda la mierda que me había hecho pasar. Parecía genuinamente avergonzado de sí mismo.

—He terminado aquí —dijo—. Eh... Mira, olvida lo que dije. No he estado pensando con claridad.

—No pasa nada —dije tontamente. No sabía qué más decir. Lo vi salir del gimnasio, e inmediatamente me sentí como un completo idiota. ¿En serio acababa de rechazar una mamada? No, ¿en serio acababa de rechazar ser la primera mamada de Chris?

Fue entonces cuando comprendí cómo debía de sentirse Chris. El hombre había estado profundamente encerrado en el armario toda su maldita vida. Eso probablemente significaba cero contacto, ni siquiera un beso. Tal vez ni siquiera un abrazo. ¿Maldición de Synn? A la mierda con eso. Lo que yo estaba enfrentando no era nada comparado con lo que él debía estar pasando.

Terminé mi entrenamiento, distraído con pensamientos sobre él. No, todo esto no era mi responsabilidad, pero realmente sentía empatía por él. Yo era el único hombre al que podía recurrir.

CHRIS

¿En qué mierda estaba pensando?

Me zambullí en la piscina y me dejé hundir hasta el fondo, donde me quedé tanto tiempo como pude. No me habría quejado si un sumidero se hubiera abierto y me hubiera arrojado a los abismos del infierno. Definitivamente era allí donde pertenecía.

Sabía que era una estupidez pedírselo a Sylus, y aun así lo había hecho. No es que fuera ajeno a tomar decisiones estúpidas, pero esta era peor de lo habitual. Quería rebobinar y borrar todo lo que había sucedido, incluso haberle dicho que era gay.

Burbujas brotaron de mi boca al exhalar, y me impulsé de vuelta a la superficie. Hice el estilo de espalda y floté por la piscina. Todas las barreras que había construido en mi mente seguían ejerciendo sus poderes de negación. Una voz me decía que solo era un error. ¡No era gay! Solo era un lapso de juicio.

Pero ¿cómo podía justificar eso cuando cada célula de mi cuerpo sabía que lo contrario era cierto? Me gustaban los hombres, y el hecho de haberme negado esa simple verdad durante tanto tiempo me estaba destrozando. Y la realidad era que cada vez que miraba a Sylus, cada momento que encontraba su aroma persistente en los pasillos de mi casa, cada vez que oía su voz, esta sensación insana de deseo se hinchaba dentro de mí.

Esta última semana había sido una tortura a un nivel que nunca antes había conocido. Solo pensar en ello era suficiente para ponerme duro. Podía sentirlo cobrando vida ahora; no había

forma de evitarlo.

Dios, era conflictivo sentirme culpable por excitarme y aún tener esa voz diciéndome que lo que sentía estaba mal. Que era antinatural. Que me hacía menos hombre.

—Oye.

Rápidamente me enderecé cuando la voz de Sylus me sacó de mis pensamientos, sumergiendo mis caderas bajo la superficie. Estaba sentado en el extremo de una de las tumbonas, con su toalla colgada alrededor del cuello. Estaba encorvado sobre sus muslos, sus antebrazos descansando sobre sus piernas.

Sus músculos estaban todos esculpidos e hinchados por el levantamiento de pesas, y me volvía loco. Me sentía como un animal, un león hambriento tentado por una comida que no podía tener. Todo lo que podía hacer era sentarme, mirar y soportar el hambre ardiente. Mi polla estaba dura como una roca ahora. Era como si fuera un adolescente de nuevo, indefenso contra las erecciones en el vestuario mientras me cambiaba para educación física.

¿Cuánto tiempo había estado allí?

Nadé hasta el borde de la piscina.

—Mira, entiendo completamente si quieres irte de aquí. Esa es una línea que no debería haber cruzado. Si quieres renunciar, me aseguraré de que recibas el pago completo por el trabajo.

—No voy a renunciar —dijo—. Es raro recibir disculpas tuyas. No pensé que fueras capaz de remordimiento.

—Por supuesto que lo soy.

Se puso de pie.

—¿Cómo quieres hacer esto? ¿Vamos a ir directo al grano, o qué?

—¿A qué te refieres?

—Tu lección.

Mi mandíbula se desencajó.

—¿En serio?

Me miró fijamente.

—¿Parezco estar bromeando? Lo entiendo. Estás en una situación difícil, y acepto que realmente soy el único hombre en posición de ofrecer ayuda. —Resopló y se frotó la barba incipiente en la barbilla—. Así que te ayudaré. Te haré sentir cómodo siendo físico con otro hombre. Pero para que quede claro, esto es estrictamente profesional.

—Sí. —Mi corazón retumbaba en mi pecho—. Entonces... Eh... ¿Cuándo hacemos esto?

—¿Te viene bien esta noche?

—No es como si tuviera algún lugar donde deba estar.

—Esta noche, entonces.

—De acuerdo.

—Okay.

Nos miramos incómodamente hasta que Sylus finalmente se dio la vuelta y se fue sin decir una palabra más. Floté en el borde de la piscina, mi polla palpitando más fuerte de lo que jamás la había sentido. Mierda santa. Esto realmente iba a suceder.

Estrictamente profesional.

Definitivamente. Sí, pensaba que Sylus estaba buenísimo, pero eso era una atracción puramente física. No significaba nada. Lo que quería era un hombre en quien pudiera confiar para sentirme cómodo con estas cosas.

—Jesús —murmuré. Era como si con cada segundo que pasaba, la realidad de la situación se volviera mucho más real.

—¿Él va a hacer qué? —La voz de Audrey resonó desde mi teléfono celular. Estaba acostado en el sofá de mi estudio.

Me tomó una buena media hora hacerle creer que no estaba jugando con ella.

—¿Por qué me pides consejo sobre cómo chuparle la polla? —refunfuñó—. ¿No es eso lo que él te va a enseñar?

—Sí, pero... no sé.

—¿Estás seguro de que es una buena idea? —preguntó—. Dices que es profesional. Que no hay nada más. Pero, ¿no eras tú el que decía que te gustaba el tipo?

—Qué va —dije—. No me gusta. No, así como gustar. Solo... Ya sabes.

—Solo quieres chuparle la polla.

—¡Sí, exacto!

Se quedó callada un momento antes de estallar en carcajadas. —Ay, Dios mío. Esto es una locura. Bueno, supongo que yo te dije que lo hicieras...

—Sí. Todo esto es culpa tuya.

Ambos nos reímos.

—La verdad es que no tengo mucho consejo que darte —dijo—. Tú tienes polla. Simplemente haz lo que creas que te gustaría que te hicieran a ti. No le muerdas. A menos que le guste eso.

De repente, me vino a la mente una imagen de Sylus inmovilizándome desnudo en la cama, con las manos atadas mientras pasaba sus dientes por mi cuello. Me estremecí.

—Pero en serio, Chris, si tienes sentimientos por él, esta no es la mejor manera de abordar las cosas.

—Eh, eh. Ya te lo dije, no hay nada. Pon a cualquier otro tío bueno en mi casa y le habría pedido lo mismo. Me conoces.

—¿Cómo se siente él al respecto?

Cambié el teléfono a la otra oreja. —Estrictamente profesional, esas fueron sus palabras.

—¿Cómo te sentirías si él sintiera algo más?

—Estrictamente profesional, Audrey, ¿de acuerdo? Ambos estamos de acuerdo. Hay un entendimiento.

¿Quería que pasara algo más?

De ninguna manera. Sylus era mi empleado. No había forma de que pudiera pasar algo entre nosotros.

SYLUS

—Espera, espera —dijo Bau. Hubo un momento de silencio antes de un fuerte estallido. Incluso a través del altavoz del teléfono pude identificar el calibre del rifle que se disparó. 5.56, probablemente una carabina M4—. Perfecto. Le di. Vaya, Sylus. Diría que ojalá pudieras estar aquí en el campo de tiro con Virgil y conmigo, pero parece que lo estás pasando de maravilla allá.

—Esto va mucho más allá de lo que podría haber esperado —dije.

—No hiciste caso a mi advertencia, ¿eh?

—No me estoy enamorando del cliente. Solo le estoy... haciendo un servicio gratuito.

Bau se rio.

—Joder. Más bien él te está haciendo un servicio gratuito a ti. Dijiste que era heterosexual, pero es gay. Dices que no te estás enamorando de él. ¿Qué será lo siguiente?

—No te preocupes por mí. Solo estoy ayudando a un tipo que lo necesita.

—Bueno, mierda. Si estás consiguiendo una mamada de todo esto, ¿por qué no? Espera, espera. —Otra pausa y un disparo. Oí a Virgil gritar de emoción al fondo.

—En serio, Bau. No se trata de eso. Realmente quiero ayudar a este tipo.

—¿Y no te estás enamorando de él?

—Ha estado en el armario toda su vida, reprimiendo todo. Sus padres estaban totalmente en contra de que fuera queer. Nunca ha tenido lo que nosotros tuvimos. Y ahora soy el primer hombre al que ha podido contárselo. Necesita a alguien que lo cuide, que lo ayude a ponerse en pie, ¿sabes?

O de rodillas.

Estaba evitando la pregunta, lo sabía.

Después de terminar la llamada, caminé de un lado a otro en mi habitación y salí al balcón para tomar aire fresco. Pasé diez minutos mirando una sola voluta de nube que se ondulaba en el cielo despejado del atardecer. Un avión lejano cruzó el cielo, dejando una estela de vapor detrás como una línea de tiza. Volví adentro y miré la hora en mi teléfono. Había realizado operaciones encubiertas de francotirador altamente peligrosas que me habían puesto menos nervioso que lo que iba a hacer esta noche.

No había razón para que me sintiera así. No era como si nunca hubiera recibido una mamada antes, pero la anticipación era extrema. Seguía viéndolo en mi mente, de rodillas frente a mí con la forma de mi polla perfilada sobre su rostro. Mis fantasías progresaron, e imaginé la sensación de sus labios sobre mí mientras probaba por primera vez a un hombre. Estaba ansioso por mostrarle cómo. No podía esperar para experimentarlo.

Solo lo estoy ayudando. Eso es todo.

Mi polla palpitaba contra mi ropa interior.

—Joder —gemí, dejándome caer en la cama.

Realmente me había metido en un lío con esto. ¿A quién coño estaba tratando de engañar? Me estaba enamorando de Chris. Contra todas las malditas señales de advertencia, todas las razones que sabía que deberían haberme impedido sentirme así, estaba completamente indefenso ante ello. De alguna manera, en este corto tiempo, este dolor en el culo, esta jodida estrella de rock malcriada había logrado capturar mi corazón.

Pero no iría más allá de esto. Completaría el trabajo y seguiría adelante. Cualquier cosa más allá sería simplemente una fantasía. No importaba cómo nos sintiéramos ninguno de los dos, sabía que nada bueno podría salir de esperar algo más. Él y yo éramos de mundos completamente diferentes.

Cuando salí de mi habitación para encontrarme con Chris, me sentía igual que la primera vez que me habían enviado a una misión, todo anticipación y nervios. Él me estaba esperando en la sala de estar, sentado en el sofá con su guitarra acústica. No estaba tocando, solo la sostenía en su regazo mientras miraba fijamente al televisor, que ni siquiera estaba encendido.

Cuando me oyó llegar, apoyó la guitarra contra el sofá y se puso de pie. Parecía como si estuviera vestido para una actuación... o tal vez para una primera cita. Yo solo llevaba mis viejos pantalones de chándal del USMC y una camiseta.

—¿Todavía quieres hacer esto? —pregunté.

Su cara se puso roja.

—Estoy muerto de miedo. Pero no me echo atrás.

—De acuerdo. —Asintiendo, me senté en el sofá.

Chris no se movió hacia mí. Se rascó la nuca y golpeó el suelo con el pie.

—Mierda, podría usar un trago ahora mismo. —Finalmente, se sentó a mi lado.

Tenía que admitir que yo también podría haber usado uno.

—Andarse con rodeos nunca ayuda —dije, y me quité la camiseta y la colgué en el respaldo del sofá—. Voy a empezar con esto.

Chris se quedó muy quieto, como un ratón tratando de evitar ser visto por un depredador. Miraba fijamente hacia adelante, evitando mirarme. A continuación, me bajé los pantalones de chándal y la ropa interior juntos, y así sin más estaba completamente desnudo. Me acomodé en el sofá, respirando profundamente varias veces. Mi polla hacía muy evidente mi excitación.

—¿D-debería, eh... debería desnudarme yo también? —Chris seguía manteniendo la mirada desviada.

—Puedes si quieres.

Exhaló ruidosamente. —Está bien. A la mierda —Se puso de pie y se desnudó. Primero se quitó la chaqueta de cuero, dejándola caer sobre una silla a mi lado. Luego la camiseta con cuello en V, exponiendo músculos ondulantes y piel erizada. Un ligero camino de vello descendía desde su ombligo y desaparecía bajo una gran hebilla de cinturón plateada. Con un tintineo y el susurro del cuero, la abrió. Bajó la cremallera en lo que pareció ser diente por diente. Clic, clic, clic, clic.

Aún llevaba puestas las botas de vaquero. Con la parte superior de sus pantalones abierta, se las quitó de una patada, enviándolas al suelo con un golpe sordo. Luego, finalmente, empujó sus

vaqueros hacia abajo por las caderas, arrugándolos en sus tobillos. Sacudió la pierna para deshacerse de ellos. Tomó otra respiración profunda y se giró para mirarme.

Mi polla palpitó mientras lo observaba. Mi corazón se aceleró. Mi pulso era tan fuerte que mi miembro se balanceaba ligeramente con cada latido. Aún llevaba puesta la ropa interior y podía ver la forma de su erección empujando la tela oscura. Se quedó allí, inmóvil como una estatua.

Me levanté y caminé hacia él. Sus puños estaban apretados a los costados, como si estuviera listo para atacar en cualquier momento. Podía ver que estaba luchando contra sí mismo y contra todas las cosas que lo habían mantenido cautivo.

—¿Estás listo? —pregunté.

—No me preguntes.

Lentamente, extendí la mano y la llevé a su mejilla, tocando los moretones que se desvanecían allí. Se estremeció, pero su cuerpo permaneció rígido. Con mi mano izquierda, agarré su antebrazo y moví mi agarre hacia su muñeca y finalmente hacia su puño apretado. Lo sostuve, y empujé mi mano derecha alrededor de la parte posterior de su cuello.

Un hormigueo recorrió todo mi cuerpo al sentir el calor de su piel en mis dedos. Mi polla empujó contra la suya, separadas solo por la delgada barrera de la ropa interior. Se estremeció de nuevo, y pude sentir su miembro respondiendo contra el mío.

Con cuidado, suavemente, con la delicadeza de un hombre desarmando un explosivo, acerqué los labios de Chris a los míos.

Sus labios eran dulces y suaves, y mientras lentamente devolvía el beso, pude sentir cómo se relajaba. Su puño se abrió, y deslicé mi mano en la suya. Había tenido los ojos firmemente cerrados, y ahora los abrió y me miró. El miedo en sus ojos era inconfundible, pero pude ver que

se estaba derritiendo lentamente.

—Ahí está —dije—. No es tan difícil, ¿verdad?

—¿Puedo... intentarlo de nuevo?

—Oye. Es tu lección.

Se inclinó y lo intentó de nuevo. La vacilación se estaba yendo. Se estaba volviendo más audaz, queriendo más. Lo atraje más cerca y sentí su lengua rozar mis labios, y lo encontré con la mía.

Jesús, realmente estaba disfrutando esto. Era malo.

—¿Bien? —pregunté, retrocediendo lo suficiente para cortarlo. Chris besó al aire, obviamente queriendo más.

—Muy bien —dijo, sonriendo tímidamente.

—¿Cómo demonios escribes tu música cuando nunca has besado a nadie antes?

—Tengo una buena imaginación.

Sentí su mano presionar contra mi muslo, y luego, lentamente, muy lentamente, se movió para encontrarse con mi polla.

—Eres más grande que yo —dijo mientras me acariciaba—. Vaya. Esto es... Esto es raro.

—¿Raro?

—Tener la polla de otra persona en mi mano.

Me reí entre dientes. —¿Por qué no te pones de rodillas?

Me miró con una mirada que parecía desafiante, y por un momento pensé que me iba a mandar a la mierda. Pero en su lugar, se arrodilló frente a mí. Mi corazón martilleaba. Sus ojos bajaron a mi polla, agrandándose por un momento. Vi su nuez de Adán subir y bajar mientras tragaba.

—Maldición —dijo—. Esta es la primera vez que veo la polla de otro hombre en persona.

Continuó acariciándome, extrayendo un destello de líquido preseminal que goteó por mi cabeza. Luego, para mi sorpresa, rápidamente lo detuvo con su lengua. Jadeé sorprendido.

—Mierda. ¿Estuvo bien? —preguntó.

Gruñí. —Sí. Lo siento, es que no me lo esperaba.

Me lamió de nuevo tentativamente, observando mi reacción. Había fantaseado con esto, y ahora estaba sucediendo realmente. Me agarró en la base, sosteniendo mi palpitante excitación firme con su puño. Luego sus ojos se encontraron con los míos, y deslizó sus labios alrededor de mí.

CHRIS

Su polla era puro calor en mi boca, puro calor vivo. Podía sentir cada pulso de reacción a lo que estaba haciendo, cada latido de excitación.

Esto era divertido.

—¿Lo estoy haciendo bien? —pregunté.

—Lo estás haciendo genial —dijo, con voz grave y arrastrada. Me miraba de una manera en la que nunca me habían mirado antes, como en un sueño, apenas controlándose. Me recordaba a las miradas que recibía de los fans en la primera fila durante mis conciertos. Era como si estuviera bajo un hechizo... mi hechizo.

Ya no tenía miedo. Me lo estaba pasando de puta madre.

Luego, pasé la lengua por sus testículos. ¿Cómo le gustaría eso?

Sylus gruñó y me acercó más, agarrando mi cabeza al hundir sus dedos en mi pelo. Al parecer, le gustó mucho. Lo acaricié con la mano y continué saboreando sus testículos con mi lengua.

—Seguro que no estás teniendo muchos problemas con esto —dijo, con voz tensa—. No hay mucho que pueda enseñarte...

En ese momento, me di cuenta de que no había forma de que pudiera hacer esto solo una vez. Estaba enganchado a su polla. Estaba enganchado a su beso. Estaba enganchado al jodido Sylus Synn.

—Hay un montón de cosas que puedes enseñarme —dije.

—¿Ah, sí? ¿Como qué?

—No sé —dije, acariciándolo con más fuerza—. Todas las cosas que nunca he hecho. Tengo mucho que recuperar. Nunca he probado a meter nada... dentro...

Sylus gimió y su polla se flexionó en mi agarre, y me sobresalté al sentir un chorro cálido en mi cara. Su espeso semen se deslizó sobre mis dedos mientras su polla seguía palpitando.

—Oh, mierda —dije.

Sylus parecía horrorizado. —Joder. No quería hacer eso.

Miré mi mano cubierta con su eyaculación, y la lamí de mis dedos. Era amargo y salado y absolutamente delicioso, porque era su semen.

Me limpié la cara con una toalla. Sylus se desplomó en el sofá.

—Gracias por la lección —dije, sentándome a su lado—. Creo que aprendí mucho.

—Eh, tío. Tú hiciste todo el trabajo. —Suspiró y se frotó la cara. Quería coger su mano y experimentar su beso de nuevo, pero me resistí: estrictamente profesional. Mi polla dolía y

estaba empapada de líquido preseminal. Sabía que mis calzoncillos eran un desastre. Quería que me tocara, pero me estaba cerrando de nuevo. El acuerdo era que él me mostraría cómo hacer una mamada, no que me la hiciera a mí. No quería obligarlo a hacer nada que no quisiera.

—¿Estás bien? —preguntó.

Por favor, tócame, pensé. Por el amor de Dios.

—Sí. ¿Por qué?

Negó con la cabeza y se levantó. Recogió su ropa y se puso los calzoncillos. Así que había terminado.

—Voy a ducharme —dijo suavemente. Me resultaba difícil saber si se sentía incómodo con todo esto.

—Claro. —Hice todo lo posible por ignorar el dolor entre mis piernas.

Se detuvo antes de subir las escaleras. —Si quieres más lecciones... estoy de acuerdo con eso. Tú solo dímelo.

Le sonreí con suficiencia. —Solo quieres más mamadas.

Sylus se fue riendo escaleras arriba. La tensión incómoda había desaparecido.

Me quedé sentado en el sofá, disfrutando de la sensación posterior a lo que acababa de hacer. Me di cuenta de cuánto de mí mismo había reprimido. Había pensado que actuar en el escenario era lo que me acercaba más a mi verdadero yo, pero ahora sabía que no era nada comparado con lo

que acababa de experimentar con Sylus. Escribir sobre atracción y romance era una cosa. Experimentarlo realmente era otra muy distinta.

Una sonrisa se formó en mis labios. No pude evitarlo; estaba sonriendo como un idiota. Sentía que me habían dado una pieza del rompecabezas que me faltaba. Como si me hubieran curado de alguna deficiencia que ni siquiera sabía que tenía. Quería más. Quería a Sylus.

Podía oír el sonido del agua corriendo por las tuberías del piso de arriba mientras se metía en la ducha. Mi polla seguía palpitando, y pasé la palma de la mano por el bulto sensible. Lo apreté con la mano y luego deslicé los dedos bajo la cinturilla para agarrarlo con el puño.

Arriba, Sylus estaba desnudo.

Mi corazón se aceleró como un bombo. Me levanté del sofá y subí las escaleras hacia la habitación de Sylus. La puerta estaba entreabierta. Podía oír el repiqueteo de la ducha desde dentro. Entré, quitándome los calzoncillos mientras abría la puerta del baño. Me golpeó una ráfaga de vapor caliente, y pude ver la figura de Sylus desde detrás del cristal escarchado. Su parche descansaba en el mostrador junto al lavabo, sus calzoncillos en el suelo. Abrí la puerta de la ducha y entré.

—Sylus —dije.

Se dio la vuelta de golpe y me estampó contra los azulejos, casi dejándome sin aliento. Su ojo izquierdo estaba fuertemente cerrado, pero el derecho estaba bien abierto y sobresaltado. Su antebrazo presionaba contra mi pecho, justo debajo del cuello, inmovilizándome contra la pared. Parecía desconcertado, furioso, perdido y asustado al mismo tiempo.

En ese instante, me di cuenta de que la había cagado de verdad.

—¡Mierda! —gritó, saltando hacia atrás. Me desplomé de rodillas, tosiendo—. Oh, joder. Chris,

¿qué demonios? —Se agachó frente a mí y comenzó a examinar mi cuerpo—. ¿Estás bien? ¿Te he hecho daño?

—No —dije, escupiendo y tratando de recuperar el aliento—. Lo siento. No debería haber aparecido así...

—Joder, tío. No, no, por favor, no vuelvas a hacer eso nunca. —Entonces me abrazó. Me atrajo hacia él y me acarició el pelo, mientras la ducha caliente caía sobre nosotros—. Lo siento. Lo siento mucho.

Negué con la cabeza. —Es mi culpa. —Me puse de pie. Estaba un poco conmocionado, pero también, para mi sorpresa, un poco excitado por lo que había hecho.

—No lo es. Es una reacción automática, debería haberte avisado. ¿Qué estás haciendo?

—Podría, eh... Podría necesitar otra lección.

Dejé que mi polla presionara contra él. Miró hacia abajo. —Oh. Vaya, joder.

—No es profesional, lo sé, pero...

—A la mierda —murmuró, y me rodeó con sus brazos, me atrajo hacia él y me besó.

Lo abracé con fuerza, pegando su cuerpo mojado al mío. Envolví mi pierna alrededor de su cadera, presionando mi polla contra él. Necesitaba estar más cerca, sentir aún más de él, tanto como fuera posible. Agarró mi muslo y levantó mi pierna mientras me besaba, sujetándome por la nuca y atrayéndome más hacia él. Me sentía salvaje. Me estaba derritiendo en él. Estaba desesperado por más.

Saboreé su lengua y mordisqueé sus labios, y él hundió su rostro en mi cuello y me besó.

Antes de darme cuenta, estaba suplicándole que me mordiera. Era como si las palabras no fueran mías; simplemente salían de mi boca. Agarró la parte posterior de mi cuello y arrastró sus dientes hasta mi clavícula, y yo gemí y lo apreté más cerca. Quería pelear con él. Quería que me tirara al suelo y me tomara.

Lo empujé contra la pared y besé su cuello, su pecho, sus pezones. Golpeó el grifo de la ducha con el puño, cerrándolo, y abrió la puerta de una patada tan fuerte que pensé que el cristal podría romperse. Luego me levantó, nada fácil para un tipo de mi tamaño, pero Sylus era jodidamente fuerte. Me llevó al dormitorio y me arrojó sobre la cama, todavía empapado.

Cuando saltó encima de mí, lo agarré y lo puse de espaldas. Sonrió y, en un segundo, me volteó boca arriba. Me inmovilizó los brazos contra las almohadas con una mano.

—Realmente te gusta que te traten con rudeza, ¿verdad? —gruñó.

—Sí, por ti.

Volvió a besarme el cuello, arrancándome un gemido de los labios. Luego descendió, besando mi cuerpo hasta llegar a mi polla.

La envolvió con su puño, apretándome con fuerza mientras comenzaba a bombear lentamente su mano de arriba abajo. No podía creer lo bien que se sentía. Luego, me tomó en su boca. No habría podido contener el gemido que escapó de mis labios. Lo sentía a mi alrededor, envolviéndome en calidez y placer. Me estaba tocando. Estaba en su boca. Esa era la lengua de Sylus recorriendo mi polla.

—Oh, joder —gemí—. Se siente tan jodidamente bien.

No podía apartar los ojos de él. Necesitaba verlo, reafirmar que esto estaba realmente sucediendo. Me estaban chupando la polla. Joder. Realmente estaba pasando.

El orgasmo llegó de repente, pero logré dar una advertencia justo antes de terminar. Sylus continuó chupándome, sin detenerse mientras me corría en su boca. Dejé escapar un gruñido gutural y apreté las sábanas húmedas con los puños.

Se limpió la boca con el dorso de la mano y se levantó sobre sus rodillas, sonriendo mientras me miraba. Yo yacía allí, jadeando, con mi polla palpitante y brillante por su saliva.

—¿Qué tal estuvo esa lección? —me susurró antes de darme un beso.

—Eres un maestro increíble —respiré, disfrutando el sabor de sus labios.

SYLUS

Los recuerdos destellaban en mi mente como una presentación de diapositivas. La forma en que gemía. El cálido aroma de su piel. Sus ojos alzándose para encontrarse con los míos mientras me engullía. Y luego la ducha.

Mi corazón latía con fuerza y la ansiedad inundaba mis venas. Empujándolo contra la pared. La oleada de adrenalina y el billón de pensamientos que cruzaron mi mente cuando sucedió. Defiéndete a toda costa. Vi de nuevo su expresión de asombro y me sentí avergonzado de mí mismo.

Quizás no estaba hecho para la vida civil. Quizás estaba demasiado lejos para volver. No parecía importar dónde estuviera mi corazón, siempre que mi mente permaneciera en un lugar de balas y bombas.

Algunos hábitos eran inquebrantables. Eran compañeros de por vida que solo podías controlar, nunca deshacerte por completo.

No quería lastimar a nadie. Y no quería ser una carga para nadie.

Antes de acostarme, fui al armario y bajé la caja de seguridad rectangular del estante, tal como lo había hecho todas las noches anteriores. Este era un ritual tan normal para mí como cepillarme los dientes. Abrí la caja y la desbloqueé. Dentro estaba mi Glock 19 de 9 mm, la misma arma que había llevado en la cadera durante mi servicio en MARSOC. Inserté el cargador, la amartillé y retiré la corredera para verificar el cartucho en la recámara. Luego, puse el arma debajo de mi

almohada. Cuando apoyé la cabeza, pude sentir su forma firme y fría allí, lo suficiente para darme la tranquilidad que me permitía conciliar el sueño.

Cuando bajé la mañana siguiente, Chris estaba sentado en el sofá tocando la guitarra. Inclinó la cabeza contra los cojines para mirarme mientras entraba en la habitación.

—Hola —dijo.

—Buenos días —Fui a la cocina y me serví una taza de café y agarré un plátano de una gran bandeja de frutas que Big Mike había entregado el otro día—. ¿Has desayunado?

—Estoy bien —gritó.

—¿Te importa si me siento a tu lado? —pregunté, volviendo a la sala. Negó con la cabeza.

Escuché mientras tocaba la guitarra. Era la misma que estaba tocando cuando llegué por primera vez. Solo había pasado poco más de una semana, pero se sentía mucho más. El día de ayer solo se había sentido como una maldita vida entera.

—Chris —dije—. Quiero disculparme de nuevo por lo de ayer.

Dejó de tocar.

—Sylus. No te preocupes. Está bien. Te tomé por sorpresa. No debería haberlo hecho. En serio. Todo está bien —Me dio un puñetazo en el brazo—. ¿Estás bien?

Chris estaba preocupado por mí. Me hizo sonreír, a pesar de lo mal que me sentía. En realidad, me hizo muy feliz.

—Pasé una gran parte de mi vida en el ejército —dije—. Pasé muchos años haciendo cosas que la persona promedio nunca podría imaginar, y mucho menos hacer. Cosas locas. Pero cosas para las que estaba hecho. Cada hábito que desarrollé fue en interés de funcionar lo mejor que pudiera en el campo. Para sobrevivir. Pasamos por un infierno allá, a veces. Pero maldita sea, si no se siente como en casa. Y me encuentro extrañando mi antiguo hogar, cuando debería estar estableciéndome en este —Negué con la cabeza—. Ni siquiera lo tengo tan difícil como muchos otros. Pero los viejos hábitos... Lo hacen difícil.

Rasgueó un par de acordes suaves.

—Definitivamente no soy el indicado para dar consejos sobre este tipo de cosas. Mi vida ha sido un completo desastre, como has visto. Sin embargo, las cosas pueden cambiar. Ya he aprendido eso —Se aclaró la garganta—. Cuando estaba en el penúltimo año de secundaria, me hice una promesa en mi cumpleaños. Me dije a mí mismo que para cuando me graduara de la escuela secundaria, sería un músico profesional y me mudaría de mi casa para vivir mi vida libre de las opiniones de mi madre. Dos años después, firmé con un sello discográfico. Y once años después de eso, estoy jodidamente de gira por el mundo. Tengo dos álbumes de platino y todavía estoy lidiando con la mierda que mi madre me echó encima. Pero las cosas pueden cambiar.

Otra secuencia de acordes salió suavemente del amplificador, llenando la vasta sala de estar. Vislumbré la fecha grabada en la parte posterior de la guitarra: 25 de julio de 2004. Su cumpleaños, trece años antes del presente.

—Y a veces nunca lo hacen —dije.

¿Podría alguna vez encontrar mi lugar aquí?

—Oye —dijo Chris, poniendo su mano en mi muslo—. Estás bien —Luego se volvió hacia su guitarra y continuó tocando.

Mi pierna hormigueó donde había estado su mano, y sentí la excitación recorriendo hasta mi polla por ese simple toque.

Pero tenía toda la razón sobre el cambio. Este era un Chris completamente diferente del que había conocido al principio. Mierda, era un Chris completamente diferente de hace solo un par de días. ¿O tal vez solo eran las cosas entre nosotros las que habían cambiado?

Mi mente volvió a la noche anterior. Se sentía como un sueño. Los recuerdos de mi despliegue se sentían más reales que lo que habíamos hecho.

—Solo faltan unos días para el concierto de lanzamiento —dijo Chris—. Y ya no tendrás que cuidar mi trasero.

—Sí —Me levanté y caminé hacia la ventana—. Y justo estaba empezando a acostumbrarme.

Chris se acercó a mí. Sentí el impulso de rodearle con el brazo, pero me resistí. A pesar de todo lo que había pasado anoche, a pesar de lo mucho que quería mostrarle afecto, me resistí. No importaba lo que sintiera por él; no creía que fuera buena idea dejar que esto progresara. Las lecciones en el dormitorio estaban bien.

Pero tenía que admitir que eso significaba que me moría por otra oportunidad de enseñarle.

—Se puede aprender mucho en un día —dijo Chris, y mi corazón dio un vuelco. Era una locura lo fácil que podía hacerme eso. Siempre pensé que nadie podría romper mi compostura.

Desde la ventana, podía ver hasta la calle que corría paralela a la valla de seguridad de la mansión. Noté un sedán plateado que pasaba a una velocidad más lenta de lo normal. Giró a la izquierda al final de la calle y desapareció por la esquina. Destacaba, no solo por la velocidad sino porque era un coche que nunca había visto antes. El vecindario de Chris estaba poblado por una pequeña comunidad de gente adinerada y, según mi investigación, no recibía mucho tráfico

externo. Algo se activó inmediatamente en mi cerebro, pero lo cuestioné. Especialmente después de lo que pasó ayer, no podía estar seguro si estaba siendo demasiado sensible sobre algo normal.

Esa tarde, acompañé a Chris a la oficina del centro de Goldstate Records para una reunión con su manager. En la autopista, pasamos junto a una valla publicitaria del próximo álbum de Chris. Estaba acariciando una guitarra en la foto en blanco y negro, mirando seductoramente a la cámara.

—Te ves candente —dije.

—Cállate —respondió Chris desde el asiento trasero.

Lo seguí mientras caminábamos por el vestíbulo para tomar el ascensor hasta el piso 30, haciendo mi mejor esfuerzo por no mirar demasiado fijamente el hermoso trasero de Chris. Llevaba unos Levis que mostraban perfectamente su retaguardia, y deseaba tanto extender la mano y darle una palmada. Me preguntaba si a Chris le habría importado si lo hubiera hecho. Casi quería probar ese límite, y podría haberlo hecho si el ascensor hubiera estado vacío, pero lo compartíamos con un par de mujeres que no dejaban de lanzar miradas soñadoras a Chris.

—Que tengan un buen día, señoras —les dijo cuando el ascensor llegó a nuestro piso. Parecía que iban a explotar de emoción.

Lo he visto desnudo, pensé para mí mismo, sonriendo. Apuesto a que les gustaría saber cómo es eso.

—Así que tú eres el hombre que ha logrado mantener a Chris fuera de los tabloides esta semana —dijo Denny, estrechándome la mano—. Maldito milagro. Sabes, puede que tenga que hablar con tu jefe sobre contratarte como guardaespaldas regular de Chris. ¿Haces contratos a largo plazo?

—No está dentro de nuestro alcance, señor. Pero es posible que se pueda llegar a un acuerdo. Tendrá que hablar con Bautista Synn.

La idea de estar vinculado a Chris a largo plazo me emocionaba, pero estaba inseguro sobre mi futuro. Mi mente estaba volviendo a un lugar al que ya no podía regresar.

Sentí que Chris me miraba. Mantuve la vista al frente.

—Es bueno, debo admitirlo —dijo Chris—. Definitivamente sabe cómo manejarme.

Denny se reclinó en su silla. Sacó un cigarrillo y lo encendió. —Maldición, ya lo creo. Con el historial de Chris, honestamente esperaba lo peor para este álbum. Así que, buen trabajo, Sylus. Le haré llegar mis felicitaciones a tu jefe.

—Gracias, señor —dije.

—Bien. Puedes esperar afuera. Hay una sala de descanso justo al final del pasillo. Tiene un café bastante bueno.

—Sí, señor. —Salí de la oficina y seguí el pasillo, que estaba lleno de discos de oro y platino enmarcados. Encontré los de Chris entre la alineación, incluyendo el de "Pickup Kind of Girl". Resoplé y sacudí la cabeza. ¿Quién decidía los ganadores de estas cosas, de todos modos?

Me serví un café en un vaso de poliestireno y me quedé de pie junto a la ventana. Menuda vista. El sol apenas comenzaba a ponerse, filtrándose a través del smog de Los Ángeles en brillantes colores. Me trajo un recuerdo de Irak, cuando estaba apostado para una operación justo fuera de Mosul. Los insurgentes habían incendiado uno de los campos petroleros allí, llenando el cielo con ese humo oscuro que se volvía rojo sangre con los rayos del sol. Era terrible y hermoso a la vez.

Después de aproximadamente una hora, Chris vino a la sala de descanso a buscarme. —Oye —dijo, llamando mi atención. Se apoyó en el marco de la puerta, con el pulgar enganchado en una de las presillas de su cinturón, bajando la parte superior de sus vaqueros lo suficiente como para que pudiera ver su ropa interior—. Siento haberte hecho esperar.

—Para eso me pagan —dije—. ¿Listo para irnos?

—Sí.

Caminamos por la oficina hacia los ascensores. —La discográfica quiere que prepare un nuevo sencillo —dijo.

—¿Ya? Tu álbum ni siquiera ha salido.

—Sí. Así es como funciona este negocio. No hay tiempo para holgazanear. —Presionó el botón de llamada, y el ascensor subió a nuestro piso—. Sabes, definitivamente no me quejaría si te quedaras como mi guardaespaldas regular.

Las puertas se abrieron. Esta vez, el ascensor estaba vacío. Entramos, y presioné el botón del vestíbulo. Las puertas se cerraron.

—¿Crees que sería una buena idea? —pregunté.

De repente, me echó los brazos al cuello y me besó.

—Mierda —suspiró, apartándose—. No tienes idea de cuánto he querido hacer eso durante todo el día.

Tragué saliva. —Créeme, lo sé —Mi corazón latía con fuerza. Chris era como un torbellino que me había arrastrado. El aroma de su colonia persistía, al igual que el sabor de sus labios, y quería probar otra vez. Esta vez, no pude resistirme. Le robé otro beso—. Esto es una sesión de práctica gratuita —dije—. ¿Entendido?

—Podría usar algunas lecciones más cuando volvamos —dijo con picardía.

Sabía que esto no era una buena idea, pero ¿cómo podía negarme?

—Sí. Te mostraré todo lo que quieras saber.

Chris me tumbó en el sofá y deslizó su mano dentro de mis pantalones, agarrando mi erección. Su aliento me hacía cosquillas mientras mordisqueaba mi lóbulo, y giré la cabeza para presionar mis labios contra los suyos. Me bajé los pantalones y él acarició mi polla mientras besaba y chupaba mi cuello.

Me desabroché la camisa, y él me la quitó y la arrojó a un lado. Él también se había quitado la camisa, y la sensación de su pecho desnudo contra mi espalda envió escalofríos de excitación por todo mi cuerpo. Podía sentir el bulto de su polla contra mi trasero, y estiré la mano hacia atrás para agarrar un puñado de su paquete. Gruñó en mi oído y apretó su brazo con fuerza alrededor de mi pecho.

—Creo que he desatado una bestia —dije.

—Definitivamente has desatado algo.

Agarré su mano de mi polla y me di la vuelta para quedar tumbado en el sofá, mirándolo encima de mí. Envolví mis piernas alrededor de su cintura y lo atraje hacia mí para que nuestras pollas se presionaran juntas, y luego, usando algunas artes marciales, lo volteé para quedar yo a

horcajadas sobre él. La excitación brilló en sus ojos. Así que el forcejeo realmente lo excitaba.

Agarré mi cinturón del suelo y lo deslicé alrededor de sus muñecas, apretándolo con los dientes, y empujé sus brazos por encima de su cabeza. Me incliné para besarlo, y cuando estiró el cuello para encontrarse conmigo, me eché hacia atrás en el último segundo. Luego bajé la mano y la envolví alrededor de su polla. Su boca se abrió en un gemido silencioso, con fuego ardiendo en su mirada. Intentó besarme de nuevo, pero me mantuve justo fuera de su alcance.

—Oye —gruñó—. Deja de provocarme.

—¿Hm? Podría jurar que te gustaba.

—Vete a la mierda.

Levantó las caderas, empujándome unos centímetros hacia adelante, lo suficiente para alcanzar mis labios. Correspondí a su beso con todo el vigor.

—Aprendes rápido. Definitivamente ya dominas lo de besar. ¿Por qué no practicas algo más?

Me senté erguido en el sofá, y Chris se movió sobre sus rodillas entre mis piernas. Sus manos seguían atadas al frente, y se colocó a cuatro patas frente a mí. Luego, abrió la boca y envolvió sus labios alrededor de mi polla. Observé cómo me chupaba, meciendo todo su cuerpo hacia adelante y hacia atrás para hacerlo. Apreté los dientes, sin poder contener un gemido. Era condenadamente bueno.

Pasé mis dedos por su cabello, agarrándolo bien, pero con cuidado, para guiar sus movimientos sobre mi polla. Se empujó hacia adelante, llevándome más profundo en su garganta.

—Joder —gemí—. Chris...

Cuando se echó hacia atrás, un hilo de saliva se extendió desde su lengua hasta la punta de mi polla. Se limpió la boca con la palma de la mano. —Sylus —dijo—. Enséñame a recibir una polla.

Por segunda vez, la emoción de oírle decir eso casi me hizo correrme.

CHRIS

Sylus me tenía desnudo en su cama.

Mi corazón latía con anticipación mientras presionaba mi trasero hacia él. Todo mi cuerpo anhelaba su polla con un deseo que había negado durante tanto tiempo.

Confiaba en Sylus. Y quería que él tomara mi virginidad.

—Si quieres que me detenga, solo dilo —dijo Sylus.

—Puedo soportarlo —dije, completamente inseguro de si realmente podría.

Me estremecí cuando me aplicó el lubricante, sus dedos se tomaron un momento para provocar mi entrada. Empujó uno adentro y agarré las sábanas, sorprendido por la sensación desconocida.

—¿Bien? —preguntó.

—Sí —murmuré.

Luego empujó un segundo dedo. Me permití relajarme, aceptando el estiramiento de sus dos gruesos dígitos. Curvó sus dedos contra mi punto y gemí de sorpresa.

—¡J-joder! ¡Mierda!

Me provocó así por un rato y luego retiró sus dedos. —¿Listo para lo real?

—Sí.

Sentí el toque de su polla con condón contra mí, y agarró mi cintura y comenzó a empujar hacia dentro.

—Oh, mierda —gemí. Era grande y dolía mucho, pero era un buen dolor. Mientras cerraba los ojos con fuerza y trataba de abrirme lo más posible para él, me recordé algo que Sylus me había dicho cuando lo conocí. El dolor es la debilidad abandonando el cuerpo. Estaba dejando atrás mi debilidad.

Y mientras ese pensamiento cruzaba por mi mente, el dolor lentamente se disolvió en placer. Él estaba dentro de mí.

—Joder —murmuró—. Estás tan apretado, Chris.

Entonces comenzó a mover sus caderas. Su polla entraba y salía de mí, deslizándose contra mi punto y enviando olas de éxtasis a través de mi cuerpo. No tenía idea de que podía sentir este tipo de placer sin tocar mi polla.

Empezó a moverse más fuerte, más rápido. El dolor había vuelto y abracé cada momento de él. Apreté las sábanas entre mis dientes, gimiendo en ellas mientras me follaba, el sonido de piel contra piel haciendo eco en la habitación. Pronto, mi mente estaba en otro lugar, llevada por el placer. Sylus me estaba follando. Sylus me estaba follando. Sylus me estaba follando.

Apenas lo escuché decir que iba a correrse. El orgasmo me golpeó casi al mismo tiempo, como una presa reventándose y explotando una vida entera de emoción y deseo reprimidos en un solo instante. Rugí contra las sábanas mientras me sacudía. Ya no tenía control sobre mi cuerpo. Sentí mi polla flexionarse y palpitar mientras ensuciaba las sábanas, y podía sentir a Sylus pulsando dentro de mí.

Cuando el clímax pasó, sentí como si me hubieran desnudado por completo, como si fuera un hombre totalmente nuevo. Me desplomé sobre las sábanas, con un delicioso dolor persistente en mi cuerpo, prueba de que Sylus me había tomado.

Me atrajo hacia sus brazos y me besó.

—Esa sí que es una maldita lección —respiré.

Después de limpiar nuestro desastre, nos acostamos juntos debajo de las sábanas. Se sentía tan bien estar allí con él, abrazándonos, y me hizo preguntarme cómo sería si fuéramos una pareja de verdad.

Me recosté contra su pecho y miré su rostro. Alcé la mano y toqué su mejilla, sintiendo el pinchazo de la barba incipiente contra mis dedos. Luego, hundí mi cara en su cuello y respiré profundamente. Dios, olía tan bien.

Aparté un mechón de pelo de su frente y pasé mi dedo suave y curiosamente sobre su parche en el ojo. Sylus tomó mi mano y la sostuvo contra su pecho.

—A veces tu debilidad puede convertirse en tu mayor fortaleza —dijo, después de un largo silencio—. Siria, hace seis años. Era mi primera misión como Raider de MARSOC. Estábamos ejecutando una misión nocturna para capturar tres objetivos, entrar y salir, sin problemas. Resultó que nuestra inteligencia estaba equivocada y sabían que veníamos. Nos acorralaron con explosivos y una ametralladora, y tuvimos que resistir su ataque para permitir nuestra extracción. Un rescate en helicóptero que debería haber tomado treinta minutos tomó cinco horas. Estaba

con mi hermano, Virgil, atrapado boca abajo en una fosa séptica para cubrirme, manteniendo la línea. Una granada envió un trozo de metralla de una pulgada hacia mí.

Sylus se tocó el parche del ojo. —Pensé que iba a morir allí. Resultó que perder mi ojo me animó a demostrar que no podía ser frenado, que no era una discapacidad para mí. Un año después, era considerado uno de los mejores francotiradores de los Raiders.

—Mierda. —Estaba atónito por su resistencia.

—Eres la primera persona en escuchar toda esa historia, aparte de mis hermanos.

—Eres un ser humano bastante asombroso, Sylus Synn —le dije—. Solo puedo imaginar el tipo de cosas por las que pasaste. Me hace darme cuenta de que mis problemas y preocupaciones son bastante insignificantes en comparación.

—No. Todo es subjetivo. Tenemos diferentes montañas que escalar usando diferentes herramientas. Me es difícil imaginar con lo que tú has luchado. Mi pregunta es, ¿finalmente vas a salir del armario públicamente?

Sentí como si la escarcha hubiera cubierto todo mi cuerpo. Esa era la verdadera pregunta, ¿no? Para mí, la respuesta era obvia.

—Mi carrera depende de la persona que se ha construido para mí —dije—. Sería un suicidio profesional salir del armario públicamente.

Sylus pareció sorprendido. —Un momento. ¿Me estás diciendo que después de todo esto, volverás al punto de partida?

—No es el punto de partida. Tú lo sabes.

—¿Y cuando me vaya?

Me incorporé. —¿A qué te refieres?

—Cuando termine mi trabajo.

—Bueno... Esperaba que te quedaras como mi guardaespaldas habitual.

Se echó el pelo hacia atrás y exhaló un largo suspiro. —No sé si eso sea posible, Chris.

—¿Por qué no? Podríamos ver a dónde nos lleva esto, y...

—No me va eso de esconderme. Creía que ya lo habías entendido. Ahora mismo, esto es un acuerdo profesional, como acordamos. Cualquier cosa después de eso... —Negó con la cabeza—. Eres una celebridad. Eres una superestrella. Entiendo por qué querrías mantener las cosas en secreto. Pero a mí no me va eso de guardar secretos.

—¿Excepto tus historias de guerra?

Su ojo se entrecerró. —Eso no es asunto de nadie más que mío.

—Y esto no es asunto de nadie más que mío.

—Está bien —dijo—. Pero me estás pidiendo que continúe con esto, y no es algo que pueda imaginarme manteniendo en secreto.

—No hay razón para que vaya más allá de un acuerdo profesional. —Estaba aferrándome a un clavo ardiendo, intentando que esto funcionara porque lo deseaba.

—Sería una mentira —dijo.

Escuchar eso hizo que mi corazón diera un vuelco, sabiendo que podría estar sintiendo algo más.

Volví a mi cama para dormir. Quería quedarme en la habitación de Sylus, pero no me atreví a pedírselo. Tenía razón, sería una mentira. Estaría mintiendo si dijera que no quería llevar esto más allá. Estaba en un verdadero aprieto y no tenía ni idea de qué hacer. Sabía que estaba siendo egoísta al esperar que Sylus continuara con esto en secreto. Guardaespaldas de día, amante de noche. Nunca podríamos tener una relación normal. Pero no pude evitar rezar para que cambiara de opinión.

Soñé que estábamos juntos, como pareja.

Me desperté de repente con el pulso acelerado, un nudo en la garganta y una erección palpitante en el pijama. Me aferré a los dulces sentimientos creados por la fantasía que se desvanecían rápidamente con el sueño. Él a mi lado. Deseándome. Nosotros, juntos, sin secretos.

Al final, todo lo que me quedó fue un dolor en el pecho y el regreso sigiloso de ese maldito y familiar autodesprecio.

Mientras yacía en la cama intentando despejar mi mente, comencé a tener la sensación de que algo no andaba bien. No sabía qué era... hasta que Sylus irrumpió en mi habitación.

—Chris. Despierta.

Me incorporé de golpe.

—¿Qué coño...?

Tenía su teléfono móvil en una mano, con la pantalla brillando, y en la otra empuñaba una pistola.

SYLUS

Me había despertado el fuerte zumbido de mi teléfono móvil en la mesita de noche, notificándome que el sistema de alarma de la puerta se había activado. Inmediatamente pensé en el sedán plateado.

Era temprano por la mañana, las cinco en punto. Cogí el teléfono y abrí la aplicación de la cámara de seguridad, que mostraba una cuadrícula de varias transmisiones en vivo de la propiedad. Efectivamente, ese maldito coche estaba aparcado justo al otro lado de la calle. En la cámara de la puerta este, vi el movimiento borroso de alguien que saltaba desde la parte superior de la valla. Sentí que mi pulso se aceleraba y el dulce sabor de la adrenalina en mi sangre. Luego, calma.

En realidad, era más bien alivio. La sensación de control. Esto me resultaba familiar. Esto era para lo que estaba hecho. Y al fondo de todo ello había una vocecita que susurraba: «¿Ves? Sabía que este era tu lugar».

Deslicé la mano bajo mi almohada y sentí el frío y familiar tacto del acero.

—Chris —dije, abriendo de golpe la puerta de su dormitorio—. Despierta.

Se quitó la manta de un tirón, sorprendido.

—¿Qué coño?

No pude evitar fijarme en lo que estaba despierto en sus pantalones.

Sus ojos se agrandaron cuando vio el arma en mi mano.

—Alguien acaba de saltar tu valla y ha activado la alarma de intrusos —expliqué.

—¿Qué? ¿Quiénes son?

—No lo sé. Pero quiero que te quedes aquí mientras voy a averiguarlo. ¿Entendido?

Asintió, desconcertado.

Bajé corriendo las escaleras, comprobando de nuevo la transmisión de seguridad. Vi a la persona, vestida con una sudadera negra, cruzando el césped a toda velocidad. Llevaba algo, no podía distinguir qué era, pero automáticamente supuse lo peor. Siempre era mejor estar preparado que ser tomado por sorpresa. Comprobé la recámara de mi pistola y obtuve la confirmación del latón que brillaba en su interior. Cargada, lista para disparar.

Salí por la puerta sur, girando hacia el lado este de la casa para cortar el paso al intruso. Me moví rápida y silenciosamente, como un depredador acechando a su presa. Era un animal salvaje, finalmente capaz de actuar según sus instintos. No tenía miedo. Estaba emocionado, ansioso por el resultado. Eres mío, cabrón.

Estaba allí, manoseando la puerta de la entrada este. Se abrió sin ninguna resistencia. No estaba cerrada con llave.

Maldita sea. Después del jugueteo de anoche con Chris, se me había ido completamente la cabeza y me había olvidado de hacer mi comprobación de seguridad nocturna.

Me detuve detrás de un árbol para cubrirme, a unos 10 metros. Un tiro fácil.

—¡No te muevas, joder! —grité, apuntando mi arma a la parte trasera de su cabeza—. Estoy armado.

Llevaba una bolsa de lona negra colgada al hombro. Se quedó inmóvil y se dio la vuelta lentamente. En la penumbra del anochecer, no podía ver bajo la capucha. Levantó las manos y me acerqué, con el arma apuntando y fija en mi objetivo. Era como un pie más baja que yo y de cuerpo esbelto, e incluso antes de quitarle la capucha supe que era una mujer. Me sorprendió descubrir que era solo una niña, probablemente de quince o dieciséis años.

—No me dispare —suplicó, con lágrimas en los ojos.

—Date la vuelta —dije, sacando las bridas de mi bolsillo—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Le até las muñecas y le ordené que se sentara en el suelo. Obedeció sin oponer resistencia. Saqué mi teléfono y activé la notificación a la policía.

—Y-yo solo estaba jugando —dijo—. Fue un reto.

Abrí la bolsa de lona y encontré varias carteras, joyas de diamantes, un bolso de diseño y zapatos de aspecto caro. —Claro —dije—. Parece que has tenido una noche de locos. ¿Cuántas casas has asaltado?

—No sé de qué me habla.

Me encogí de hombros. —No importa. La policía está en camino —grité hacia la casa—. ¡Chris!

¡Ven a conocer a la niña que estaba a punto de robarte!

Chris y yo estábamos sentados en la cocina. Yo estaba rellenando un informe del incidente para Bau y los registros de la empresa. La policía había venido y arrestado a la chica y tomado declaraciones. Resultó que ella y todo un grupo de niños habían estado atacando casas de famosos durante una semana, y habían estado tratando de atraparlos.

No podía dejar de pensar en cómo me había sentido durante todo el incidente. En lo fácil que era volver a la mentalidad de combate, sentir la sed de acción. Era de lo que había querido alejarme. Pero ¿cómo podía?

¿No era parte de mí? ¿No me estaría llamando siempre?

Podría haber aceptado cualquier trabajo civil, pero había aceptado la oferta de mi hermano de unirme a la empresa de seguridad. ¿Por qué? La familia, sí. Pero ¿no era la verdadera razón porque me resultaba familiar?

Me inquietaba. Y me hizo darme cuenta de que una vez terminado este trabajo, tendría que apartarme. Si quería dejar atrás esa versión de mí mismo y empezar la nueva vida que había estado esperando, tendría que dejar Synn Services. No habría contrato a largo plazo con Chris.

Le había dicho que no estaba dispuesto a esconderme, pero por supuesto que quería hacerlo. En el fondo, estaba listo para hacer eso con tal de estar con él.

Pero para este hombre maldito, algunas cosas nunca estaban destinadas a ser.

—Denny realmente quiere que te unas como mi guardaespaldas permanente —me dijo Chris el día antes del concierto de lanzamiento del álbum. Estábamos sentados en la terraza de la azotea de la casa, disfrutando del calor de nuestros cuerpos mientras mirábamos las estrellas—. Dijo

que ha estado hablando con tu hermano. El contrato puede extenderse. Pero... no vas a aceptarlo, ¿verdad?

—No lo haré —dije después de un largo silencio.

—Ojalá pudiera convencerte.

—Lo siento —dije—. No es solo esta situación en la que nos hemos metido. Es el trabajo en sí. Me dije a mí mismo que quería encontrar una existencia más allá de la que he conocido. Donde no tenga que dormir con una pistola bajo mi almohada cada noche. Y hacer este trabajo no me está ayudando. Por supuesto, no hay manera de que pueda dejar de preocuparme por el tipo de problemas en los que se mete tu trasero.

Chris me miró fijamente. Luego, envolvió sus brazos alrededor de mi cuello y me atrajo hacia un beso.

—Sylus. No tienes que preocuparte por mí, ¿de acuerdo? Quiero que lo sepas. Voy a mantener mi trasero fuera de problemas después de esto. A menos que sean problemas contigo. Puedes causarle a mi trasero todos los problemas que quieras.

Me reí y lo aparté. —Cállate.

Me sonrió y le revolví el pelo. Agarró mis muñecas y me atrajo hacia otro beso. Lo correspondí completamente y me giré encima de él. Miré fijamente sus ojos. Eran ojos salvajes, como los míos. Apasionados. Intensos. En otro día, ya no los conocería. Los vería de la misma manera que todos los demás. En vallas publicitarias, en revistas y videos musicales. Volveríamos a ser extraños, y esta pequeña cosa que habíamos compartido se convertiría en un recuerdo agridulce.

Deslizó sus brazos alrededor de mi cuello y me atrajo más profundamente al beso. Para la poca práctica que había tenido, realmente era asombroso en ello.

Acerqué su cuello hacia mí y lo besé, dándole pequeños mordiscos mientras bajaba hacia su clavícula. Gimió suavemente en mi oído, el calor de su aliento enviando una descarga de excitación por todo mi cuerpo.

Le quité la camisa, besando mi camino por la curva de sus músculos. Metió su mano en mis pantalones, agarrando mi polla que se endurecía.

—No pierdes el tiempo —gruñí.

—Sé lo que quiero —dijo.

—¿Ah sí? Dímelo.

Sus ojos brillaron, y por un instante, leí tristeza en ellos y supe lo que quería decir. Yo también quería decirlo. Quiero que esto continúe.

—Quiero que me folles —gruñó—. Fóllame así. Quiero mirar tus ojos mientras lo haces.

Le quité los pantalones de un tirón y los arrojé a un lado. Él abrió los míos y sacó mi polla, atrayéndome hacia él. Apretó mi polla contra la suya y las acarició como una sola. Lo besé de nuevo, nuestras lenguas jugando una contra la otra con ferocidad ansiosa. Empujé sus rodillas hacia sus hombros, exponiendo su entrada.

—¿Condón? —preguntó.

Busqué en mi bolsillo un condón y un pequeño paquete de lubricante. Chris sonrió. —Eres todo un jodido boy scout.

—Siempre preparado —dije, desenrollando el preservativo sobre mi longitud.

Dejó escapar un fuerte grito de placer cuando entré en él y apretó mis antebrazos tan fuertemente que estaba seguro de que dejaría una marca. Su calidez me rodeaba, atrayéndome. Me estremecí cuando llegué hasta el fondo, sin romper el contacto visual. Asintió hacia mí, con un gruñido de excitación dolorosa en sus labios. Moví mis caderas, embistiendo hacia adelante y hacia atrás con empujes cada vez más largos y fuertes. Los gemidos de Chris eran tan fuertes que si no fuera por el enorme tamaño de su propiedad, todo el maldito vecindario se habría enterado de nuestro pequeño secreto.

Me suplicó que lo follara más fuerte y obedecí, con el sudor rodando por mi mejilla. Me quité la camisa por la cabeza y la tiré a un lado, dando la bienvenida al fresco aire nocturno para que besara mi piel. Luego, usé mi mano para dar placer a su polla al mismo tiempo que lo follaba. Gritó, y sentí que me apretaba en reacción.

¡Joder!

Quería que esto continuara. Lo quería a él.

—Dios, voy a correrme —gimió Chris. Sentí que se tensaba en mi mano y su agujero se apretaba alrededor de mi polla. Embestí tan fuerte como pude y dejé que mi propio orgasmo me invadiera. Dejó escapar un último y tremendo gemido mientras se corría, derramando su semilla caliente sobre mis dedos. Palpité dentro de él, llenando el condón mientras las olas de mi clímax sacudían mi cuerpo, estallando fuegos artificiales de placer sobre mí. Mi visión se llenó de estrellas, pero ni una sola vez aparté los ojos de los suyos.

Después de lamer mis dedos para limpiarlos, envolví a Chris en mis brazos y lo sostuve contra mi pecho jadeante. Podía sentir el latido de su corazón contra mi cuerpo, casi en perfecta sincronía con el mío.

El concierto de lanzamiento del álbum llegó y pasó.

Chris ofreció su actuación en un estadio lleno de fans y celebridades. Por primera vez, escuché «Pickup Kind of Girl» en vivo, y por primera vez realmente la disfruté un poco. Estaba justo fuera del escenario, observando desde los bastidores y asegurándome de que nadie me viera cantando discretamente.

Y así, sin más, mi contrato como guardaespaldas residente de Chris había terminado. Su manager me ofreció convertirme en el guardaespaldas regular de Chris para eventos, pero lo rechacé. Ya no operaría como agente de Synn Services.

No hubo ceremonias durante nuestro último día juntos. En realidad, apenas nos vimos. La casa de Chris de repente cobró vida; músicos entraban y salían para discutir nuevas colaboraciones, se programaban entrevistas de prensa en la sala de estar donde habíamos tenido nuestras lecciones, y los peces gordos de la discográfica estaban allí para hablar de negocios y proyectos futuros. Apenas había un momento para estar a solas, pero era mejor así. No quería prolongar una despedida.

Empaqué mis pocas pertenencias en mi bolsa de lona y bajé para irme. Un equipo de televisión estaba montando grandes luces y equipo de cámara en la sala de estar. Chris estaba ocupado en el estudio de grabación con un grupo de ejecutivos del sello, así que salí silenciosamente y arrojé mis cosas en el Escalade.

Como marine, sabía lo rápido y drásticamente que podía cambiar la vida. Podías estar en un lugar un día y al otro lado del país al siguiente. Los amigos podían desaparecer en un abrir y cerrar de ojos. Pero ningún entrenamiento o experiencia podría haberme preparado para lo que esta última semana y media me había traído. Esta era una misión que me acompañaría por el resto de mi vida.

Los recuerdos de todo lo que habíamos hecho juntos durante esos pocos días cortos comenzaron a inundar mi mente, así que me subí al coche para largarme antes de que me abrumara. Encendí el motor y eché un último vistazo a la mansión. No había estado allí el tiempo suficiente para

llamarla mi hogar, pero fue más que suficiente para decir que me había enamorado del hombre que vivía dentro.

—¡Oye!

Miré y vi a Chris saliendo corriendo de la casa.

Atrapado. Bajé la ventanilla.

—Ibas a desaparecer sin despedirte, ¿verdad? —preguntó, apoyando los brazos en el marco de la ventana.

Sonreí con culpabilidad.

—No soy muy bueno con las despedidas.

—Bueno, yo tampoco, pero no puedes culparme por sentir que merezco una.

Asentí.

—Tienes razón. Bueno... adiós, Chris. Fuiste un buen estudiante.

Resopló y me golpeó el brazo con el dorso de la mano. Parecía que quería decir algo, pero no encontraba las palabras. Yo estaba en la misma situación. Esto era lo que quería evitar. Cuanto más tiempo permaneciera en su presencia, más doloroso se volvía irme.

Quería besarlo. Quería tirar de su trasero hacia el asiento trasero del coche y empañar todas las

ventanas. Y por la forma en que me miraba, sabía que estaba pensando exactamente lo mismo. Inclinó la cabeza hacia el interior del coche, y justo cuando estábamos a punto de besarnos, alguien lo llamó.

—¡Sr. Barker!

Chris se apartó tan rápido que casi se golpea la parte posterior de la cabeza con el marco de la ventana.

—Sr. Barker, estamos listos para usted ahora.

—De acuerdo —gruñó hacia ellos—. Dame un segundo. —Se volvió hacia mí—. Bueno, supongo que te veré luego, entonces.

Sonreí.

—No te metas en problemas, ¿de acuerdo? No quiero ver tu nombre en ninguna revista del corazón. —Puse el coche en marcha y saludé mientras me alejaba.

—¡No leas esa mierda! —gritó—. ¡Son malas para tu salud!

La puerta se abrió, y mientras salía de la propiedad, eché un último vistazo en mi espejo retrovisor y vi a Chris desaparecer de la vista mientras giraba hacia la calle.

CHRIS

Había sido el mes más difícil de mi vida.

Desde que Sylus se fue, la tentación de volver al consuelo de la botella era enorme, y definitivamente no ayudaba que las oportunidades para beber fueran numerosas debido al nuevo álbum. Pero estaba decidido a mantener mi palabra. Pensé en la historia que me había contado sobre su ojo, y la fuerza que le permitió soportar y salir adelante. Quería aprovechar algo de esa fuerza y usarla para mí mismo.

Había empezado a escribir una nueva canción sobre él. ¿Cómo no hacerlo? Había tanto que decir, tanto que tenía que expresar que nunca antes había podido. Audrey accedió a colaborar conmigo en la canción en un dueto.

Nos sentamos en mi estudio casero para grabar una maqueta para presentar a los ejecutivos del sello. Yo estaba con mi guitarra acústica, repasando la canción y haciendo ajustes mientras Audrey practicaba el canto.

—Me gusta esto —dijo, leyendo la letra—. Chris, esto es tan diferente de tu otra música. Es hermoso.

—Oye —dije con fingida ofensa—. ¿Estás diciendo que mi otra música apesta?

—Discretamente terrible —dijo con la sonrisa más burlona—. Es broma.

Negué con la cabeza y volví a mi guitarra.

—Esta canción es sobre él, ¿verdad? —preguntó.

—¿Quién?

—¿Por qué te haces el tonto? Sé que extrañas a Sylus.

Pulsé las cuerdas, extrayendo la melodía de la canción. Había esperado poder seguir adelante con mi vida y que todo lo que sentía simplemente se desvaneciera, pero un mes después aún podía sentir el roce de sus dedos en mi piel, cómo sus labios sabían en los míos, y el calor de su cuerpo contra el mío. Todo estaba tan fresco como el día que se fue.

Audrey se sentó a mi lado y tocó mi hombro. —Oye —dijo suavemente—. Está bien.

—Siento que me estoy volviendo loco —dije.

—No te culpo. Yo también me volvería loca. Estás siendo completamente injusto contigo mismo, ¿sabes? No necesitas estar sufriendo así.

—¿Qué más puedo hacer? No hay nada que pueda hacer.

—¿Decirle cómo te sientes, tal vez?

—Mientras tenga que mantener las cosas en secreto, eso no importará.

Ella cruzó los brazos sobre su pecho. —Entonces, basta de secretos.

Me reí. —¿Me estás tomando el pelo, verdad?

—Absolutamente no te estoy tomando el pelo, Chris —dijo.

—Sabes exactamente por qué no puedo hacer eso.

—Sí, me lo has dicho. Y yo te digo que si no enfrentas el hecho de que solo estás asustado, te vas a arrepentir por el resto de tu vida. ¿Vale la pena salvar tu carrera por eso? Ya lo has logrado, Chris. Ya has hecho lo que te propusiste hacer en el mundo de la música. —Audrey extendió la mano y la puso sobre mi muñeca—. Ahora, tienes que hacer lo que es correcto para ti. ¿No crees?

La miré, sin palabras.

Ella apretó mi brazo. —Puedes hacerlo.

Audrey se fue a casa después de terminar de grabar su parte de la maqueta, y yo me quedé hasta tarde ajustando la masterización. Ya era perfectamente aceptable, lo sabía, pero no quería irme a la cama. Estaba pensando en él más de lo habitual esta noche, y sabía que pasar por la habitación de invitados me afectaría. La casa estaba más solitaria que nunca. Extrañaba a Sylus.

Presioné el botón de reproducción y escuché la pista de nuevo. La voz de Audrey y la mía armonizaban hermosamente con la guitarra acústica desenchufada.

Había logrado todo lo que me había propuesto con mi carrera, ¿no es así? Quería ser una superestrella de la música, y lo era. Tenía dinero y fama. Entonces, ¿a qué le tenía tanto miedo?

La pista terminó. Presioné reproducir de nuevo. Esto definitivamente no se parecía a nada que hubiera lanzado antes. Esto no era una fiesta de twang pegadiza destinada a llegar a lo más alto de las listas de éxitos. Esto era música de mi corazón, tal vez por primera vez.

Sabía lo que quería. Sabía lo que necesitaba hacer. La pregunta era si podría reunir el coraje para hacerlo.

Todos teníamos diferentes montañas que escalar. Este era mi Everest.

SYLUS

Seguro quitado. Objetivo adquirido.

—Enviando —dije, y apreté el gatillo. Crac.

—¡Mierda! —gruñó Virgil—. Me diste.

La repetición instantánea en la pantalla del televisor mostró la trayectoria del rayo láser mientras desintegraba el avatar de mi hermano.

—Bueno —dije, arrojando el control sobre la mesa—. Ya tuve suficiente de este juego.

—¿Quieres otra cerveza? —preguntó, dirigiéndose al refrigerador. Estábamos en el rancho, cuidando el lugar mientras Bau estaba fuera por un contrato—. Oh, mira. Todavía queda venado en el congelador. Puedo preparar unos filetes para la cena.

—Nah —dije—. He estado reduciendo el consumo de carne. De hecho, creo que voy a volver al apartamento.

—¿En serio? ¿No te vas a quedar a dormir aquí?

—He estado aquí toda la semana. Debería asegurarme de que mi lugar sigue en pie.

—Estoy seguro de que lo está —se rio.

Solo había planeado quedarme en el rancho un par de días, pero rápidamente se convirtió en mucho más tiempo. No quería volver a casa en el centro donde estaría solo con mis pensamientos, pero estaba desempleado y gastando mis ahorros. Afortunadamente, el contrato con Chris había sido equivalente a casi medio año de salario.

—Hermano —dijo Virgil, ofreciéndome una cerveza—. Solo una noche más. Vete a casa por la mañana.

Gruñí, pero rápidamente cedí. Realmente no quería volver a donde tendría que enfrentar mi solitaria realidad—. Está bien.

La tercera cerveza me dio dolor de cabeza. Ya no estaba acostumbrado a beber. Vi a Virgil jugar al videojuego hasta que terminó quedándose dormido con el control en la mano. Lo cubrí con la manta del respaldo del sofá y subí al dormitorio del desván.

Antes de irme a dormir, me encontré iniciando sesión en la computadora y buscando el nombre de Chris. No pude evitarlo, necesitaba ver cómo le iba.

Afortunadamente, se había mantenido alejado de los problemas, o al menos había logrado mantenerse fuera de las revistas de chismes. No había habido nada nuevo con él excepto el revuelo por su nuevo álbum, pero cuando revisé esta noche encontré un nuevo artículo publicado en la parte superior de los resultados de búsqueda.

¡Chris Barker Stevens estrena sencillo sorpresa!

Solo un mes después del lanzamiento de su exitoso nuevo álbum, 'Camino abierto al amor', la estrella del country pop Chris Barker Stevens estrena un emotivo nuevo sencillo disponible para descarga gratuita en su sitio web.

Pensé en hacer clic en el enlace para escuchar la canción, pero no creí poder soportar oír su voz.

A la mañana siguiente, me levanté temprano para ocuparme del jardín antes de irme. Virgil seguía durmiendo en el sillón reclinable, roncando fuertemente. Sonreí y puse la cafetera para que la jarra estuviera llena cuando se despertara. Afuera, regué la tierra y recogí algunas toronjas grandes que colgaban como soles brillantes de las ramas, y corté algunos pepinos y tomates que estaban listos para cosechar. Puse la cosecha en una cesta y luego me tomé un tiempo para caminar por el jardín.

Toqué el tronco de un gran limonero y recordé cuando mis hermanos y yo lo habíamos plantado cuando éramos solo niños. Mamá había comenzado el jardín cuando yo tenía alrededor de diez años. Solíamos salir y ayudarla con la siembra y la cosecha, y jugábamos al escondite entre los altos arbustos de frambuesas y trepábamos a las ramas de los naranjos. Aunque mis padres ya no estaban con nosotros, aún sentíamos su presencia todos los días. El rancho guardaba recuerdos de ellos en cada rincón, y el vínculo que compartía con mis hermanos era un crédito a la forma en que nos habían criado. Siempre habíamos sido una familia unida.

Pensé en Chris y me pregunté si estaría bien. El hombre había elegido estar solo. Tal vez la soledad era lo único a lo que estaba acostumbrado.

—Buenos días, Sylus —dijo Virgil, caminando soñoliento hacia el jardín con una taza de café en la mano. La levantó hacia mí en un saludo—. Gracias por poner el café.

—Sí.

—¿Te vas pronto?

—Ya casi —dije, agarrando la cesta de frutas y verduras.

—Es increíble lo productivo que sigue siendo el jardín —dijo—. Después de todos estos años, los árboles que plantamos siguen dando frutos.

—Bau heredó la mano verde de mamá —dije—. Eso ayuda un poco.

Entramos a la casa, y me serví un café y fui al fregadero a lavar las verduras antes de ponerlas en el refrigerador. Virgil encendió el televisor y pasó por los canales.

—Nada más que basura —dijo—. Basura, basura, basura, basura. Oh, oye. Tío. ¿No es ese el cantante para el que estabas trabajando?

Mi corazón dio un vuelco cuando escuché la voz de Chris a través del televisor.

—...me inspiró a escribir esta canción.

Me di la vuelta y lo vi en la pantalla. Estaba sentado en su sala de estar siendo entrevistado por una mujer de algún programa de entretenimiento. En la parte inferior de la pantalla, un rótulo decía: «Chris Barker Stevens habla sobre su single sorpresa, 'Nuestras Montañas'».

—Es una canción de amor muy diferente a tus anteriores éxitos románticos. Esta parece ser una carta de amor dirigida a alguien en específico. Has invitado a Audrey Apple para un dueto. Desde hace tiempo se rumorea que ustedes dos son pareja... —La entrevistadora le sonrió—. ¿Es esto una confirmación?

Chris se rio. Me hizo sonreír, como si yo fuera parte del chiste. Pero también estaba ansioso por escuchar su respuesta.

—¿Una confirmación de que Audrey y yo somos pareja?

—¡Sí! —dijo ella.

—Para nada —respondió él, y luego se dirigió a la cámara—. Lamento decepcionar a todos. —Mostró una brillante sonrisa. El muy cabrón realmente sabía cómo encender su encanto frente a las cámaras—. No, Audrey es una de mis mejores amigas.

—Entonces, ¿la canción no es para nadie en específico?

—Oh, nunca dije eso —contestó Chris.

Contuve la respiración y sentí que mi pulso se aceleraba. En la pantalla, Chris se impulsó con los reposabrazos para ajustar su postura y se aclaró la garganta.

La entrevistadora se inclinó hacia adelante, con los ojos brillantes. —¿Te importaría contarnos más?

Reconocí la incomodidad de Chris, pero la ocultó rápidamente. Se lamió los labios y se frotó la ceja con las yemas de los dedos. —Um... Hay algo que me gustaría decir, que debería haber dicho hace mucho tiempo, pero no pude. No puedo poner excusas al respecto, excepto que no era el momento adecuado para mí, pero he decidido que necesito ser sincero. Sí, la canción es sobre alguien. Es un hombre del que puedo decir fácilmente que es mi primer amor. Él es quien me enseñó lo que es el amor verdadero, no solo algo de mi imaginación.

—¿Un hombre? Espera, Chris, ¿eres... gay?

Él se movió de nuevo, sonrió y le guiñó un ojo. —No estaría enamorado de un hombre si no lo fuera.

Mi mandíbula cayó.

—Oh, mierda —dijo Virgil, mirándome—. Está hablando de ti, ¿verdad?

Entonces, como si fuera una señal, Chris miró directamente a la cámara y dijo: —Sylus, sé que no estás viendo esto, y supongo que eso me hace un poco más fácil decirlo... Te amo.

Mi corazón latía con fuerza en mi pecho. Dejé caer el pepino que estaba sosteniendo en el fregadero. —Tengo que irme —dije.

Virgil asintió con los ojos muy abiertos. —Lárgate de aquí, tío.

Corrí hacia afuera, a la camioneta. Sentía como si mis pies estuvieran a punto de despegarse del suelo y llevarme volando hacia el cielo.

Había tráfico en la autopista hacia el sur de Los Ángeles, lo que añadió una hora y media extra al viaje hacia la ciudad. Una parte de mí estaba en completa incredulidad sobre lo que había escuchado. Saqué mi teléfono y busqué el nombre de Chris, encontrando que todos los sitios web de entretenimiento informaban sobre su salida del armario. Encendí la radio y la camioneta se llenó con su voz entrelazada en un hermoso dueto con Audrey, el sonido de su guitarra acústica brillando como estrellas en el fondo.

Era una canción sobre ser salvado por el amor y derrotado por el miedo, sobre alzarse para conquistar todos los obstáculos en nombre de ese amor.

Sentí nuestro tiempo juntos en la letra y la música, y pude sentir el anhelo en su voz. Me encontré llorando. Me tomó por sorpresa; no había llorado por nada ni por nadie en años. Pero en ese momento, me di cuenta de cuánto lo había extrañado.

Llegué a la puerta de Chris y marqué el código. La puerta se abrió. Tuve que reírme, por supuesto que no lo habría cambiado. Dudaba que siquiera supiera cómo usar todas las herramientas de seguridad que había instalado para él después del allanamiento.

Las furgonetas de televisión aún estaban estacionadas frente a la mansión, y los hombres estaban sacando cajas de equipo de cámara. Pasé entre ellos y entré a la casa. Mi corazón volaba, y todo en lo que podía pensar era en estar con él de nuevo.

Entonces lo vi. Estaba al teléfono, caminando de un lado a otro en la sala de estar.

—Está bien —dijo—. Claro. A la mierda. No necesito su patrocinio. Bien.

—¡Chris! —grité.

Levantó la mirada, con los ojos muy abiertos. —¿Sylus?

El teléfono cayó al suelo con un estruendo. Corrió hacia mí, a toda velocidad. Abrí mis brazos y lo atrapé, y nuestros labios se encontraron. Fue pura electricidad. El equipo, los productores, quienesquiera que fueran, todos nos miraron. No me importaba y a él tampoco. Reímos y nos besamos, y le acaricié el cabello y luego lo sostuve por los hombros.

—Hijo de puta —dije—. Estoy tan jodidamente orgulloso de ti.

Sonrió. —Dios, no puedo creer que estés aquí.

Lo besé de nuevo y sentí que me derretía en él.

—Te amo —le susurré al oído.

Me abrazó tan jodidamente fuerte, y esta vez no había forma de que lo soltara jamás.

EPÍLOGO

CHRIS

—Te necesito —dije.

Tenía las piernas firmemente envueltas alrededor de la cintura de Sylus mientras me llevaba escaleras arriba hacia el dormitorio. Era nuestra primera noche juntos después de que vendiera la propiedad en Los Ángeles y me mudara al Rancho Synn. Bau se había mudado al desván del granero que usaba para su negocio, lo que había dejado la casa principal disponible y necesitada de nuevos inquilinos. Sylus se había ofrecido rápidamente.

Las viejas tablas del suelo crujían con cada paso, y pasamos junto a antiguas fotos familiares colgadas a lo largo de la escalera. Sylus y sus hermanos cuando eran más jóvenes. Retratos escolares. Fotos de sus padres. Me reconfortaba estar rodeado de tanta calidez. Había amor e historia en este hogar, y eso era mucho más valioso que cualquier mansión en Beverly Hills.

Sabía que también era sanador para Sylus. Durante el último año que habíamos estado saliendo, él todavía vivía en un apartamento en Los Ángeles, y había estado sufriendo por ello. Para un hombre cuyos sentidos estaban tan sintonizados con el mundo que lo rodeaba, Los Ángeles podía ser un lugar abrumador, especialmente cuando estabas en una relación con una celebridad de alto perfil. Ya no era mi guardaespaldas, pero sabía que no podía evitar estar siempre alerta por mí. Hace dos meses, tuvimos un encuentro con un fan demasiado entusiasta y Sylus casi le rompe el brazo al someterlo.

Incluso para mí era fácil ver lo relajado que estaba Sylus cuando volvía a la casa familiar, así que fue una decisión obvia mudarnos aquí con él. Y este lugar realmente se sentía como un hogar.

Me follaba por detrás, sujetando mis muñecas firmemente detrás de mi espalda mientras yo gemía contra las almohadas. Me deleitaba en la sensación de su polla, el placer de ser tomado por él.

Dos sencillos y otro álbum completamente nuevo. Mi estilo había dado un giro definitivo en el año desde que conocí a Sylus. Casi todas las canciones estaban inspiradas en nuestro amor. Un crítico dijo: "Chris Stevens tenía un don para producir el tipo de música que era rápida y fácil de consumir. Desesperadamente querías más, pero lo más probable es que la olvidaras rápidamente. Digo esto en tiempo pasado, porque lo que tenemos ahora es un nuevo Chris Stevens, uno que podría terminar uniéndose al panteón de los artistas clásicos más queridos del country western".

Envolvió su mano alrededor de mi cuello, besándome profundamente. —Te amo —gruñó en mi oído, y todo lo que logré hacer fue gemir en respuesta.

Pude sentir que terminaba cuando su polla desnuda se hinchó y palpitó dentro de mí, llenándome con su semen. Me empujó al límite, y me aferré a las sábanas mientras me corría.

Después de que nos duchamos juntos, me acosté en la cama y observé a Sylus mientras cruzaba la habitación, aún desnudo. Abrió su bolsa de lona, que básicamente contenía todas sus pertenencias, y desempacó su pijama y algunas otras prendas. También sacó el estuche negro de fibra de vidrio que albergaba su pistola.

Esperaba que lo abriera y sacara el arma como solía hacer por la noche, pero en su lugar lo guardó en el armario. Se unió a mí bajo las sábanas, llenando la cama con el calor de su cuerpo. Me acerqué a él, dejando que mis dedos se movieran para explorar sus músculos. Me moví más abajo.

—Estás emocionado —dijo, sonriendo.

Mis dedos alcanzaron su polla, y estaba dura de nuevo.

—Primera noche viviendo juntos. Primera noche en casa. Hay mucho por lo que emocionarse. ¿No vas a sacar tu pistola?

Exhaló mientras lo tocaba, cruzando sus manos detrás de su cabeza. —¿No estás jugando con ella ahora mismo?

Le di un golpecito a su polla, y él se rio.

—Creo —dijo— que estoy listo para dejar eso atrás.

Sonreí y llevé mis labios a los suyos. Su mano encontró mi polla, y nos acariciamos mutuamente.

El camino hacia la libertad de las cosas que nos encadenaban siempre sería largo y lleno de obstáculos. Había necesitado conocerlo para comenzar a sanar heridas de toda una vida. Él había sido esa fuerza para mí.

Yo tomaría su mano y lo ayudaría a soltarse, porque estábamos juntos.

Porque él era el hombre que amaba.

POSTFACIO



¡Muchas gracias por leer *En Su Mira*! Todavía tengo un poco más de calor para compartir con ustedes, así que continúen hasta el final del libro para descubrir cómo acceder a "El Chico Nuevo", un capítulo extra especial.

Si te ha gustado esta historia, por favor, considera dejar una calificación o una reseña. ¡Te tomará solo un momento y me ayuda muchísimo! ¡Haz clic aquí o escanea el código QR con tu teléfono!

¡LEE LA HISTORIA DE VIRGIL!



Ford

Es la primera vez que hago algo así. Incluso le di un nombre falso. Después de todo, nunca volveré a verlo.

Virgil no se parece en nada a mi ex, y eso es exactamente lo que quiero en una aventura de una noche. Es un alfa total, ex marine, y cuando me lleva a su habitación, marca casillas que ni siquiera sabía que existían. Quizás no estoy tan roto como creía.

Se suponía que solo duraría una noche... hasta que Virgil aparece en mi librería conduciendo un camión de reparto. Genial. Ahora parece que estamos atrapados juntos. No hay forma de que un hombre como él se enamore de un friki como yo, y es lo mejor. Nunca volveré a arriesgarme a que me rompan el corazón, sin importar lo loco que me haga sentir.

Virgil

Normalmente no me van los tipos nerds estirados, pero Ford está lleno de sorpresas. Al principio parece reservado, pero todo eso cambia una vez que lo tengo de rodillas. Ahora, no puedo sacármelo de la cabeza.

El hecho de que aparezca en mi ruta de entrega semanal garantiza que nos veremos mucho más. No me importa llevarlo a casa otra noche o tres, pero ¿algo más que eso? Ni hablar. Si una década en los Marines me ha enseñado algo, es que la vida es demasiado corta para no vivirla al límite. No voy a atarme.

El problema es que cuanto más me veo obligado a verlo, más me doy cuenta de que me hace sentir vivo de una manera que nada más lo hace.

¡Lee la historia de Virgil hoy!

Serie Hermanos Synn

Sylus Synn - *En Su Mira*

Virgil Synn - *No Es Su Hombre*

Bautista Synn - *Bajo Su Vigilancia*

CAPÍTULO EXTRA ESPECIAL

¡Muchas gracias por elegir leer *En su mira!* Para acceder a El Chico Nuevo, un capítulo extra especial, haz clic aquí!